LIBRARY OF PRINCETON
OCT 22 2004
THEOLOGICAL SEMINARY

PER BX1470.A1 V56

Vinculum.

LAP

Vinculum

Conferencia de Religiosos de Colombia

Refundación: retos y desafíos

203-204
'2001

Bogotá, D.C. Junio - Septiembre 2001

Vinculum

Revista Trimestral de Vida Religiosa
Publicada por la Conferencia de Religiosos de Colombia - CRC

LIBRARY OF PRINCETON
18 2002
THEOLOGICAL SEMINARY

Refundación: retos y desafíos

Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/vinculum2032conf

INDICE GENERAL

Editorial 5

FUNDAMENTACIÓN BÍBLICA DE LA REFUNDACIÓN DESDE EMÁUS

"Levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén" 13
P. Luis Alfredo Escalante Molina, sds

Caminar y conversar: mujer y refundación 23
Hna. Li Mizar Salamanca B, sac

REFUNDACION DE LA VIDA CONSAGRADA

Iniciarse en la Refundación por el camino de Emaús 37
P. Ignacio Madera Vargas, sds

Fidelidad creativa e la Vida Consagrada: La locura de la Refundación 47
P. Víctor M. Martínez Morales, sj

La refundación desde lo pequeño y cotidiano para entrar en comunión con un pueblo sencillo 57
Hna. Josefina Castillo, aci

Refundar la obediencia... camino de liberación 67
Hna. Beatriz A. Charria. A, op

FORMACIÓN PARA LA REFUNDACIÓN

La formación inicial por el camino de Emaús 79
Hna. Ana María Lizarrondo, hsc

El proceso formativo en tiempos de refundación 89
P. Cecilio de Lora, sm

La formación en perspectiva de refundación 99
Hno. Cristhian James Díaz, fsc

Pascua en Emaús. Pascua en la Vida Rligiosa actual 113
P. Pedro Arenas, ocd

DIRECTOR: Hno. Arcadio Bolívar, fsc / CONSEJO DE DIRECCIÓN Y REDACCIÓN: Hna. María Eugenia Lourido, rscj; P. Gabriel Naranjo, cm; P. Oscar Vélez, cmf; Hna. Olga María Vega, mar; Hna. Libia Duque Vergara, aci / ADMINISTRACIÓN Y PRODUCCIÓN: Hta. Lubby Pertuz G, ha; Mónica Garzón, Yaneth Colmenares, Blanca Oliva Cuesta / DIAGRAMACIÓN Y DISEÑO: Publicaciones CRC / DIRECCIÓN: Carrera 15 No. 35-41/43 - Tels: 338 3946 - 338 3947 - Fax: 338 1600 - A.A. 52332 / Bogotá, D.C. - Colombia / SUSCRIPCIÓN: Nacional: $23.500,oo - América Latina: US$17,oo - Resto del Mundo: US$20,oo / IMPRESIÓN: Roffaprint Editores Ltda. PERMISO: TARIFA POSTAL REDUCIDA No. 240 DE ADPOSTAL

Editorial

La hora de incertidumbres que vive el país es llamada de atención de parte del Señor para todos los que por don de la gracia hemos sido llamados y llamadas a la vida religiosa. Y lo es, porque todo este horror que significa cada noche y cada día para tantos campesinos y campesinas nos pide que dejemos de ocuparnos de tantos asuntos que han sido de interés o han ocupado nuestros desvelos para centrarnos en aquello que nos es fundamental: la vida de Dios crucificada, masacrada y vejada en cada rostro sangrante de una víctima inocente.

Nos motivan y cuestionan las palabras de su Eminencia Monseñor Beniamino Stella, Nuncio Apostólico, en la Ecuaristía de apertura de la XL Asamblea General Electiva de la Conferencia de Religiosos de Colombia, que nos invita a: "dar fundamento" o "volver a dar fundamento" a nuestra vida de consagradas y consagrados.

Urgente para cada uno de los religiosos y religiosas colombianos es responder con serena valentía a la propuesta que nos viene de tantas instancias de animación de nuestras vidas a realizar procesos de refundación que nos devuelvan la ilusión y la esperanza compartiendo la fortaleza cansada que nos viene de las víctimas. Las acciones de guerra que padecen los campesinos parecen no controlables y son humanamente inconcebibles por su crueldad y carencia de respeto a los mínimos derechos de mujeres y hombres, se anuncian igualmente para quienes habitamos en las ciudades. Por ello, ya el asunto es de todas y todos y nuestras comunidades deben asumir el servicio creyente de ser compañeras impotentes de la impotencia de los humildes.

La Comisión de Reflexión Teológica de la Conferencia de Religiosos de Colombia ha querido situar el Camino de Emaús descubriendo la presencia callada del Resucitado desde las confusiones y expectativas que vive la patria. Reconocer esta presencia es una grandiosa posibilidad de permanecer fuertes a pesar de todo. Los teólogos y teólogas autores y autoras de este número reflejan esta intención y aportan luces singulares a esta búsqueda de una esperanza soportada en la fuerza de Dios que brota de la resistencia y el valor de los que sufren. Aportar a esta fortaleza, necesaria en horas de tribulación, ha sido la ilusión de este grupo de teólogas y teólogos que

tomando el pulso de la hora nos reunimos durante cuatro días en Junio del presente año en el Encuentro Nacional de Teología de la Vida Religiosa para seguir buscando alternativas de vida en horas de muerte. Este número de Vínculum, es resultado de esta intención mayor.

Luis Alfredo Escalante, SDS y Li Mizar Salamanca, SAC nos invitan a gustar sentidos mayores que brotan de una reflexión bíblica desde el texto de Emaús, eje central de la reflexión. Josefina Castillo,ACI Beatriz Charria,OP Ignacio Madera,SDS y Victor Martinez, SJ nos introducen en los significados y procesos que pueden soportar las búsquedas de refundación. Ana María Lizarrondo,HSC Cecilio de Lora, SM y Cristian Díaz,FSC nos ubican en el importante campo de la formación refundada como fundamental para el presente y el futuro. Y Pedro Arenas,OC nos ofrece la fuerza vital de una meditación poética preñada de realismo histórico y hondo sentido teológico.

Hombres y mujeres de la vida religiosa colombiana, provenientes de diversos sectores de la patria y pertenecientes a diversas comunidades religiosas masculinas y femeninas realizan en este número el sentido mayor de la intercongregacional que produce novedades sugestivas como este número de la revista que invita a permanecer en vela porque la tarde está cayendo y es necesario entrarnos en la casa para conversar con El, recibir su pan de vida y regresar reconfortados a Jerusalén.

P. Ignacio Madera Vargas, sds

Vinculum
vol. 33 / n. 203-204 (2001) 7-11

"Refundar" quiere decir "dar fundamento" o "volver a dar fundamento"

Mons. Beniamino Stella
Nuncio Apostólico de
Su Santidad Juan Pablo II

Queridos hermanos y hermanas :

Comienzo por expresarles a todos mi saludo fraterno y cordial en el Señor, que nos congrega con la fuerza de su Espíritu y en la alegría de su amor. Agradezco a la Hna. Silvia Vallejo, quien, en nombre de la Junta Directiva, me ha invitado a presidir esta Eucaristía, con la que se da apertura a la cuadragésima Asamblea General Electiva de la Conferencia de Religiosos de Colombia.

Se reúnen Ustedes bajo el tema: "Religiosos y religiosas de Colombia, por el camino de Emaús, desde la realidad de nuestro pueblo hacia la refundación de la Vida Consagrada". Teniendo delante, por consiguiente, la suerte del hombre de hoy y el misterio inefable de la Pascua que celebramos, quieren empeñarse en discernir y asumir lo que el Espíritu Santo dice hoy a los que

se han comprometido en Colombia a una práctica radical de las bienaventuranzas.

Han escogido un buen camino. Porque el camino de Emaús es el cambio de la persona humana que, en medio de desilusiones y esperanzas, indaga por el sentido de su vida, afronta la realidad que cada día le trae la existencia, trata de situarse en el curso doloroso y apasionante de la historia. Es el camino de la Palabra de Dios que esclarece, más allá de las parciales y limitadas visiones del hombre, el designio divino de la salvación. Es el camino del corazón que arde ante la irrupción del Espíritu, como lo han vivido intensamente todos sus fundadores y fundadoras.

El camino de Emaús es el camino de la comunidad que en tomo al Resucitado permite un proceso de fraternidad, de servicio mutuo, de permanente crecimiento en la fe y en el amor. Es el camino de la Eucaristía que, haciendo la memoria del Señor, nos lleva a entregamos como El, compartiendo el pan y la vida toda con los hermanos. Es el camino del encuentro personal con Cristo vivo, a quien se le percibe absolutamente indispensable y se le suplica desde el fondo del alma: «Quédate con nosotros».

El camino de Emaús es el camino de la misión, que aun de noche, nos lanza a anunciar el nombre y el proyecto de Jesús de Nazaret, descubierto como el fiel compañero en la larga jornada de la vida, como el siervo doliente que no rehuye el paso desconcertante y necesario de la Cruz para luego entrar en la gloria, como el único Señor del hombre y de la historia, capaz de descifrar nuestro enigma y de abrimos un horizonte de esperanza. Es el camino de la Iglesia, pues sólo retomando al cenáculo de Jerusalén encontraron Cleofás y su compañero el ámbito propicio para expresar y asimilar su propia experiencia pascual. Es el camino de la Resurrección, es decir, de la nueva vida que brota del sepulcro vacío del Señor, que se nos ha dado en el Bautismo, que va configurando nuestro ser con la alegría que llegará a su plenitud en el cielo.

Es, ciertamente, en esta perspectiva humana, neumática, eucarística, eclesial, misionera y pascual de Emaús como Ustedes pueden acometer la importante tarea de la renovación y animación de la Vida Religiosa en Colombia. A esto ha invitado el Papa Juan Pablo II a todos los religiosos y religiosas cuando, en la Exhortación Apostólica Vita Consacrata, los ha llamado a reproducir con valor la audacia, la creatividad y la santidad de los fundadores y fundadoras como respuesta a los signos de los tiempos que surgen en el mundo de hoy (VC.37).

El mismo Pontífice lo ha sintetizado en la expresión "fidelidad creativa", con la que indica que no se puede traicionar la riqueza histórica, carismática y espiritual del propio instituto religioso, pero que la lectura y vivencia de ese patrimonio, en el aquí y ahora del camino de la humanidad, exige sabiduría, iniciativa y valor.

Está claro que la auténtica renovación no puede entenderse simplemente como un retomo en el tiempo, reproduciendo los orígenes cronológicos o la problemática que vivieron los fundadores. Tampoco se trataría de inventar una nueva Vida Religiosa o de volver a fundar la propia comunidad o de imprimir retoques formales a todo lo que se hace. Si «refundar» quiere decir «dar fundamento» o «volver a dar fundamento», es preciso reconocer que el fundamento nuevo que se le quiere volver a dar a la Vida Consagrada, no es propiamente una determinada regla o una doctrina distinta o una concreta organización, sino esa «fuente de agua viva» que brota sin cesar, y que en el discernimiento espiritual y apostólico se rejuvenece y se renueva para un mayor servicio de Dios y de su Reino (Cfr. Jn.7,37-39).

De ahí que la renovación de la Vida Religiosa es y será siempre abrirse fiel y creativamente a la perenne novedad del Espíritu Santo, que inspira una Vida Consagrada más profética, más clara y oportuna en la forma de vivir su propio carisma, más explícita en el testimonio de su radicalidad en el seguimiento de Jesús pobre, casto, obediente y servidor. En la medida en que crece la impresión de que no se logra la adaptación y la respuesta adecuada a la cultura actual y a los desafíos del momento, más urge un volver con serenidad e ilusión a la esencia misma del Evangelio y a la audacia apostólica con que los fundadores enfrentaron las exigencias de su tiempo.

Por eso, en último término, todo parte de la conversión personal. Sin un cambio radical del corazón, sin un esfuerzo serio de perfección, la identidad y la misión de los religiosos se difumina en teorías y actividades que finalmente llevan más a llenar de cosas la existencia, que a cumplir la tarea específica de todo religioso que es mostrar al pueblo de Dios, de un modo creíble, la posibilidad de la vocación universal a la santidad; o, como dice el Papa, de sorprender al mundo provocándole la nostalgia de la belleza divina (V.C.20). Tengo que decirlo sin ambages: la renovación de la Vida Religiosa que Ustedes se proponen impulsar, comienza realmente con la conversión de cada uno de los que aquí están presentes, con un esfuerzo personal, coherente y constante por «nacer de nuevo» como le exigía Jesús a Nicodemo (Jn.3,4).

De la santidad de vida se derivará el mayor servicio que la Vida Religiosa le pueda prestar a los hombres y mujeres de hoy: el testimonio de una existencia vivida en tensión escatológica. Frente a la seducción del sexo y el poder que la sociedad proclama como fuente de felicidad, el religioso viviendo sin ambigüedades la obediencia y la virginidad se presenta como un testigo humilde de una realización más alta y plena de la persona humana. Frente a la avidez y la codicia con que el hombre busca el dinero como medio definitivo de su dicha y seguridad y aun como fin de toda su aventura, el religioso muestra la riqueza suprema de su libertad y de su confianza indefectible en la providencia de Dios. Frente al egoísmo y a la violencia con que se estructura frecuentemente la sociedad, los religiosos dan prueba de la posibilidad y la maravilla de la vida comunitaria, en la que se experimenta la presencia del Príncipe de la Paz y se goza el milagro del amor fraterno.

De una existencia renovada porque «ha abrazado la forma de vida practicada personalmente por Jesús « (V.C. 31), nace también el ardor apostólico que llevará a los religiosos a anunciar lo que han recibido, lo que contemplan y viven, lo que han probado en su propia carne y en su propio espíritu como respuesta definitiva a las profundas aspiraciones del corazón humano. De allí surge también la disposición para amar a la Iglesia, para entregarse por ella, para ofrecerle los carismas que para ella se han recibido. Paradójicamente, de una vida santa, que no permite ser del mundo (Jn.17,14), brota finalmente una extraña capacidad de comprender al hombre actual, de dialogar con él, de ofrecerle los recursos espirituales que le son indispensables en el camino, de darle en la donación de la propia vida, el signo indudable de que Dios lo ama.

Queridos hermanos y hermanas : Qué bueno que el Señor les permita congregarse estos días a sentir la gracia de un llamamiento del Espíritu a la renovación de su Vida Consagrada en este comienzo del milenio, a pensar cómo pueden ofrecer su aporte indispensable en este momento histórico que vive Colombia.

Nosotros, depositarios de la verdad y de la acción salvífica que el Señor nos ha confiado para los hombres de nuestro tiempo, no podemos damos el lujo de la superficialidad que se entretiene en meras disquisiciones intelectuales o en confrontaciones innecesarias o en análisis de terminologías de moda, mientras un pueblo, víctima de los diversos desequilibrios que genera el pecado, deambula sin esperanza y se aniquila entre las atrocidades y barbaries que generan la ignorancia, la injusticia y la violencia.

Hoy también como al comienzo de la Iglesia, según lo hemos escuchado en el relato del libro de los Hechos de los Apóstoles (6,1-7), debemos encontrar soluciones prácticas y efectivas para atender las necesidades de la gente, debemos mantener la opción prioritaria y específica de la oración y el anuncio de la Palabra de Dios frente a otros servicios, debemos colaborar del modo más generoso y adecuado con el Espíritu Santo para que, según expresión feliz del texto, siga creciendo el Evangelio y el número de los que, tras de Jesús de Nazaret, se comprometen con la causa del Reino de Dios.

No es fácil la misión que se nos ha confiado. Las circunstancias complejas de Colombia la hacen todavía más ardua y arriesgada. Muchos de sus hermanos y hermanas están en este mismo momento dando la vida en condiciones que exigen el heroísmo y varios han tenido incluso la gloria de llegar al testimonio de la sangre.

Los problemas, realidad más dolorosa todavía, asechan desde la vida interna de los mismos institutos religiosos. Pero nada nos puede desconcertar ni arredrar. El Señor, que con el triunfo de su Pascua "ha vencido al mundo", nos acaba de decir en el episodio evangélico de hoy que no debemos tener miedo (Jn.6,16-21).

Este mensaje de Jesús a los apóstoles amedrentados y confundidos es el que el Papa Juan Pablo II ha venido repitiendo a la Iglesia y al mundo a lo largo de su pontificado. También yo quisiera hacer hoy actual y reconfortante esta voz de Jesús para Ustedes al inicio de esta Asamblea. No tengan miedo de un encuentro personal con el Señor resucitado que se transforma en experiencia radical de fe y hace de toda la vida un testimonio evangélico. No tengan miedo de acoger la novedad del Espíritu que inspira una Vida Consagrada más coherente y profética. No tengan miedo de un compromiso con la Iglesia, a partir de la vinculación directa a las Diócesis, para aportar desde adentro la riqueza de sus propios carismas. No tengan miedo de proclamar la paz que necesita Colombia con el testimonio de su vida fraterna y entregada por los demás. No tengan miedo de "bogar mar adentro", según las indicaciones del Santo Padre al inicio de este nuevo milenio.

Un día, la Santísima Virgen escuchó el mismo mensaje que nos ha dado en este día la Palabra de Dios: "No tengas miedo, María" (Lc.1,30). Y ella vive feliz porque creyó (Lc.1,45). El Altísimo la cubrió, entonces, con su sombra y por medio de ella la salvación habitó en nuestra tierra. Que con la intercesión y la compañía maternal de Nuestra Señora, modelo de consagración a Dios, Ustedes puedan, como ahora se lo proponen, recorrer el camino de Emaús; camino de fe, de amor y de esperanza.

Fundamentación bíblica de la Refundación desde Emaús

Vinculum
vol. 33 / n. 203-204 (2001) 15-22

"Levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén" (Lc 24,33)[1]

P. Luis Alfredo Escalante Molina, SDS

La estremecedora y decisiva experiencia interior de los caminantes desilusionados que iban de Jerusalén hacia Emaús en aquella mañana de pascua narrada por Lucas, se nos ofrece como una fuerte y también decisiva inspiración de cara al momento crítico por el que atravesamos y hacia el cual hemos sido enviados en cuanto consagrados.

[1] El texto de Lc 24,13-35, que está inspirando la reflexión de la vida religiosa del país y del continente en torno a la refundación, pertenece a la tradición lucana. Refleja la originalidad, propiedad y elegancia de Lucas al informar y ordenar los hechos y palabras de Jesús en su Evangelio, con lo cual pareciera pretender el encanto y dinamismo en el corazón de los lectores.

Nuestra misión como religiosos y religiosas, más que mantener las estáticas y monótonas instituciones en las que nos vamos envejeciendo, consiste en la radical y creativa construcción del Reino dentro del dolorido y resistente corazón de nuestro pueblo colombiano.

La tarea de la refundación de la vida religiosa de Colombia está en manos de cada hombre y mujer consagrados que se toman en serio la fe en Jesús de Nazaret, la espiritualidad y carisma de la comunidad y el papel transformador de esta historia que, como cualquier otro ciudadano de este país, todos tenemos que ejercer.

Si algo aporta la experiencia de fe de los discípulos de Emaús, es la capacidad de reconocer al Señor en el camino de sus vidas, repensar sus pasos y volver con nuevo dinamismo a Jerusalén, escenario de la tragedia y del terror, de donde habían salido con miedo y desilusión.

Esta refundación o renovación en el Espíritu de Jesús y de nuestros fundadores será asumida, entonces, en términos de un constante y profundo reencantamiento, revisión, renovación, transformación y conversión interior de nuestras visiones de vida, maneras de actuar, y formas de interpretar y de actuar en los diversos momentos críticos de la historia personal, familiar, comunitaria y social.

Que a la luz del texto lucano de los discípulos de Emaús le apostemos a este caminar refundador para que nuestras vidas se sientan y se muestren oxigenadas y reencantadas frente a los desencantados y confundidos y también frente a quienes se muestran entusiasmados y decididos en esta vida, por la que libre y adultamente todos hemos optado y por tanto debemos vivir con pasión, más que arrastrar con desilusión.

1. Un encuentro apasionado con Jesús en el camino de la vida

Dando una mirada algo detenida sobre el texto de los discípulos de Emaús, podemos percibir la enorme presencia de verbos indicando acción, movimiento, andanza, caminata [2]. Después de la muerte de Jesús los discípulos

[2] De cerca de 45 verbos presentes en el texto por lo menos 18 indican movimiento, acción, dinamismo; por lo cual, se refleja la intención de Lucas de mostrar a un Jesús inquietando a sus oyentes a través de la manifestación de la misericordia divina mediante sus propios actos y lanzándolos a ser testigos e instrumentos de esa misericordia y salvación.

se ponen de regreso desde Jerusalén –posiblemente- hacia sus pequeños pueblos de origen en donde habían sido llamados por Jesús durante sus caminadas predicando el Reino.

Jerusalén, en cuanto capital de la región de Judea (sur de Palestina), constituía el centro del poder religioso de todo el país (2 Sam 5ss), ha sido el escenario de la tragedia y el dolor, pues allí han tenido lugar los acontecimientos terribles sobre Jesús y, por tanto para los discípulos suscita temor el quedarse allí.

Van de regreso hacia un pequeño pueblo, a unos pocos kilómetros de Jerusalén (v. 13), van hacia el lugar de la tranquilidad, la rutina, la soledad. Van discutiendo sobre las cosas que han pasado (vv. 14-15). Por este camino van desilusionados, escépticos, tristes, confundidos (v. 17). La desesperanza y desilusión les impide comprender el sentido de las cosas tremendas que han sucedido (vv. 21-14).

Como estos discípulos, también nosotros, religiosos de Colombia vamos desilusionados por tantas cosas que pasan en nuestro país, en nuestra Iglesia, en nuestras comunidades, en nuestros barrios, centros de enseñanza, sitios de misión. Nos tiene confundidos la agudización del conflicto colombiano, las políticas de injusticia, violencia e incertidumbre para las mayorías del país; la falta de claridad, unidad y valentía en el grueso de los miembros de la Iglesia (tanto de la base como de la jerarquía); la partida de hermanos que se mostraron claros y decididos en esta causa del Reino; la insensibilidad y falta de creatividad en las instituciones en las que nosotros mismos trabajamos; el poco impacto de las búsquedas comunitarias en las personas, familias, grupos y comunidades que animamos; el enorme poder de los medios de comunicación para generar conformismo y pasividad frente a la situación tan crítica que estamos atravesando en este momento.

Nos hallamos supremamente marcados por el inmediatismo de esta nueva época; por la permisividad de todo lo que nos haga disfrutar egoístamente la vida; por el cinismo ante el dolor de los hermanos más pobres y marginados; por la ingenuidad y la falta de crítica para interpretar las terribles consecuencias de las determinaciones políticas, económicas y militares por parte del gobierno; por el facilismo de las respuestas frente a los problemas personales, familiares y comunitarios.

Vamos confundidos y no tenemos claro el rumbo de nuestro andar. Hemos llegado a vivir en función de lo accesorio, de nuestros intereses y

problemas personales, afectivos, económicos, institucionales, locativos, por encima de lo esencial, de la causa del Reino, del Evangelio, del carisma congregacional; dudamos del paso de Dios por las situaciones críticas y los problemas sociales. Nos confundimos a la hora de actuar respecto a los intereses de los últimos, los pobres, los desplazados, los que sufren más directamente los impactos de esta crisis.

Hemos relativizado lo absoluto y absolutizado lo relativo. Añoramos el poder y luchamos por tenerlo; idealizamos otros estilos de vida y cuestionamos olímpicamente el celibato que adulta y libremente decidimos asumir en la Vida Religiosa; anhelamos trabajar en sitios cómodos y lucrativos; sentimos fastidio ante la sencillez y la pobreza, olvidando nuestras raíces populares; prescindimos del esfuerzo y de la preparación necesaria para servir a nuestros hermanos en las misiones, parroquias y colegios; soñamos con salir rápido de los lugares marginados y populares; se nos pasan los capítulos, sínodos y asambleas comunitarias discutiendo en torno a construcciones, reformas, documentos y organizando viajes.

Muchas comunidades viven replanteándose los trabajos en lugares de inserción, en barrios populares de las ciudades, en pueblos de conflicto y terror, en ambientes de sufrimiento, y rechazando como escandalosas las experiencias de vida alternativas y *sui generis* que intentan responder a los retos de este tiempo. Nos da temor intentar respuestas pastorales alternativas para grupos de intelectuales, académicos, universitarios que retan nuestra palabra, nuestras actitudes y acciones.

Cuántas comunidades e institutos vamos confundidos con miedo al futuro, al riesgo y la innovación; vamos aferrados al pasado pero sin aprender de él los errores; acudimos a todas las formas terapéuticas de discernimiento y no acudimos a la real contemplación de la Palabra a la luz de la historia cruda, en la cual nos habla más clara y fuertemente el Señor. Necesitamos del Peregrino de Nazaret que nos clarifique el pasado y nos oriente hacia el futuro para seguir andando en el camino.

2. Jesús nos levanta los ánimos ante el desencanto cotidiano

En medio de su confusión y desilusión los caminantes de Emaús permiten que el encuentro con el Señor sea profundo, que desborde el simple convencionalismo. Ellos socializan su situación y dejan entrever la levedad

de su fe (vv. 18-24). Jesús, a su vez, les reprende su actitud superficial y su terquedad para entender las Escrituras y las cosas que están pasando ahora (vv. 25-27)[3]. Todos posibilitan que se supere el diálogo que han tenido y se plenifique el encuentro en el compartir cercano y fraterno que implica el gesto del comer. Jesús entra en la casa, les acompaña, come y ora con ellos (vv. 28-30).

Esta experiencia de encuentro, escucha, diálogo, compañía y compartir sinceros permite que irrumpa en sus corazones la chispa del entusiasmo, el dinamismo y la alegría (vv. 32). Esta chispa de vida les toca las fibras íntimas de su fe y les reencanta la esperanza y les hace ponerse de pie, superar el descontento y vencer la postración; por eso, *"se levantan al momento"* (v. 33).

Los discípulos no se dejan ganar por el tiempo, no dan espera, se levantan al momento. Sienten que el momento de la fe es ése. La experiencia de Jesús aunque los hace sentir contentos y extasiados internamente y en silencio, también –y ante todo- los estremece, los despierta y los incomoda. Lo típico de la fe, más que hacer sentir éxtasis personales, desestabiliza y lanza a hacer algo, de lo contrario se trata de sentimentalismos personales y tranquilizantes que más que despertar esa fe, la adormecen[4]. Y si algo dejan claro las diversas manifestaciones de Dios y de Jesús contenidas en los escritos neotestamentarios es que ellas impulsan a una evangelización radical y entusiasta (cfr. Lc 24,35; Hch 1,10-12; 9,3-6; Mt 17,1-9; Mc 16,19-20; Jn 20,14-18).

Ciertamente, todo lo que ha pasado y lo que está pasando en nuestra Colombia, en nuestras congregaciones y en nuestros lugares de misión también conmueve y desestabiliza nuestra existencia y nuestra fe, pero es preciso sentirnos incómodos, inconformes, insatisfechos por estas cosas. También nosotros tenemos que sentir los pasos y la voz de Jesús que camina a nuestro lado, necesitamos que él nos encuentre, nos haga recuperar la

[3] Esta actitud de reproche y exigencia respecto a la falta de fe y a la dureza para creer sus manifestaciones como resucitado aparece claramente en las apariciones en Marcos: Mc 16,14.

[4] Creo que esta es una de las tendencias apropias de esta época, se prefieren y se cree más en las experiencias misticistas que enfatizan los llamados simplemente a los rezos y los anuncios de castigos y catástrofes sobre la historia, que en las que se basan en conversiones reales y eficaces de cara a la superación de las situaciones difíciles y en la transformación de las condiciones históricas que nos toca vivir ahora.

memoria, nos abra la mente, nos haga arder el corazón y nos empuje a levantar los ánimos para salir corriendo por los caminos de nuestra historia crítica e incierta cargados de entusiasmo y valentía, para encontrar sentido a nuestro pasado y pararnos firmes en el presente sin perder la mirada hacia el futuro que soñamos construir.

3. Para reencantar nuestra marcha por la vida

El encuentro de los discípulos con Jesús, marcado por la compañía, el diálogo, el estremecimiento, la memoria y el compartir fraterno, suscita entusiasmo, novedad, renovación. Ellos no sólo se levantan a buscarle para seguir viéndole y hablando con él, sino que se ponen en marcha hacia Jerusalén: *"Levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los once y a los que estaban con ellos"* (v. 33).

Como algunas comunidades desplazadas por la guerra amañada que soportamos en Colombia, los discípulos experimentan la hora del retorno, de la vuelta, de la valentía, de la decisión. La hora de la evangelización ferviente y radical ha comenzado. Jesús los hace fuertes y claros en su misión, en las exigencias del Maestro y de su Reino que ya es su ideal de vida.

Al igual que en otros pasajes lucanos, salen a Jerusalén (cfr. Hch 1,12; Lc 24,33; 24,52) de donde se proyectarán a todos los lugares posibles testimoniando la fe en Jesucristo vivo y resucitado en sus vidas (cfr. Mt 28,19-20).

Para la vida religiosa colombiana que, según estudios y revisiones de ella misma, realiza una presencia mayoritaria en la ciudad, este pasaje lucano se convierte en un cuestionamiento a su acción evangelizadora en la ciudad, en el centro, al lado del poder. Hoy más que nunca la misión de los religiosos y religiosas en la ciudad ha de ser incisiva y eficaz de cara a la transformación social, a la construcción de unas estructuras impregnadas de justicia, verdad, honestidad y cooperación nacional. De lo contrario estaríamos simplemente alimentando viejos modelos de evangelización que más que generar conversión alimentan la injusticia y la corrupción que prolongan y aumentan la tragedia y el terror en nuestros lugares de origen, nuestros pequeños pueblos que nos vieron nacer en sus brazos de paz y a los cuales no podemos visitar con la tranquilidad de otras. Es urgente una actitud profética y sugerente en los centros de poder en donde se generan las decisiones sociales, económicas, políticas y militares para todo el país.

Igualmente, la proyección de religiosos y religiosas en múltiples lugares lejanos que son centro de conflicto e incertidumbre, abandonados por los gobiernos y sumidos en el consecuente terror y desesperación, ha de ser cada vez más significativa. Tenemos que seguir allí, acompañando a quienes cargan en sus vidas las consecuencias de la injusticia social y la indiferencia colectiva; animando su esperanza y sus proyectos de felicidad; incitando a la organización y a la fraternidad, y aprendiendo de ellos la resistencia y el entusiasmo que brota de su misma pobreza y sufrimiento.

En este momento de confusión expresado en la crisis general y en la incertidumbre existencial, es preciso sentir que todas nuestras acciones, encuentros, ejercicios espirituales, capítulos, asambleas, deben superar la reglamentariedad y constituirse en real posibilidad de hacer memoria del paso de Dios por nuestras vidas y comunidades, de levantarnos alegremente a enfrentar nuestro momento presente y de salir corriendo llenos de entusiasmo a construir nuestros sueños de futuro al lado de los pobres, decaídos y marginados de nuestra época.

La crudeza de estos tiempos nos retan a religiosos, mujeres y hombres, jóvenes y adultos, a mirar nuestras actitudes cotidianas al interior de nuestras congregaciones y de la iglesia colombiana para redescubrir nuestra misión y nuestros retos en un país que se desangra y parece darse por vencido. Tenemos que participar con dinamismo y creatividad en todas las acciones posibles que garanticen una iglesia y un país alternativo en el orden socio-político, económico, cultural, científico y religioso.

Son tan enormes los retos en este momento histórico colombiano que no podemos conformarnos con las pequeñas acciones que siempre hemos realizado; es preciso abrirnos y aportar a las búsquedas del clero diocesano, de los gobiernos regionales de cara a un aporte más amplio y eficaz para la transformación de nuestro país.

Somos enviados por el Maestro de Nazaret a integrarnos a los proyectos novedosos y significativos de instituciones educativas, sociales y culturales; a movimientos campesinos, indígenas y femeninos; a redes juveniles, estudiantiles y artísticas; a organizaciones de intelectuales y académicos para construir juntos el país que necesitamos construir cueste lo que cueste.

Hoy más que nunca necesitamos de la comunión en la diversidad al interior de nuestras propias congregaciones e instituciones y más allá de sus

fronteras intentando y construyendo nuevas experiencias de trabajo con el pueblo. Asumamos los riesgos y la aventura con imaginación y creatividad. Caminemos con sentido cada uno de nuestros pasos por la vida de nuestra Iglesia confundida y dividida y de nuestro país descuadernado y fragmentado, siempre confiados en que Jesús sigue susurrando a nuestros oídos *"ánimo, que soy yo, no teman"*(Mc 6,50).

Vinculum
vol. 33 / n. 203-204 (2001) 23-34

Caminar y conversar: mujer y refundación

Hna. Li Mizar Salamanca B, sac.

Seguir el itinerario de los discípulos de Emaús es un buen motivo para reflexionar sobre la mujer y la refundación de la Vida Religiosa, por la posibilidad de contemplar el rostro del Resucitado y de anunciarlo de manera nueva, con talante profético, viviendo el despojo y sencillez de un caminante.

Se ha llegado a pensar hipotéticamente que la compañera de Cleofás en el camino de Emaús es una mujer[1]. Una mujer que ha vivido junto a

[1] Los dos discípulos de Emaús no pertenecen al grupo de los once (cuando regresan a Jerusalén encuentran a los once reunidos, Lc 24,33), invitan a Jesús a su casa, lo cual lleva a pensar que podría tratarse de una pareja.

Jesús la condena y la muerte en Jerusalén, que lo vio desfallecer y morir en la cruz, que experimentó por Él el triunfo de la vida sobre la muerte y puede contar lo sucedido a los peregrinos que nos acercamos a ella.

La invitación, como mujeres consagradas, es a realizar este itinerario de fe pascual y acercarnos a una reconstrucción de Vida Religiosa desde la perspectiva de la mujer. Para ello, podemos constituirnos en caminantes junto a Cleofás, asumir el protagonismo de una discípula de Jesús y colocarle nuestro nombre o llamarla sencillamente María.

Dos presupuestos y dos acciones de Jesús para el encuentro

El pasaje se desarrolla preferentemente en dos espacios. Uno, el camino por el cual transitan Jesús y los discípulos y otro, alrededor de la mesa donde los tres se encuentran dispuestos a compartir el pan. Aluden a dos presupuestos para una teología de la Vida Religiosa: **caminar y conversar.**

En cuanto a las acciones, Jesús, que es la **Palabra,** enseña a ser y a vivir la Eucaristía [2] a través de dos gestos pedagógicos: mientras Él camina abre el sentido de las escrituras a sus discípulos y en la mesa, manifiesta su presencia viva entre nosotros a través del **signo** de partir el pan.

1. Dos presupuestos: Caminar y conversar

1.1. **Conversemos sobre cuestiones de mujeres.** Peregrinar con los de Emaús será escuchar el susurro de aquella conversación y seguirla guiados por el Espíritu. Hay cierta connaturalidad privilegiada entre espiritualidad y mujer, por ser ella elegida habitación del Espíritu en el misterio de la encarnación.

Albergamos el Espíritu que es don de vida, haciendo del discernimiento un modo de ser y de proceder creativo y esperanzador en el caminar con la gente de nuestros pueblos.

No se puede asegurar la presencia de una mujer. Si se piensa en una, por su cercanía a Jesús, podría ser María la madre de Santiago (Mc 16,1; 15,40; 16,1-6) o María de Cleofás (Jn 19,25), aunque *Cleophas* en Lc, se escribe en griego con **o** sin acento y en Jn, con **oo** y con acento circunflejo.

[2] Cf. VC. 95.

Si la resignificación de la Vida Religiosa es camino de espiritualidad, teniendo como centro al Padre, al Hijo y al Espíritu, será entonces celebración de comunión y de fraternidad en un *ágape* que transforme nuestra teología y concepción de comunidad eclesial.

Dar nuestro aporte específico supone de-construir formas de mirar y de cultivar la interioridad a fin de expresar una identidad más auténtica y de manera abierta e inclusiva. Ser mujer o varón se vive en estrecha relación con los roles de cada género y la lógica que esto implica al ser una categoría construida socialmente[3]. En otras palabras, la condición *masculina* o *femenina* es aprendida y condicionada.

La mujer, como pedagoga existencial de teología-vida, no puede pasar por la negación del varón, quien también hace teología desde su propio espacio interior y es afectado por nuevos paradigmas de género. Hoy se está construyendo una categoría distinta a la que se llama *patriarcal.* Se habla más exactamente de categoría *kiriarcal,* la cual hace referencia a la persona, ya sea varón o mujer, que se constituye como *señor/a, amo/a* sobre otra[4].

El hecho de que las nociones de masculinidad y de feminidad no sean universales ni fundadas en la naturaleza o esencia de la persona es importante para modelar nuestra espiritualidad e identificar con dinamismo y sin absolutizar, algunas mediaciones que llamamos *femeninas,* como es lo poético, simbólico, festivo, la ternura, misericordia, capacidad de resistencia y de gozo; atentas a lo racional y lógico, a lo discursivo, que también nos pertenece.

De esta manera, desempeñar un nuevo rol de mujer se encuentra con el de ser discípula de Jesús hoy, siendo dos construcciones sin modelos constituidos, pero sí con intuiciones desde la estructura corpórea que pueden inspirar lo femenino consagrado a través de un lenguaje sugerente y concretar rasgos propios del discipulado como son seguimiento, servicio, escucha, contemplación, envío.

[3] Se entiende *género* como *representación cultural de la diferencia sexual.* LAMAS, M., *Los problemas sociales de género,* VII Congreso Colombiano de sexología, Medellín, 1996.

[4] Categoría de análisis que no está limitada al sistema sexo/género. SCHÜSSLER. F., E., *But she said, Feminist practices of biblical interpretation,* Boston: Beacon Press, 1992, 7-8.

1.2. Caminar con los de Emaús. Un croquis del itinerario de fe seguido por "María" y Cleofás puede ser en forma de herradura, que llevará a relacionar versículos paralelos para desentrañar mejor su mensaje[5]. De esta manera, contamos con tres ejes conductores del relato:

- El v. 23 hace parte de la narración de los discípulos a Jesús sobre la visita de las mujeres al sepulcro, mostrando dos situaciones significativas: no hallaron **el cuerpo de Jesús** y *hablaban incluso de que se les habían aparecido unos ángeles que decían que* ***está vivo***. Este versículo se puede considerar como una pausa que articula dos momentos de toda la perícopa: uno descendente caracterizado por la tristeza y hechos de muerte (vv. 13-22) y otro ascendente marcado por la esperanza y hechos de vida (vv. 24-35).

- Los vv. 28,29,30 presentan la invitación de los discípulos a Jesús para quedarse y se disponen a la cena: *Cuando Jesús estaba sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y lo dio a ellos* (v.30). Aparece un gesto significativo en la revelación del rostro de Dios, de acuerdo a nuestras construcciones de género. Jesús, el invitado, es quien bendice el pan y da de comer a los discípulos, ejerciendo las funciones de padre y de madre.

- En los vv. 33b-35, *los once* y sus compañeros confirman el anuncio de las mujeres: *Es verdad, el Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón* (v. 34b.); los dos discípulos narran lo ocurrido y cómo lo reconocieron en la fracción del pan.

---

[5] Algunos elementos tomados de BENOIT, P. - BOISMARD, M.E., *Synopse des quatre évangiles en français*, II, París, 1972, 447ss.

Aparición en el cenáculo (24,36ss)

	vv.33b-35	
v.13		v.33.a
v.14		v.32
v.15		v.31b
v.16		v.31a
	vv.28, 29,30	
v.17, 18,19,20		vv.26, 27
v.21		v.25
v.22		v.24
	v.23	

2. Sentido de la escritura y signo

La escritura y el signo son dos dimensiones fundamentales para una Vida Religiosa significativa. La fidelidad creativa lleva a las raíces del evangelio de donde brota la experiencia fundante de nuestras congregaciones para llegar a descubrir qué síntesis vital comunicar hoy, a través del signo, entre mística y misión[6].

Hagamos, entre palabra y signo, camino de encuentro con el Resucitado relacionando versículos en paralelos y transitemos rápidamente, discípulos y discípulas, de la confusión a la esperanza.

2.1. Movimiento centro-periferia (v.13 y v.33.a)

- *Aquel mismo día, dos de los discípulos se dirigían a un pueblo llamado Emaús* (...) (v.13).
- *En aquel mismo instante se pusieron de camino y regresaron a Jerusalén* (v.33.a.).

"María" y Cleofás huyen de Jerusalén, ciudad vista como centro privilegiado de poder social y religioso, cuyas instituciones matan a los profetas. Están descorazonados y humillados; los dos han participado del anonadamiento de Jesús en la cruz y "María" es consciente de la poca eficacia de su anuncio de que Jesús está vivo (v.23).

El camino de las afueras, el lugar de los desechables e incomprendidos, de los pobres y excluidos se hace lugar de encuentro con el Crucificado y sorpresivamente, con el Resucitado.

Cuando los discípulos reconocen a Jesús en la fracción del pan, impulsados por la vida revelada vencen la noche de aquella tarde y llegan a la comunidad; apasionados y fortalecidos, Jerusalén se les transforma en espacio de lucha por la defensa de la vida, en oportunidad de profecía y en escenario de cristofanía a la comunidad amenazada (Lc 24,36ss).

[6] Cf. GUERRERO, J.M., "La refundación como expresión de fidelidad creativa no es una moda sino una exigencia del Espíritu", en *Vinculun: La aventura de la refundación* (julio-septiembre, 2000)

2.2. Dos maneras de conversar (v.14 y v.32)

- *Iban hablando de todos estos sucesos* (v.14).
- *Y se dijeron uno a otro: "¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las escrituras?"* (v.32).

Conversan sobre los acontecimientos, hacen su análisis desde la ceguera que da el desaliento y la frustración ¿Cómo reconstruir los hechos desde estos presupuestos? ¿Cómo reconstruirse a sí mismos si se ha *secado* la fuente de la vida?¿De qué hablamos cuando estamos desolados?

¡Qué lejos están de reconocer que su corazón arde mientras Jesús les abre el sentido de lo ocurrido! Y ¡qué necesario es escucharle de modo que arda el corazón y en él conservemos cuidadosamente todas las cosas (Cf. Lc 2,51) a fin de que su palabra siga creándonos a nosotros mismos y a la comunidad!

La lectura de la experiencia a la luz del Resucitado los lleva a madurar en la fe para llegar a reconocerle en la fracción del pan y ser testigos de la esperanza. En nuestro lenguaje cotidiano, los fue convirtiendo en verdaderos discípulos de Cristo.

2.3. Dos maneras de estar (v.15-v.31b)

- *Mientras hablaban y se hacían preguntas, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos* (v.15).
- (...) *pero Jesús desapareció de su lado* (v.31b).

Jesús se acerca a los dos peregrinos y camina a la manera de ellos. Invita a cuidar los ritmos en la construcción de comunidades que integren la singularidad insustituible de cada persona y atiendan gozosamente a su crecimiento; donde nos *expliquemos* vitalmente la presencia del Señor entre nosotros, con sus retos para anunciarlo en medio de la violencia y resistencia de muchos hermanos.

Cuando "María" y Cleofás reconocen al Señor, como una "segunda anunciación", Él se hace invisible generando un vacío para ser habitado por la gracia de Dios (Lc 1,30.35). Los discípulos superan la *minoría de edad* en la fe para ser testigos gozosos del Resucitado y corren el riesgo de volver a Jerusalén.

2.4. Ver y no ver (vv. 16 y v. 31.a)

- *Pero sus ojos estaban tan cegados, que no eran capaces de reconocerlo* (v. 16).
- *Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron* (v.31.a.).

Los ojos son impedidos por acción de Dios a fin de llevar a los discípulos de manera progresiva al reconocimiento del Resucitado[7]. La desolación hubiese llevado a un encuentro envuelto por la emoción de lo inmediato y a no comprender el significado de seguir a Jesús hasta la cruz y resucitar con Él más allá de nuestras categorías humanas.

Cuando abren los ojos, la fascinación de contemplar el rostro del Señor despierta la memoria sobre los intereses de Jesús: cumplir la voluntad del Padre y salvar a los hombres, preferentemente a los desheredados. Ver en la fe es un don otorgado en la vulnerabilidad y *hacerse pequeño con los pequeños* es el modo de hacer transparente la acción del Señor para ser realmente eficaces.

Frente a los acontecimientos, podríamos dejar de preguntarnos racionalmente qué cambiar de la Vida Religiosa, para preguntarnos qué me seduce de Jesús hoy, qué me sigue fascinando para abrir los ojos, hacer memoria y correr tras Él.

2.5. El Señor pregunta y enseña (vv. 17-20 y vv. 26-27)

- *Y Él les dijo: "¿Qué es lo que vienen conversando por el camino?" Ellos se detuvieron entristecidos, y uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió: "¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no te enteraste de las cosas que estos días ocurrieron en la ciudad?" Él les preguntó "¿Qué ha pasado?" Ellos contestaron: "Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo ¿No sabes que los jefes de los sacerdotes y nuestras autoridades lo entregaron para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron?"* (vv. 17-20).

[7] Cf. J. Dupout citado por DILLON, R.S., *From eye-witnesses to ministers of the word. Tradition and composition in Luke 24*, Analecta Biblical, Rome: Biblical Institute press, 1978, 146.

- [Jesús dice] *"¿No era necesario que el Mesías sufriera todo esto para entrar en la gloria?"*

"Y empezando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que decían de Él las escrituras". (vv. 26-27).

El Señor se implica en la experiencia de los discípulos y pregunta de qué van hablando. Lo más seguro es que hablasen con temor y angustia de lo vivido o creyesen que todo había sido una vana ilusión o que Jesús se había engañado a sí mismo.

Cleofás, *el que increpa con la boca*[8], no ha entendido y tampoco asume el escándalo de la cruz. Responde al recién llegado con una pregunta severa *¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no te enteraste?* (...) ¿Cómo purificar las heridas de nuestras historias para ser testigos de la vida que nace aunque sea pequeñita y sencilla? ¿Cómo explicar pacientemente lo que está sucediendo para suscitar creatividad evangélica y alentarnos a construir futuro?

Los discípulos identifican a Jesús como un profeta entregado fatalmente a los sumos sacerdotes para ser condenado a muerte. Pero el Señor lee el mismo acontecimiento en clave de vida, aunque parezca escandaloso que el Mesías sea condenado: *¿no es necesario padecer para entrar en la gloria?* Ciertamente es necesario padecer, pero padecer como Él lo hizo hasta el final, libre e impulsado por el amor en el cumplimiento de la voluntad del Padre.

Solemos tener suficientemente analizada la realidad de creciente pobreza y de aguda fragmentación social. Emaús invita a pasar de la pregunta y del sentimiento a un servicio humilde y sin protagonismo, disponibles a las llamadas que nos hacen los pobres, los excluidos y las nuevas situaciones de despojo; a cultivar una actitud de éxodo como las mujeres que siguieron a Jesús desde Galilea (Mc 15,41)[9].

[8] En griego significa *gloria completa* y representa a quienes asumen la gloria mezclada de confusión.

[9] El verbo *akolothein* está en imperfecto. El v. 41.a. de Mc 15, hace alusión a una acción que perdura.

2.6. La insensatez de una esperanza equivocada (v.21 y v.25)

- *"Nosotros esperábamos que Él fuera el liberador de Israel. Y sin embargo ya hace tres días que ocurrió todo esto"* (v.21).
- *Entonces Jesús les dijo: "¡qué torpes son para comprender, y qué duros son para creer lo que dijeron los profetas!"* (v.25).

Los discípulos ponen en evidencia su herida siguiendo la lógica de poder y de conquista, esperaban un Mesías que supuestamente los liberase del dominio y tiranía de los Romanos.

Jesús, sigue la lógica del corazón y evalúa la lectura de los discípulos. Hay una estrecha relación entre la tristeza de ellos y su cerrazón de mente y de corazón, no están viendo con los ojos iluminados para reconocer la esperanza a la cual han sido llamados (Ef 1,18).

El Señor invita a cambiar la perspectiva de desaliento, a identificar nuestra cerrazón y extravío, como es confundir carisma con expresiones culturales o tareas; consejos evangélicos con negación o justificación velada para no comprometerse; responsabilidad con activismo; fidelidad con un cumplir infantil; sencillez con empobrecimiento o mediocridad...

2.7. El testimonio de las mujeres, el testimonio de los discípulos (v.22 y v. 24)

- *"Es cierto que algunas de nuestras mujeres nos han sorprendido, porque fueron temprano al sepulcro* (v.22) *y no encontraron su cuerpo"* (v.23.a.).
- *"Algunos de los nuestros fueron al sepulcro y lo encontraron todo como las mujeres decían, pero a Él no lo vieron"* (v. 24).

Las mujeres en aquella mañana superan a los varones en el anuncio de la resurrección, pero su testimonio no era creíble en aquella cultura (a no ser un caso excepcional). De ahí que el sepulcro vacío tuviese que ser confirmado por algunos del grupo[10].

No es gratuito que prevalezca esta actitud en algunos ámbitos religiosos. La asimilación de una espiritualidad marcada por principios y prácticas que

[10] GONZÁLEZ F., J., *Acceso a Jesús, Salamanca: Sígueme, 1979, 104.*

van bien con una identidad *kiriarcal* rígida, lejos de la ternura, la comprensión y compasión desde la propia contingencia.

La experiencia de Jesús vivo termina por regresarnos a la comunidad, sacramento del Resucitado y espacio para gestar nuestro compromiso de discípulos.

A MODO DE CONCLUSIÓN: "MARÍA" NOS ESCRIBE

Habitan en mi corazón nombres de mujeres que estuvimos con Jesús en el drama del Calvario: María de Nazaret (Jn 19,25), María de Magdala, Salomé, María la madre de Santiago y de Joset y otras tantas que habían subido con Él a Jerusalén (Mc 15, 40-41).

Muchas veces me he preguntado por qué se adelantó a las mujeres la noticia de la resurrección en aquella mañana del primer día de la semana. Vivimos con Jesús el Viernes Santo y hundidas en el dolor, sentimos que la vida se nos iba tras Él (Cant 5,6); lo buscamos de madrugada en la oscuridad del lugar de los muertos, a las afueras de la ciudad y ¡encontramos el sepulcro vacío!. Así, la Gloria nos salió al encuentro y el primer nombre pronunciado por el Resucitado fue el de María de Magdala, a quien Jesús envía (*apostello)* para anunciar que Él vive, que ha reconciliado a los hombres con Dios y los llama hermanos, naciendo la comunidad cristiana que acoge al Espíritu. María de Magdala fue testigo del triunfo de la vida sobre la muerte y cumplió su misión de *apóstola apostolorum* entre los nuestros[11].

Después de haber oído, visto y contemplado al Señor (1Jn 1,1-2) en el itinerario que conduce a la fe pascual, quiero dejarte algunas reflexiones sobre mi experiencia como discípula.

Seguimos a Jesús desde Galilea hasta la cruz atraídas por Él y lo fuimos reconociendo como dador de vida en la medida en que restituía nuestra dignidad. Marta le acogió como la resurrección y la vida sin término (Jn 11,25-27); una mujer de Betania se anticipó a ungir su cuerpo con perfume, señal de dignidad real (Mc 14.8)[12]. A la Samaritana, Jesús se le reveló como

[11] KREMER, J., "Las mujeres en la Biblia" en *Utopías*, 69 (1999), 36.
[12] BULTMANN, cita en TAYLOR, V., *Evangelio según San Marcos*, Madrid: Cristianad, 1979, 592.

el ungido, el Mesías que debía de venir (Jn 4,25-26), ella corrió a anunciarlo y los suyos creyeron en su mensaje de discípula (Jn 4,39). La Magdalena lo proclamó como Señor, igual que los discípulos (Jn 20, 18. 24b) [13].

De camino hacia el encuentro con el Resucitado, recibí el don de la transfiguración de mi mirada de mujer, ¡qué más credibilidad que la de Jesús hacia nosotras! En aquella mañana de resurrección contemplamos el misterio y creímos en la capacidad de transparentar la presencia del Señor a través de la autenticidad de nuestra humanidad, abierta a la vida divina que acontece entre nosotras. La memoria del corazón ardía y el gesto abrió espacio a la vida: ¡*se nos abrieron los ojos y lo reconocimos*![14]

Así como estamos acondicionadas para tejer la vida con cuidado y darle cobijo hasta la madurez, poco a poco iremos encarnando nuevas expresiones de aquella cena con el Señor. En nosotras habita la fuerza para dar vitalidad a las raíces que ya dan sentido a pequeños relatos de vida contados en clave de resurrección y a gestos sencillos, como es partir el pan, similar a lo que se hacía en el *ágape* de Betania, donde Marta y María hermanaban la escucha (*akouo*) y el servicio (*diakonein),* sabiendo que nuestro servicio va más allá del ámbito doméstico para dar la propia vida como Jesús la dio[15].

Qué bueno aprender a renunciar a lo que ayer sirvió y hoy no nos significa, a lo no fundamental que nos hace insensatas y tardas de mente y de corazón. Las mujeres vimos ángeles, presencia de la gloria de Dios invisible a los ojos embotados por el miedo o deseo de protagonismo (Jn 20,12; Lc 24,23), algo que se hace manifestación de que con mirada limpia ejerceremos el ministerio de la sabiduría que invita al banquete de la vida (Prov 9,1-5) y seremos *mistagogas* de la fe pascual por la cual Jesús convierte nuestros sepulcros y oscuridades en regazo donde nace la vida.

El Señor modeló la Palabra en mis entrañas para hacerla fecunda y llevó a comprender qué es ser discípula: pedagoga existencial de profecía. Escuchamos la Palabra de manera nueva y fuimos presurosas a comunicarla

[13] TEPEDINO, A.M., *Las discípulas de Jesús,* Madrid: Narcea, s.a., 1994, 115-163.
[14] Las discípulas contemplan, escrutan el misterio (verbo *theoreo*, Mt 27,55; Jn 20, 12.14). La Magdalena llega a la mirada que se confunde con la fe (verbo *orâo,* Jn 20,18)
[15] *Diakonein* es usado para designar el servicio de las mujeres (Mc 15.41), igual que para referirse al servicio de Jesús (Mc 10,45).

(Mc 16,10; Mt 28,8; Lc 24,9; Jn 20,18), a fin de que todos tengamos vida eterna (Jn 20,30).

Cultivar la sabiduría supone *beber de nuestro propio pozo*, invitarnos a ser cada una fiel a sí misma fascinada por el amor de Dios; decirnos la verdad acerca de nuestro cansancio, confusión o desconcierto para luego celebrar juntas la vida renovada y compartida. El aporte específico como mujeres discípulas no es tanto de funcionalidad exterior (roles) sino de cualidad, es decir, de modos de ser en los campos de la misión, la teología, la liturgia, la espiritualidad.

Cuando regresé con Cleofás a Jerusalén, el temor y la incertidumbre se habían truncado en amor pleno y gozoso, capaz de subsanar la soledad y encerrona de los discípulos y discípulas de Jerusalén. En adelante, sólo anunciándole podríamos reconocer al Señor (1Jn 3,18; 16, 20-27).

El reconocimiento del Resucitado por la comunidad necesitó de nuestras señales y palabras para ser entrañable y vital. Creo que algún día nos encontraremos mujer y varón reconociéndonos en la mirada confiada que da la propia valía para ser compartida en reciprocidad y seguir haciendo de nuestras comunidades casa amplia y habitada por la familia de Dios.

En casa, nuestra habitabilidad de mujeres asume varias expresiones[16]. La virgen, palabra libre y silencio nacido de la vida de Dios, espera y vigila. La novia, mirada hacia el futuro y danza, es certeza de que todo es don. La esposa, creadora de una tierra y cielos nuevos, es alteridad amorosa y celebración. La madre que visita y proclama el Magníficat, es fecundidad y donación de su ser. La viuda, memoria de dolor y de ausencias, es clamor por la justicia y lamento por una sociedad sin fiesta. Así, la comunidad se hace ámbito de aprendizaje y de ternura. No vivir estas expresiones generaría un espacio infecundo e inhabitable o se caería en la tentación de la *prostitución* sosteniendo formas estériles y engañosas.

Me despido celebrando contigo este itinerario con Jesús. Nos encontraremos las veces que tú y yo nos adelantemos a dar la buena noticia de que Jesús vive entre nosotros, María.

---

[16] Cf. DE PORCILE, M., *La mujer, espacio de salvación*, Madrid: Claretianos, 1995, 337-381.

Refundación de la Vida Consagrada

Vinculum
vol. 33 / n. 203-204 (2001) 37-46

Iniciarse en la Refundación por el camino de Emaús

P. Ignacio Madera Vargas, SDS

Una de las grandes inquietudes que me produjo el panel de la pasada Asamblea de la Conferencia de Religiosos de Colombia, en el cual participé como ponente miembro de la Comisión de Reflexión Teológica, fue la insistente pregunta de varios Provinciales acerca de cómo iniciar un proceso de refundación. Ello me ha conducido a que no solo me pregunte por el cómo sino que, igualmente, me han surgido otros interrogantes no menos serios acerca de la misma posibilidad real de llegar a establecer auténticos procesos de renovación en el espíritu del Concilio Vaticano II y de la fidelidad creativa solicitada por el Santo Padre en Vita Consecrata; como también, por supuesto, en el espíritu de la Conferencia Latinoamericana de Religiosos y de todos los teólogos y teólogas que, fieles al momento presente, queremos pensar

en la urgencia de volver a lo fundamental, a las fuentes de agua viva, al nervio motor de lo que somos y debemos ser en el hoy de nuestros pueblos.

Es verdad que como los caminantes de Emaús es posible que ante las cosas que pasan entre nosotros nos sintamos confundidos, desanimados y hasta desencantados, pero también lo es que solo el reconocimiento de la presencia de Jesús Resucitado en el camino nos puede devolver la esperanza y abrir los horizontes de un futuro que puede ser mucho mas promisorio que el presente.

1. La posibilidad real

Taladra mi pensamiento esta pregunta: ¿es posible realmente una refundación?. Es decir, teniendo en cuenta la historia de los años recientes en la vida religiosa, ¿será que una recepción libre, espontánea y abierta de esta propuesta renovadora, es factible?. Me pregunto más todavía, ¿cuáles son las condiciones necesarias para refundar una Provincia de tradición centenaria, o de grandes instituciones que piden, exigen y conllevan una determinada manera de situarse al interior del sistema económico, social y político del país? Me sigo preguntando: ¿será posible?. ¿Y cómo no pensarlo para las Provincias conformadas por religiosos varones que se han dedicado a ser párrocos o vicarios cooperadores, rectores o profesores de colegios y universidades, en donde con mucha frecuencia lo que significa y es vida religiosa se supedita y relativiza ante las exigencias propias del que hacer institucional?

Por todo lo anterior me voy a permitir poner en actividad mi fantasía y mi experiencia personal y comunitaria para señalar algunos asuntos que no por su profundo realismo dejan de tener serios correlatos teológicos; necesarios para el espíritu y talante de este tiempo de gracia del Señor para nuestro estilo de vida.

En primer lugar quiero referirme a las que considero las condiciones de posibilidad para iniciar un proceso de refundación como una aventura de renovación. Así las describo:

1.1 Capacidad de tomar en serio lo de Jesús

La primera condición de posibilidad para que se pueda iniciar un proceso de refundación es querer tomar en serio el asunto de Jesús. Es decir, debe

darse una mínima sensibilidad evangélica que haga factible el preguntarse por la necesidad de situarse seria y honestamente ante el propio talante como seguidor o seguidora de Jesús de Nazaret, el Cristo. Esto quiere decir, que se está abierto a la posibilidad de conversar con El en el camino, de desarrollar los mecanismos que lleven a cada hermano y hermana a preguntarse por la verdad de su decisión por Cristo y de la realidad englobante de la propia vida que debe ser ese mismo seguimiento. Se trata de confrontarnos con la real capacidad de reconocerle en el trajinar de la vida, en la cotidiana fracción del pan, en el diálogo sereno que debe ser la oración personal y comunitaria, en la confrontación de las actitudes con los valores del Reino, en la pasión creciente por ver este mundo según el pensamiento y la voluntad de Jesucristo.

1.2 Disposición para verse a sí mismo (a)

Una segunda condición es la posibilidad de verse a sí mismo y a sí misma de cara a la propuesta de Jesús. Es decir, una apertura real y sincera a la necesidad de convertirse. Esto significa que no me interesa tanto verificar el testimonio de los otros sino el preguntarme por mi propia realidad, mi estado de espíritu, mi real apertura a la acción de Dios en mi vida. Por lo tanto esto conlleva una profunda conciencia de humildad como para ser capaces de reconocer que hemos desviado el rumbo y que es necesario mirarse seriamente en las lesiones, en las heridas, las insatisfacciones, los sentimientos nocivos, las frustraciones y las proyecciones de las propias carencias. Pero igualmente saber reconocer las propias posibilidades, las cualidades, las bondades latentes, los buenos deseos y las grandes ilusiones, las esperanzas y los sueños. Es decir, mirarse con realismo, sin pesimismos enfermizos o idealizaciones paralizantes.

1.3 Disposición para ver el mundo que nos rodea

Para dejarse tocar por lo que pasa alrededor, por el pais de sangre y tragedia que hemos construido, por el rostro cansado de los pobres y la mirada triste de las viudas. Disposición para reconocer las grandes contradicciones del mundo que vivimos, la relatividad del progreso, el escándalo de la pobreza de las mayorías, el amargo sabor de desilusión de los resultados de las políticas neoliberales y el agujero negro que significan el desempleo, el desplazamiento y los cinturones de miseria de nuestras grandes ciudades. Dejarse tocar por la realidad, pero dejarse tocar incluso a nivel del sentimiento. Nos duelen los pobres, nos duele la patria, nos duelen

los huérfanos, nos duelen los obreros y obreras, las prostituidas y los stripers, nos duele la vida destrozada por las nuevas cruces del cinismo colectivo que asfixia a nuestro pueblo.

1.4 Por lo tanto

Creo que sin estas tres disposiciones no es posible pensar en procesos de refundación. Y estas disposiciones las espero en los gobiernos Provinciales y los hermanos y hermanas de las bases. Un gobierno Provincial que impulsa procesos de refundación pero no se pregunta por lo de Jesús en cuanto a su ser autoridad en el espíritu del servicio minoritario propio de los santos evangelios, y no está en una continua búsqueda de desahacerse de los lastres de poder que todavía se incrustan en la administración de las Provincias, no da garantías para un serio proceso de refundación. Son ejecutivos o ejecutivas que pueden querer que los demás hagan lo que ellos digan pero ellos y ellas no hacen lo que deben hacer.

E igual podemos decir de los hermanos y hermanas de las comunidades locales, si se colocan ante las propuestas que pueden venir de la administración Provincial como francotiradores y francotiradoras que reproducen la contienda del país y no se abren a la comunicación y a la aceptación serena de lo que viene de quienes tienen el servicio minoritario de animar las Provincias, ellos y ellas, tienen el poder de hacer que esto de refundación sea solo un decir fallido.

Y entonces, en este momento es necesario que diga que no todo es refundación, es decir, no se trata de pequeños cambios y de pequeñas acciones, sino de una nueva vitalidad, de un impulso, de un pentecostés al interior de una Provincia que haga hablar un nuevo lenguaje, que conduzca a un deponer las armas usadas hasta este momento; que recree la posibilidad de dialogar y que establezca nuevos espacios y formas de comunión a semejanza de la comunión trinitaria, en la cual, la igualdad de la personas se realiza a partir de su diversidad en continua intercomunicación.

2. ¿Y entonces cómo?

Creo que es necesario que cada religioso o religiosa, cada comunidad local y provincial se haga una pregunta primordial, sencilla pero intensa: ¿de seguir como vengo y venimos, hacia donde voy y vamos?. Y otras tan fundamentales como la anterior acerca del sentido mismo de lo que somos

y hacemos en esta vida: ¿somos felices así como vivimos? ¿en definitiva para qué estamos aquí en este camino de vida? ¿qué tan significativos o significativas somos para el mundo que nos rodea?

Creo que estas preguntas que llamo primordiales son las primeras que debe hacerse cada persona y cada comunidad. Preguntas que piden que exista quienes las hagan, quienes las planteen. Es decir, ¡qué alguien se atreva a proponernos que salgamos de la rutina, de lo cotidiano, de la dureza de corazón que genera la monotonía institucional, de la despreocupación que puede crear el estar satisfechos o satisfechas con lo que hacemos sin ir mas allá de nosotros y nosotras a descubrir el lugar donde se oculta Dios!.

Se me ocurre pensar que estas primeras preguntas pueden ser planteadas en una reunión comunitaria, en un retiro o en una conversación informal en torno a una comida fraterna. Sin interrogarse honda y profundamente, sin una primera confrontación tranquila y serena, sin ánimo acusatorio pero si con sincera claridad profética, no es posible que se inicie un proceso de sensibilización.

Cuando cada uno y cada una se han puesto sinceramente frente a serios interrogantes, los han asimilado y señalan una disposición a avanzar, entonces creo que será posible iniciar un proceso de sensibilización en la necesidad de una vuelta a las fuentes de la Escritura y del Carisma fundacional.

2.1 Porque la Palabra nos recrea

La vuelta a la Escritura es la vuelta fundamental, pero la escritura leída a la luz de la realidad, en lo que ella expresa de la realidad allá y en lo que ella suscita para la realidad acá. Por lo tanto una lectura crítica y no ingenua. Es un aprender a gustar la palabra, aprender a darle tiempo a su meditación, a su lectura personal y comunitaria, sin afanes. Por lo mismo, el gran asunto de esta vuelta es la decisión por sacar los tiempos necesarios a una recuperación de la vida porque está siendo amenazada. Si queremos salvar la vida religiosa, la vuelta a la Palabra no puede ser un asunto cualquiera sino el asunto que convoca, que genera y crea porque estamos haciendo lo posible por recuperarnos en la confrontación con lo que Dios dice en el libro de la Biblia y en el libro de la vida.

De allí la necesidad de un proceso de iniciación en la lectio divina, adecuada a las condiciones de cada comunidad pero también cada comunidad adecuando su vida a esta necesidad revitalizadora. Será el inicio de una búsqueda lenta pero progresiva. Este inicio de la vuelta a la palabra debe celebrarse, debe anunciarse, debe simbolizarse de manera sugestiva y significativa para cada uno y para la comunidad. Celebrar la vuelta a la fuente primordial de la palabra creadora capaz de regenerar la vida religiosa en sus mas genuinos horizontes de realización en la misión.

La Palabra nos hará ver cuales son las confusiones que nos están perturbando a lo largo del camino, las discusiones que nos impiden ver la presencia de Jesús allí, los desencantos por falsas seguridades, los cansancios por haber colocado la esperanza en lo que fenece. Nos irá descubriendo nuestro Emaús y nos señalará la necesidad de volver a Jerusalén. La palabra desinstala, pide volver a sentir el ardor del corazón al oír a Jesús quien desde el centro de la realidad de muerte y violencia que nos rodea nos explica las Escrituras recordándonos que todo lo que se está haciendo a esos pequeños nuestros hermanos del sur de Bolívar, del Magdalena Medio, de Tibú o de Barbacoas, de Cantagallo o Pavarandocito, con El se está haciendo, y que todo lo que nos va conduciendo hacia el lado de las víctimas, lo que va significando solidaridad, propuestas, alternativas y salidas a este desangre, con El lo hacemos, porque de la sangre de los que vienen de la gran tribulación brota el grito desgarrado del crucificado y de la victoria de toda construcción de la vida y la esperanza brota el destello del resucitado impulsando siempre a más.

Los acentos que este proceso nos señala deben colocarse en la llamada a la conversión, el anuncio de una buena noticia y la llamada al compromiso con la implantación del Reino. Esta conversación por el camino de la vida religiosa nos hará reconocerle en la fracción del pan y recuperar el ardor del corazón en el manoseo cotidiano de la Escritura. Se trata entonces de diseñar procesos de estímulo de la necesidad de curación de heridas a la luz de la Palabra Santa, de reconocimiento de la condición de fragilidad y de la inmensa bondad del Señor que tiene misericordia para con el pecador a pesar de ser inflexible con el pecado.

2.2 Como el carisma y la espiritualidad nos recrean

Seguidores y seguidoras de Jesús desde una propuesta particular en la historia de la Iglesia. Agraciados y agraciadas por benevolencia suya con el carisma y espiritualidad de nuestra orden, congregación o sociedad, somos

los sucesores y sucesoras de los fundadores y sus primeros compañeros. Como ellos, en la realidad de este país, tenemos que ser creadores y creativos, Por ello, el cómo iniciar nos conduce a la necesidad de recuperar la historia, de leerla a la luz de nuestras preguntas de hoy. ¿Qué harían los fundadores y fundadoras si estuvieran en este país?... ¿Lo que nosotros estamos haciendo? ¿Y del modo como lo estamos haciendo?. Entonces de las respuestas a estas preguntas vienen conversaciones tranquilas, serenas, amistosas y sugestivas acerca de lo que hacemos y lo que podemos vivir como dinamismos nuevos que nos acerquen a la fuente primordial de ese entusiasmo evangélico que nos dio origen.

Un proceso de recuperación de la Palabra del fundador o fundadora, de la dinámica e ilusión de los primeros y primeras iniciadores o iniciadoras de las provincias, de aquellos y aquellas que llegaron al país y enfrentaron con fortaleza y valentía los retos que se les presentaron, o de aquellos y aquellas que siendo de este país iniciaron la vida de la comunidad en condiciones que normalmente no fueron fáciles. Se trata de la tradición como transmisión sucesiva en el tiempo de un testimonio. Por ello, una identificación de los grandes acentos evangélicos del carisma, de la espiritualidad y de la tradición de los sucesores es lugar de referencia para construir celebraciones comunitarias y cuestionarios de reflexión personal que devuelvan la ilusión y la esperanza frente a la orden o comunidad.

2.3 Precisando el cómo

Una de las grandes intuiciones de la propuesta refundacional de la Clar es llegar a la conciencia de un cierto cansancio de determinados métodos que se orientan más que todo a la comprensión, el análisis racional o a la discusión de asuntos de cualquier tipo que sean, como también los métodos inspirados en algunas modalidades de la psicología conductista.

Una cierta experiencia del cansancio provocado por algunas modalidades de reflexión generadoras de procesos de mutua defensa, de posiciones ideológicas o formas de vida instaladas, conduce a la búsqueda de otras alternativas de encuentro consigo mismo, de relación al mundo que nos rodea y de comunicación intercomunitaria. Por ello, es necesario privilegiar lo celebrativo y lo simbólico, las experiencias de comunicación y de dialogo sereno y sencillo, los relatos sin pretensiones mayores a un reforzar los dinamismos que nos regeneren hacia una vida feliz y realizada, comprometida con la transformación de las situaciones y jovial y carismáticamente plural.

En el contexto de todo lo dicho, preciso mi propuesta de lo que considero un posible proceso de inicio:

Primer momento: Sensibilización personal y comunitaria

Se propone generar en los hermanos y hermanas una sensibilidad ante el estado personal actual, el estado de la comunidad y la relación entre la situación personal y los influjos sociales y comunitarios que conducen al estado actual.

Para lograr el objetivo anterior se necesitarían algunas acciones:

- reflexiones personales que no conlleven necesariamente un compartir comunitario, orientadas mas bien a un encuentro consigo mismo (a).
- reflexiónes personales acerca de la red de relaciones establecida en el presente, orientadas a una clara toma de conciencia acerca de las reales opciones preferenciales del momento.
- reflexiónes personales sobre la manera como la situación del país incide en la propia vida y las acciones que el religioso o religiosa sienten como imperativas.

Los anteriores momentos no se comparten en sus resultados sino que se celebran en comunidad a través de la oración o de la Eucaristía. El animador o animadora de comunidad local y provincial deben solo verificar que ellos se realizan.

La realidad nacional debe estar presente en la pregunta por la realidad personal, como también las realidades de la vida religiosa en la iglesia

Para lograr el objetivo se necesitan algunas experiencias:

- inicio de un proceso personal y comunitario de lectura de la palabra de Dios que ilumine la reflexión que va provocando cada acción descrita en el apartado anterior.
- inicio de un proceso personal y comunitario de lectura meditada de textos de la tradición de la comunidad que ilumine el objetivo del momento.
- visitas o encuentros con personas o comunidades que viven experiencias sugestivas de vida religiosa, sin ánimo comparativo o de reto sino con ánimo sensibilizador de la necesidad de volver a lo fundamental.

- retiros mensuales orientados en torno a la temática de la conversión personal para responder a la realidad del mundo actual, del país y de la iglesia en este país.
- celebraciones comunitarias de la vida de los hermanos o hermanas en dinámica festiva, de manera que se vaya recreando el entusiasmo y la alegría
- salidas a contemplar la naturaleza y descubrir la invitación del Señor a un recrear la propia vida en serenidad y paz.

Segundo momento: en conversión a *Cristo y al Carisma*

Se trata de identificar con serenidad y paz vacíos, carencias, insatisfacciones, fracasos y cansancios provocados por las diversas situaciones que se han enfrentado a lo largo de la vida religiosa para sanarlas en el Espíritu de Jesucristo y renovarlas por la fuerza del Espíritu.

Para lograr el objetivo anterior se necesitan algunas acciones:

- buscar los tiempos de reflexión en medio del activismo.
- evitar la confrontación o discusión sobre estos temas, darles un sentido meditativo y reflexivo de interioridad e intimidad con el Señor.
- estimular la realización de las diversas acciones en momentos de silencio, de interiorización ante el Señor.
- poner en contacto con experiencias fuertes: extrema pobreza, enfermedades terminales, tragedias sociales, víctimas del sistema.

Para lograr el objetivo se necesitan algunas experiencias:

- retiros que ubiquen la situación personal en un contexto mayor de país y mundo contemporáneo.
- experiencias de meditación en la soledad con el Señor.
- ejercicios de reflexión para retomar la historia de la propia vocación en el contexto de la historia familiar, la vida de juventud, los primeros años de vida religiosa.
- talleres para leer en clave de fe y de tradición espiritual de la comunidad y orden las limitaciones, deficiencias y desencantos.
- ejercitarse en el perdón de si mismo y el perdón a los hermanos y hermanas centrados en la palabra evangélica.
- celebraciones sencillas y simbólicas que centren en el amor de Dios, en su bondad aparecida en Jesucristo.

- talleres centrados en la actitud de Jesús ante el pecado y el pecador
- talleres sobre la vida del fundador y su actitud ante las dificultades como de los primeros que iniciaron la comunidad u orden.

3. Una aventura de fe

Esta propuesta es una aventura de fe. No puede haber refundación en donde no hay disponibilidad y apertura al Señor, en donde ya no es posible recuperar la fe, en donde se ha instalado un ateísmo práctico causado por el funcionalismo y la contaminación ambiental del sistema social, político y económico vigentes.

Es posible refundar donde hay libertad y posibilidad de preguntarse, donde se dan las condiciones mínimas de sensatez para abrirse a la conversión. Cuando todavía Jesús puede hablar al corazón y la pequeña luz de la intencionalidad fundacional puede convertirse en hoguera.

Un proceso de refundación no tiene mayor sentido si no lo hace la Provincia toda, pero también es verdad que algunos o algunas querrán quedarse en la orilla, contemplando pasivos o disparando crispados o crispadas. De la grandiosa libertad de los hijos e hijas de Dios, disponibles, dispuestos y dispuestas a lanzarse a la aventura de remar mar adentro dependerá el que la barca navegue serena por lo mares de la globalización, la postmodernidad y las nuevas tecnologías, para que dentro de todo esto, la voz y el rostro de los excluidos tenga un lugar y en ese lugar se unan al rostro rejuvenecido de la vida religiosa siempre renovada y renovable.

Descubriendo a Jesús en el camino nos volveremos nuevamente a Jerusalén, el corazón de nuestro pueblo sufrido, para que en él encontremos al Señor Resucitado. La refundación como aventura de renovación recrea el camino de Emaús en el hoy de esta tierra colombiana preñada de dolor a la espera del parto de la justicia, la solidaridad y la paz. Refundados y refundadas los religiosos y las religiosas de Colombia seremos aquellos y aquellas que continuan con el corazón ardiendo, fieles en su entrega hasta el día final.

Vinculum
vol. 33 / n. 203-204 (2001) 47-56

Fidelidad creativa en la Vida Consagrada

La locura de la Refundación

P. Víctor M. Martínez Morales, s.j.

hemos de dar una mirada a las fuentes, una vuelta al origen, se trata de un nuevo comienzo, de una fidelidad creativa (Vida Consagrada, 37) a la experiencia de nuestros fundadores.

Refundación quiere significar que la vida consagrada no esta llamada a repetir o re-hacer lo que los fundadores realizaron, sino a hacer lo que hoy harían en fidelidad al espíritu de Jesucristo para responder a las exigencias apostólicas de nuestro tiempo. He ahí el dinamismo y la fuerza que la refundación nos presenta en comparación a renovar, reformar, restaurar o reestructurar; la refundación nos sitúa directamente en el presente. Fidelidad de vuelta a las fuentes que va más allá del retorno a las raíces; creatividad de cara al futuro que va más allá de la renovación de ideales. Se

trata de asumir con radicalidad los desafíos del momento presente, los retos apostólicos del vivir aquí y ahora la experiencia fundante, aquella que tocó a nuestros fundadores.

Estamos llamados en este amanecer del tercer milenio, a asumir la santidad de nuestros fundadores, a asumir con audacia y creatividad la respuesta que hemos de dar a los signos de los tiempos desde la dinámica de nuestra espiritualidad. Vamos por el camino de nuestros fundadores cuando nos sentimos por ellos inspirados y animados, cuando volvemos a ellos como fuentes de las cuales fluyen sin cesar sus principios y enseñanzas, recreándose y rejuveneciéndose en el discernimiento espiritual para un mayor servicio de Dios y de su reino.

Constatamos que desde hace tres decenios no pocas congregaciones lideradas por sus capítulos generales y serios especialistas han dado un impulso real a este proceso de refundación, excelentes documentos dan muestra de ello. Sin embargo, la refundación exige mucho de cada uno de los consagrados, se espera un nuevo vigor, un nuevo "ardor" de cada uno de los miembros de una comunidad. Una mirada a nuestro corazón nos llevará a preguntarnos sobre nuestro seguimiento, compromiso y testimonio de cara a este proceso de refundación, pues de lo que se trata es de vivir personal y comunitariamente una auténtica experiencia fundacional.

Este proceso de refundación revitaliza y anima a muchos consagrados en su seguimiento de Jesús. Se trata de responder con nuevos aires y nuevo impulso a aquellos interrogantes de: ¿Quiénes somos? ¿Qué hacemos? ¿Para dónde vamos? Sin embargo, ante la impaciencia de unos y la lentitud de otros surge en todos un cuestionamiento común: el cómo, ¿Cómo vivir en la práctica esta dinámica de la refundación?

Tratar de responder a este interrogante es mi cometido en esta reflexión. Considero que para algunos la refundación tiene sabor a evangelio, para otros no se trata más que de una locura que ya una nueva época la hará pasar de moda, para otros, que no son pocos, la reducen a discusiones de semántica. Considero que hemos de asumirla desde su dinamicidad, desde el movimiento mismo que subyace al interior del proceso fundacional desde la fidelidad creativa de nuestra consagración como religiosos.

Fidelidad a Jesucristo

El fundamento de la vida consagrada es el seguimiento de la persona de Jesús; ha sido Jesucristo quien nos ha llamado a seguirle, él es nuestro norte, origen y fin último de nuestro peregrinar. Es así como toda búsqueda de sentido de nuestra consagración tiene sabor a Evangelio.

La refundación viene a pulsar el corazón desde el sentido último de su consagración, el núcleo medular de lo que ha de permanecer: el seguimiento radical de Jesús. La experiencia de fe radical, en el seguimiento a Jesús y el servicio al Reino, es la que sustenta la motivación, justificación y sentido de nuestra vida religiosa. Nuestra vocación de consagrados es un don, gracia y regalo, confianza radical en el Dios de Jesús en el cual se ha de apoyar nuestro proyecto de vida.

Todos nuestros compromisos como consagrados se afincan en esta experiencia radical de fe de tal manera que toda la vida religiosa se hace testimonio de esa fe radical.

Refundar hoy la vida consagrada exige fundamentarla en Jesucristo sentido único de nuestro modo de ser y de proceder.

Fidelidad a la Iglesia

Una mirada a aquellos a quienes llamó Jesús nos hace reconocer un puñado de hombres, -varones y mujeres- común y corriente, seres humanos comunes y pecadores; simples y sencillos a los ojos del mundo; muchos de ellos tímidos, timoratos y confusos. Son ellos a los que Jesús mirándoles a los ojos les dijo: "Sígueme". Tal es el origen de la iglesia primitiva, un grupo de personas incapaces e ineptas, las cuales son tocadas por el poder del Espíritu, son aquellas que revestidas con el poder de lo alto se dedican a cambiar el mundo.

Jesús llamó a sus apóstoles como nos llama a nosotros hoy. El es el de la iniciativa, Jesús elige los hombres que quiere para que le sigan en estos comienzos del siglo XXI; ayer los discípulos y nuestros fundadores hoy nosotros, así es como la vida consagrada está llamada a recrear en sí misma la imagen y realidad de la iglesia primitiva. No se trata de repetir la historia, de hacer coincidir los hechos, de forzar interpretaciones. Se trata de ser fieles al Espíritu. El Espíritu Santo desciende sobre Jesús, lo unge, guía y alegra; es el Espíritu

quien lo colma de su plenitud y como en Jesús, también en la iglesia encontramos la disponibilidad en seguir las inspiraciones y movimientos del Espíritu Santo, disposición para escucharle, prontitud para obedecerle.

Tal es la actitud de nuestros fundadores, ser dóciles a la acción del Espíritu; es allí donde el proceso fundacional alcanza su punto culminante en la experiencia de vida que marca el origen de nuestras congregaciones. Eran exactamente los hombres, -varones y mujeres- para lo que Jesús pretendía, pecadores llamados a ser... seguidores de Jesús. Tal es la experiencia y toma de conciencia de la acción del Espíritu en ellos, que obran y actúan movidos por el Espíritu Santo. Los fundadores nos han indicado cómo ha de ser nuestra vida, cuál es el objetivo de nuestra consagración, cómo hemos de proceder como consagrados desde la especificidad de nuestro Instituto. Es así como se crea toda una dinámica que viene de nuestros fundadores a nosotros, el proceso de fundación de nuestras congregaciones no termina con la aprobación eclesial, ya sea pontificia o diocesana, de las fórmulas, constituciones, reglas o cualquier otro documento institucional. De cara al futuro presentan un reto, el de ser cumplidos, realizados, encarnados y vividos. ¿Cómo debemos hacer lo que tenemos que hacer como consagrados?

¿Podemos nosotros, consagrados del siglo XXI, ser fieles a esta vocación? Solamente si a manera de nuestros fundadores tenemos la misma actitud, -mente y corazón- de buscar agradar a Dios siguiendo fielmente su voluntad de acuerdo con el fin de nuestra vocación.

Es así como continuamos el proceso de fundar la vida consagrada, cuando siguiendo a los fundadores queremos responder en términos de nuestro tiempo escuchando al Espíritu que actúa en cada uno de nosotros y en todos nosotros juntos cada día. Comparándonos con nuestros fundadores no nos diferenciamos mucho de ellos si nuestras vidas apuntan a la santidad.

Somos los religiosos para la misión de estos tiempos escogidos por el mismo Jesús. No somos llamados para quedarnos tan sólo admirando a nuestros fundadores, primera generación de gigantes, sino que por la fuerza del Espíritu estamos llamados a seguirles. El Espíritu Santo nos impele personal y comunitariamente en llegar a ser, en sentido más pleno, los consagrados que hemos de ser. Para ello hemos de usar del discernimiento, actuando según la voluntad de Dios, así lo hicieron nuestros fundadores. Hoy, nosotros como ellos, a nuestra manera, ayudaremos a que la vida consagrada se realice a sí misma, llegue a ser más madura cada vez, en estos tiempos y

circunstancias que vivimos, porque cada día nos pide una respuesta nueva desde esta vocación a la que hemos sido llamados.

La fidelidad a la iglesia es ser fieles al Espíritu, es el tiempo de Pentecostés. Tiempo de escuchar al Espíritu Santo que actúa en nuestros corazones. Espíritu Santo que actúa en otros hermanos nuestros de congregación, en otros consagrados, en el Papa, los obispos y en toda la Iglesia. La fidelidad a la iglesia nos exige escuchar al Espíritu que nos habla en el mundo, a través de los acontecimientos de la historia, Espíritu elocuente en toda la humanidad sin distinciones, ni diferencias.

El fundamento real y verdadero de la vida consagrada -de nuestros institutos, congregaciones, órdenes- es Jesucristo. Hemos de identificarnos con su mente y con su corazón, hemos de seguirle. He ahí la labor del Espíritu Santo, determinar el trabajo que tenemos que hacer hoy, tratar de responder y acertar teniendo en cuenta personas, tiempos y lugares.

Fidelidad a la Congregación

Hemos de ser fieles al don del Espíritu en la Iglesia que es nuestra congregación. Fidelidad en reconocer que somos consagrados en virtud del don, del regalo que hace Dios a la humanidad; no somos por nosotros mismos, somos gracia de Dios para el mundo, hemos de confiarnos en Dios Nuestro Señor a quien servimos.

Siendo llamados a nuestra congregación, hemos de ser fieles a ella. El Señor nos ha llamado, es El quien nos ha incorporado; no pertenecemos a un club, no hemos sido afiliados a una asociación, hemos sido incorporados a un cuerpo apostólico en donde el legado espiritual, la tradición y el modo de proceder han de discernirse para que sigan dando el fruto para el que fueron creados.

Nuestras congregaciones fieles a su carisma han de continuar a lo largo de su historia tratando de responder de cara a nuestros fundadores: ¿Cómo reaccionarían ellos ante las corrientes actuales de la humanidad?

Hoy hemos de dar gracias al Señor por vivir en una sociedad pluralista; estamos viviendo en una época histórica, enriquecida por una pluriculturalidad que nos invita al diálogo y al trabajo con los otros, en donde hemos de aportar desde donde somos; nuestro carisma tiene algo que decir al mundo

actual, al aquí y ahora de nuestra realidad eclesial y mundial. Hemos de recrear el carisma para que siga siendo elocuente, hemos de velar por nuestra formación inicial y permanente, nuestra manera de orar y de obrar, el ejercicio de la autoridad y nuestro modo de discernir.

La fidelidad a la congregación nos está exigiendo dar una mirada a nuestras relaciones, considerarlas seriamente y pasar de aquellas relaciones ordinarias de indiferencia, negación del trato, distanciamiento y conflictos a relaciones propias de consagrados. Hemos de ser fieles a la construcción de la fraternidad. Aquella no se logra sino desde una relación personal, humilde y paciente con los demás. No podemos vivir ignorando a los demás, alejados de ellos, no es evangélico y por lo tanto no es propio del modo nuestro de proceder como consagrados. La fidelidad a la congregación nos exige crear, mantener y estimular relaciones fraternas que nos hagan hermanos.

Fidelidad a la Misión

En fidelidad a Dios, fuente de nuestra vida congregacional, hemos de preguntarnos por nuestra razón de ser a la que hemos de mantenernos fieles. ¿Qué significa ser consagrados? ¿Qué es ser consagrados hoy?

Necesariamente nuestra mirada nos llevará a la experiencia primigenia, a aquella que nos señala claramente lo que estamos llamados a ser. De nuevo el corazón quiere afincarse en los orígenes, sin mayor pretensión que volver al amor primero. El llamado que Dios nos hizo para..., nuestra vocación es una misión. Somos para una misión, hemos sido llamados para ser enviados.

Como consagrados no somos otra cosa que servidores de la misión de Cristo. Nuestra misión hoy no puede desconocer el diálogo con los otros, la justicia y la cultura. Estamos llamados a responder a un mundo que necesita construirse a partir del encuentro, la convivencia, la concertación, el arte de sabernos escuchar; responder a una cultura cuyo tejido se realiza en el movimiento diario de la convergencia de ejes diversos, polifacéticos, donde el aporte y la participación para construir la verdad surgen de diferentes niveles que han de ser acogidos, el arte de la inculturación; responder a la justicia en una realidad donde la presencia de muerte, esclavitud y desunión son productos reales de la injusticia generalizada en diversos órdenes, el trabajo por la promoción de la justicia que adquiere acciones reales a favor de la paz, y del arte de la solidaridad.

Eso somos, servidores de la misión de Cristo. Libres para entregarnos, libres de todo interés, libres para alcanzar a todos los hombres y mujeres que necesitan de nuestra presencia. En fidelidad a la misión de construir la paz como cuerpo enviado, teniendo como único apoyo y fuerza a Dios, animándonos mutuamente y sopesando nuestros recursos. Es así como un proyecto apostólico común encuentra su sentido en afrontar el futuro de las obras, contar con nuestras fortalezas y debilidades y poder seguir afianzándose en sus posibilidades.

Ser fieles a la misión desde nuestras congregaciones exige un trabajo en equipo. Una mirada a nuestro equipo de trabajo apostólico nos sitúa de frente con nuestro "hacer juntos". El religioso entra en relaciones de trabajo frente a frente con otros colegas religiosos y no religiosos. Los equipos apostólicos han dejado de estar formados por sólo religiosos, incluyen hoy colegas laicos. La tarea particular de contribuir al trabajo de conjunto, la tarea común de funcionar como una unidad.

Llamados para servir exige estar permanentemente abiertos en todas aquellas direcciones en donde podamos actualizar nuestro carisma. Nuestra fidelidad a la misión nos empuja a inventar, movilizarnos, inquietarnos constantemente porque siempre hay más servicio que prestar. Exigencia de peregrinar, de ponernos en camino, de ser siempre caminantes en búsqueda, queriendo responder a un mayor servicio.

Ser peregrinos con el Peregrino en la fidelidad es ponernos al paso de Dios con el discernimiento debido y la suficiente disponibilidad para dejarnos llevar por el Espíritu, El es quien nos conduce como quiere y donde El quiere.

Creatividad en la entrega

El ser fieles en el seguimiento del Señor nos exige serlo según las personas, los tiempos y los lugares, a los cuales respondieron nuestros fundadores. Hoy nosotros hemos también de ser sensibles a los nuevos desafíos, nuevas interpelaciones y exigencias de las distintas variables del mundo en que vivimos.

Actuar con coherencia desde nuestro modo de proceder, discerniendo los signos de los tiempos y descubriendo en ellos una exigencia apostólica de creatividad. Siempre insatisfechos ante las metas logradas, hemos de estar siempre en constante deseo de impulsar y redescubrir, redefinir y alcanzar los mejores medios para lograr el fin que nos hemos propuesto: la

construcción del reino. No hay límite ni frontera alguna que nos detenga en crear nuevas oportunidades, nuevos motivos, nuevos pretextos para alegrarnos de sembrar allí la semilla del reino. Se trata de implementar aquella audacia que genera el trabajo por el reino, la osadía y el vigor que nutre y alimenta nuestra actividad apostólica.

¿Cómo nos estamos entregando? ¿Cuál es la calidad de nuestra oblación? He ahí los interrogantes que hemos de responder. Se trata de identificar el "valor agregado" que como consagrados estamos aportando, desde nuestro ser y actuar como Jesús, al mundo y a la historia que nos ha tocado vivir. Sopesar la calidad de nuestra entrega nos deja al descubierto aquel amor interesado, mezquino y tasado que necesita ser redimido; aquella donación obligada, aparente y vistosa que debe ser convertida; aquel gastarnos artificial, mecánico y convencional que necesita ser actualizado.

Darnos al estilo de Jesús, donde la patena y el cáliz de la entrega se recrean en respuesta sincera a nuestra oblación. Donarnos al estilo de Jesús exige de nuestra parte una opción por el débil y una dinámica de vaciamiento que trae consigo el gozo profundo de una vida incondicional al servicio de los demás. No dejar de tensarnos ante Dios mientras vamos gastando nuestra existencia, desgastarnos por los otros mientras nos hacemos para Dios.

Creatividad en las dificultades

Hemos de afrontar una serie de obstáculos, incomprensiones e impedimentos en el ejercicio de nuestra misión, nuestro modo de vivir y de proceder no son lógicos para el mundo. Somos contraculturales en la vivencia de nuestros votos, en nuestra opción de vida, en la mirada a la realidad, en el sentido que damos a la cotidianidad. La lógica de nuestra consagración atenta contra un mundo que ha optado por los primeros puestos, privilegia el hedonismo, el poder, el tener, donde la satisfacción, el consumismo y el confort se constituyen en fines sin importar los medios para lograrlos.

Hoy hemos de afrontar una serie de tensiones propias de nuestro ser y actuar como consagrados ante el tiempo que nos ha tocado vivir. Tensiones que surgen cuando nuestra misión se confronta con el contexto propio donde ha de encarnarse. Es así como gratuidad y eficacia apostólicas se encuentran en el dilema de dar gratis lo que gratis hemos recibido y los recursos necesarios para ejercer el apostolado. La disponibilidad en atender la universalidad de la misión ante la exigencia de la inserción en responder a

la inculturación. La voz inspiradora del Espíritu que nos jalona hacia el futuro y a su vez su voz institucional desde la iglesia que nos lleva a profundizar en el presente.

Hemos de afrontar las tentaciones propias de la misión en donde la radicalidad evangélica de nuestra consagración se ve amenazada cuando no hacemos rupturas con el mundo. Posturas ambiguas, compromisos dudosos, posiciones dicotómicas que desfiguran nuestra misión. Nos hacemos infecundos cuando estamos en el lugar equivocado en atención al prestigio, esperando ser halagados, confiando ser reconocidos, añorando ser recompensados. Nos hacemos sorpresa para nosotros mismos y no creíbles para el mundo cuando somos noticia en los primeros planos de los medios de comunicación protagonizando escándalos, actuando políticamente, evidenciando desequilibrios y codicias.

Hemos pues de considerar si a nivel congregacional, comunitario y fraterno existe el espacio para un discernimiento orante, un dialogo abierto, donde juntos podamos ir buscando, compartiendo, intercambiando y aportando de modo que podamos ir encontrando el camino para hacer frente a estos obstáculos, tensiones y tentaciones. Hemos de realizar un esfuerzo real en afrontar la osadía de dejarnos llevar por el Espíritu para poder responder generosamente a la misión a la que hemos sido llamados.

Creatividad profética

Nuestra consagración exige hoy ser vivida y asumida desde el carácter profético de Jesús. La fidelidad creativa y la creatividad fiel a nuestro carisma encuentran en el profeta su lugar de vínculo y de acción.

El profeta ha de dar una mirada recreadora a las fuentes en cuanto que el retorno a ellas se hace para abrirnos a los desafíos del futuro. Se trata de una mirada inspiradora, afincada en el Espíritu.

Somos profetas de fe ante un mundo que aunque camina en sentido opuesto a la verdad de Dios, está en actitud de búsqueda de sentido, sediento de Dios y hambriento de vida. Somos consagrados, hombres y mujeres, de oración, de vida en el Espíritu, de hondura existencial y profundidad sacramental. La credibilidad del testimonio que se hace realidad en el compromiso de lo cotidiano, lo pequeño, lo silencioso.

Debemos ser profetas de esperanza en aproximarnos positivamente a los problemas, adversidades y embates actuales ya sean de carácter interno o externo. ¿Cómo estamos respondiendo a la promoción, admisión y perseverancia de nuevas vocaciones en nuestras congregaciones? Ante el pesimismo, escepticismo y desaliento de muchos consagrados, ¿cuál está siendo nuestra respuesta? ¿Cómo animar ante el desmejoramiento y la pérdida de calidad de nuestro servicio? Ante la realidad de cansancio, enfermedad y vejez de muchos de nosotros, ¿qué estamos haciendo? Hemos de disponernos positivamente en saber responder con generosidad ante la confianza que viene de la providencia, lo que el Espíritu nos indica a través de las expectativas de las nuevas generaciones.

Debemos ser profetas que tomen el camino de Jesús desde una misión que integre y asuma el acercamiento y servicio a los pobres. Solidaridad actual con los empobrecidos y marginados, viviendo con ellos si es posible y de todas maneras viviendo por ellos. Fundando nuestra misión en el diálogo paciente, propositivo y evocador, reinventando el modo de convivir y compartir con todos aquellos que creen de modo diverso. Misión afincada en el amor creador y redentor de Cristo que nos lleva a no desfallecer ante la realidad de este mundo.

Debemos ser profetas como cuerpo apostólico, compañeros de ruta en el acompañamiento y la amistad de una vida que se va tejiendo desde el fuego de una vocación común. Unidad de corazones y de espíritus con el ánimo de caminar juntos. Fidelidad al cuerpo y creatividad para el cuerpo significa formar comunidades según nuestro modo de proceder. Comunidades de una fuerte vida en el Espíritu (orantes), fraternas (de comunión), misioneras (apostólicas) y de una permanente formación.

Fidelidad creativa

El cómo de la refundación no puede estar basado en novedosas fórmulas, nuevas reglas o pequeños manuales normativos de indicadores. ¿Cómo refundar la vida consagrada? Su espiritualidad, autoridad, misión, formación en la práctica, en lo concreto del tejido diario es apostarle a la fidelidad creativa. Se trata no de acciones aisladas sino de apuntar al ser mismo de nuestra consagración; hemos de tocar criterios, valores, actitudes que nos hagan los religiosos que siempre hemos sido, originales, únicos e irrepetibles, respuesta elocuente para el mundo en aquello para lo cual fuimos fundados, he ahí la fidelidad. Y a su vez, los religiosos capaces de aportar la novedad

del evangelio, el sabor siempre nuevo del Espíritu, la respuesta que surge de la mirada que discierne, del corazón que crea futuro existencialmente, de las manos artesanas de esperanza, he ahí la creatividad.

Fidelidad creativa es el camino hacia la refundación, hemos de recorrerlo, hemos de emprender esta aventura. Si es verdad que ha de ser un compromiso de todos y de cada uno de los consagrados es importante que este dinamismo se vaya gestando de los píes a la cabeza, la dinámica del "minus" al "magis", del adentro hacia fuera, del abajo hacia arriba; tiene que ser un movimiento que invada todo el cuerpo, todos los niveles de nuestros institutos religiosos: personal, comunitario, provincial y congregacional. Corresponde a los provinciales y superiores mayores liderar la integración de estos niveles, liderar los procesos en su conjunto, hacer que sigan adelante las diversas actividades, poner el hombro en favor de este proceso.

La fidelidad creativa exige la participación y comunión de todos los miembros de la comunidad, teniendo en cuenta aquellas motivaciones interiores de una persona como su vida apostólica, la manera como vive su servicio con los otros, su compleja interrelación con otros ministerios de acuerdo con el espíritu de las constituciones, capítulos generales, disposiciones congregacionales, etc. Somos como consagrados un cuerpo apostólico unitario y complejo de ahí que el camino que hemos de recorrer ha de contar con todos los miembros del cuerpo, caminar paciente y firmemente; acompañando, permitiendo la intervención libre y anudando procesos; sabiendo escuchar a todos y tomando decisiones.

Una fidelidad creativa despoja y elimina de la refundación toda culpabilidad, incredulidad y desilusión, se trata de la convicción de la acción del Espíritu Santo en nosotros y a través nuestro; la fidelidad creativa nos hace conscientes de ser los religiosos que el Señor ha querido para estos tiempos, Jesús nos ha escogido y actúa a través nuestro, siguiendo a nuestros fundadores, nuestra tarea es refundar la congregación cada día en términos de nuestro tiempo; fidelidad creativa que se concentra en la espiritualidad honda y profunda de la transparencia de Dios, en el modo como modelamos la comunidad efectiva y afectiva comunión de corazones, y en la vivencia de la pobreza religiosa, solidaridad actual con los pobres y marginados.

Vinculum
vol. 33 / n. 203-204 (2001) 57-66

La refundación desde lo pequeño y cotidiano para entrar en comunión con un pueblo sencillo

Hna. Josefina Castillo, aci

El evangelio de Lucas (24,13) nos narra con lujo de detalles el encuentro de Jesús con los discípulos que iban de Jerusalén a Emaús:

Van confundidos y huyendo de la escena de dolor
Conversan
Un extraño pasa a su lado y les entabla conversación
Se ponen a dialogar con él
El extraño hace ademán de seguir
Lo invitan a cenar
El extraño tiene una forma peculiar de partir el pan
Lo reconocen por el detalle de la fracción del pan

Asombrados recuerdan cómo les ardía el corazón cuando Él hablaba
Y regresan deprisa a su comunidad de Jerusalem.

Eso es lo cotidiano de nuestras vidas: sentirnos frustrados por un acontecimiento doloroso, escapar del escenario de los hechos, caminar, conversar, comentar lo que está pasando, compartir la mesa, no sólo con los amigos, sino con quienes están en ese momento con nosotros, comunicarnos con gestos simbólicos (un apretón de manos, un abrazo, una sonrisa, una lágrima), reconocer casi intuitivamente a un amigo por sus gestos que dicen más que las palabras, lamentarnos cuando se nos escapa una oportunidad y salir corriendo a contarle a alguien la noticia de última hora. Muy típico nuestro, lograr "la chiva".

Jesús se valió de lo cotidiano para hacer comprensible el Reino:

la moneda perdida (Lc 15,8), el grano de mostaza (Mt 13,31), una perla preciosa (Mt 13,45), el tesoro escondido (Mt 13,44), la red que recoge toda clase de peces (Mt 13,47).

También, para hacer entender a sus discípulos la misericordia del Padre, su amor por los débiles, la justicia, el cuidado y ternura con que trata a sus hijos, lo comparó con situaciones comunes y corrientes en un pueblo pesquero, labrador y artesano:

la oveja perdida (Mt 18,22), el hijo pródigo (Lc 15,12), los talentos (Mt 25,14), el buen samaritano (Lc 10,25) etc.

Les enseñó cómo prepararse para el Reino, con ejemplos que cualquiera pudiera reconocer en algún vecino, familiar o amigo:

"Tuve hambre y me diste de comer, sed y me diste de beber, sin casa y me acogiste" (Mt 25,35), la actitud de un dueño de casa en caso de enterarse que viene un ladrón (Lc 12,39), la higuera y sus hojas (Mc 13,28), los talentos (Mt 25,14), el administrador responsable (Lc 12,42), el "no" y el "si" de los hijos (Mt 21,25), etc. El que tuvo oídos, lo entendió. Volver al evangelio con mayor radicalidad e ilusión es el gran proyecto de la Vida Religiosa hoy.

Refundación

Cuando hemos querido renovar la Vida Religiosa, a partir del Vaticano II, con frecuencia nos hemos quedado en cambios estructurales, y a veces en detalles, que con el tiempo han vuelto a quedar desfasados. Quizá nos hemos contemplado más hacia dentro, sin acentuar suficientemente el para qué estamos aquí, que es para hacernos solidarios con el plan de salvación de Jesús: que todos vivan y que tengan vida en abundancia (cf.Jn 10,10). La verdadera renovación tiene que partir del evangelio, que es la Eterna Palabra, caminar con el evangelio y conducir al evangelio.

Aunque parece muy sencillo, es difícil. Ninguna cruz es tan grande como la cruz de cada día. Aunque en el evangelio hay grandes acontecimientos, los milagros, también es verdad que las enseñanzas de Jesús al pueblo, están basadas en las relaciones más elementales del ser humano, de manera que nada de lo que El diga sea imposible para nadie.

Quizá lo cotidiano parece "cosa de mujeres", y por eso preferimos profundizar más en la fundamentación de los votos, de la oración, de la comunidad etc., todo muy importante, pero descuidamos *la manera de vivirlo.*

Hoy, algunas teólogas/os latinoamericanos, desde una teología liberadora, nos van señalando lo pequeño, lo cotidiano, lo sencillo, como un modo de hacer evangelio, un modo de ser humano y cristiano, para poder pensar en una vida consagrada en tiempos de refundación. (Cf Simón Pedro Arnold osb, *El riesgo de Jesucristo. Reaprender a vivir,* Rev CLAR, AÑO XXXIX,N.1, pg.3).

Si en la vida cotidiana de nuestras comunidades le diéramos la importancia que se merecen los pequeños acontecimientos, que casi siempre pasan desapercibidos, muy posiblemente nuestro corazón empezaría a arder porque podríamos reconocer en ese hermano a "un extraño" llamado Jesús. No tendríamos que vivir huyendo de "Jerusalén", al contrario, allí se nos aparecería Jesús, en mil rostros de hermanas/os, cada vez que nos reuniéramos en su nombre.

El Señor nos habla hoy de la misma manera, hace alianza con nosotras/os, sólo que con nuestros propios signos y símbolos para que lo podamos descubrir.

El problema está en que nosotras/os, a su vez, nos empeñamos en testimoniar nuestra vida consagrada con los signos y símbolos de la época de nuestras fundadoras/es, algunos de los cuales ya no son signos ni símbolos para el pueblo de hoy.

El Señor dice: ""Rasguen su corazón, no las vestiduras" (Joel 3,1). La Vida Religiosa tiene que cambiar desde lo más hondo, desde el corazón y no poner todo su empeño en "las vestiduras", las normas, las estructuras, las costumbres. ¿Cómo rasgarnos el corazón y no las vestiduras para que nuestras actitudes tengan sentido hoy?

a) La refundación de la comunidad tiene que empezar por un proceso de "comunidad orante". Y orante desde la realidad de nuestro desangrado país. No por aumentar el número de horas, sino por la simplicidad y fidelidad cotidiana al encuentro con Dios, es que nos llevará a ver el mundo con sus mismos ojos y aprender de El la misericordia, la solidaridad, la fraternidad, la capacidad de correr el riesgo, la coherencia de vida, la abnegación, la alegría, la paz y en fin, todo lo que El es y nosotros necesitamos. (Cf. TMI 32)

Normalmente en las comunidades se hacen muchas oraciones y curiosamente, cuanto menos formación teológica y espiritual tengan sus miembros, más se tiende a llenar espacios con letanías.

En un momento tan difícil como estamos viviendo los colombianos, es urgente que la Vida Religiosa se sienta comprometida desde una oración viva, encarnada, que despierte la pasión de luchar contra tanta injusticia y opresión, que nos comprometa con las necesidades del pueblo y nos ubique en la Jerusalén actual.

Así el pueblo va a entender y aprender el sentido de la oración. Porque, ¿qué significa para ellos que pasemos horas alabando y suplicando a Dios, si luego nos tratamos mal o con indiferencia, si cerramos nuestras puertas al pobre y al indigente, si no nos acordamos del huérfano y de la viuda, si no damos de comer al hambiento ni de beber al sediento, si no somos coherentes con lo aprendido en esas horas de "trato" con nuestro Dios?

b) Si hablamos de los votos nos encontramos con que, empezando por el nombre, ni se entienden ni significan para los demás lo que nosotros queremos testimoniar.

Si tenemos en cuenta que nuestra sociedad está desbordada de pobreza y de pobres, de pueblos enteros sometidos a la soberbia y ambición de otros, o de grupos enriquecidos a costa de los más débiles, y que como mecanismo de escape viven el endiosamiento del cuerpo y bebiendo del erotismo, entonces sí que resulta difícil que la pobreza, la castidad y la obediencia de unos votos religiosos, tal como los vivimos hacia fuera, sean vistos como alternativa de vida para los pobres, para los oprimidos y para las víctimas del materialismo, especialmente del niño y de la mujer.

¿Entonces, qué ? ¿No vale la pena vivir hoy los votos?

Creo que hoy vale la pena más que nunca si los vivimos significativamente y con coherencia evangélica, porque una humanidad atrapada por las ideologías que no le solucionan los más elementales problemas de la vida, de la convivencia, y a veces de la supervivencia, tiene que buscar otros caminos alternativos que la ayuden a encontrar el sentido de la vida.

Esos caminos los encontramos en el evangelio, igual que los discípulos de Emaús lo fueron encontrando a medida que Jesús les explicaba las Escrituras. Y es a medida que vamos descubriendo a Jesús, que pasamos del desconcierto a la certeza y la alegría, que podemos ser profetas de esperanza.

Los votos, vividos desde lo cotidiano y lo pequeño, desde la apertura del corazón y de la comunidad a los más débiles, el compromiso con la justicia y con la defensa de los pobres frente a la codicia de los opresores, en el barrio, en la vereda, en la escuela, en la calle; la solidaridad y la puesta de nuestros bienes al servicio de los más necesitados, eso sí son signos de unos votos hechos a Dios, no para que nosotros seamos mejores, sino para que el mundo sea un poquito mejor, de acuerdo al Plan de Salvación.

Hace poco pregunté a un grupo de superioras, en la Conferencia de Religiosos de Colombia, qué sinónimo pondrían a la pobreza, a la castidad y a la obediencia, para que el pueblo les encontrara sentido. Propusieron lo siguiente:

Solidaridad en vez de pobreza. Como compromiso personal y comunitario para compartir lo que somos y tenemos con los que nos necesitan. No se trata sólo de vivir la pobreza y carecer como el que nada tiene para sí, sino la pobreza evangélica, por amor al Reino, que se entrega sin condiciones, gratuitamente, y es fuente de crecimiento en el amor. Muy concretamente, vivir en actitud de denuncia y defensa de los derechos de los excluídos en nuestra tierra, especialmente de la vida.

Acogida en vez de castidad. Una acogida tan grande que Jesús se convierta en centro y sentido de toda la vida y de la vida toda. Acogida, como apertura evangélica al hermano, personal y comunitaria, sin exclusiones, con el amor y disponibilidad de quien ama al otro, porque tienen un Padre común.

Libertad de espíritu en vez de obediencia, entendida como riesgo profético para anunciar el Reino y denunciar todo lo que vaya contra él. Libertad frente al pecado de injusticia, de opresión, de soberbia y de dominio, no por ideología sino por el Reino, donde todos somos iguales y recibimos como herencia un mundo tan rico que alcanza para todos.[1]

La Vida religiosa tendría que ser la guardiana de la justicia y de la fraternidad, empezando por el propio testimonio. Esa libertad-obediencia centraría sus fuerzas en buscar y asumir, como Jesús, la Voluntad del Padre, y no como pasa a veces, que la obediencia está en función de mantener obras o tradiciones.

Me parecieron muy acertadas las respuestas, pero utópicas, por el tradicionalismo de la Vida Religiosa en Colombia, sobre todo la femenina. Aunque parezca increíble, a veces, y yo diría muchas veces, las comunidades se crean más problemas por "las vestiduras" que por asuntos cruciales de la Iglesia, del país y del mundo. Reconocemos que también hay gente muy comprometida. Quizá éste sea el momento de plantearnos el sentido profundo del carisma de la Vida Religiosa, don de Dios a la Iglesia; de reconocer la riqueza inmensa que ha recibido a través de los años y la necesidad que el Pueblo de Dios tiene de que las mujeres y hombres que se consagren a Dios por los votos, como radicalización de su compromiso bautismal, se arriesguen a cambiar todo lo que se debe cambiar, a conservar lo que necesita ser conservado; y para que esta Vida Religiosa sea un verdadero testimonio del amor de Dios a la humanidad.

[1] Frei Betto propone: fraternidad por castidad, fidelidad por obediencia y solidaridad afectiva y efectiva por pobreza.
Muy motivadora la visión de Simón Pedro Arnold sobre los votos. "La experiencia de género como matriz universal" Rev. CLAR,Año XXXVII,N. 2, pg 3

¿Cómo vivir los votos desde lo pequeño?

1.- El voto de "acoger" no puede poner el acento en la renuncia sino en la entrega-acogida. Cuando hicimos la primera Profesión, llenas/os de ilusiones, nos pareció sencillo comprometernos con una vida entregada a Dios y a los hermanos. Pero tener el corazón abierto de par en par cada día – sin el miedo ingenuo de ver peligro en todo- para acoger con amor las presencias de Jesús en los demás, eso es vivir el voto y no es facil.

Vivir la cotidianidad con amor, y con ilusión, es don de Dios pues para nosotros es imposible. Supone un ser fiel a los espacios de oración, un dejar que Jesús se cuele cada día en nuestra afectividad para que nadie nos atrape como absoluto; es tener siempre una sonrisa, una palabra de aliento, una palmadita en la espalda, un "dejar pasar lo que pasa", un dejar el plato caliente y a medias para atender a alguien inoportuno, es dejar que la lluvia te moje esperando a un amigo en una esquina, es renunciar a una hora de sueño para contestar esa carta que están esperando...Y así mil detalles al día. En esos detalles vamos encontrando al Resucitado. El voto de acogida se vive en lo cotidiano. Las gestas heróicas son muy pocas en la vida.

2.- La pobreza, como solidaridad, supone una renuncia mucho más grande que la que hicimos el día de nuestra Profesión. Nos pone en relación directa con Dios, que quiere que el hombre tenga vida y vida en abundancia y que nadie quede excluído de los bienes regalados; y también en relación directa con el mundo de los empobrecidos.

A veces, en la Vida Religiosa se pone más énfasis en la economía, gastar poco, que en la pobreza evangélica. Las comunidades están fuertemente financiadas, con un presupuesto elaborado técnicamente, pero donde sus miembros viven con dificultad la pobreza, porque ¿cómo sentir el sufrimiento de los oprimidos si nada nos falta?

Nuestra solidaridad, para que resulte significativa, tiene que vivirse desde lo pequeño y cotidiano: salir de nuestras casas e ir donde los pobres para encontrar los nuevos rostros de Jesús; hablar de El con los desconocidos, invitarlos a la casa, tomar conciencia de los signos que van despertando a la presencia del Resucitado; incluir en nuestros presupuestos las necesidades de alguna persona que sabemos pasa angustias de muerte; renunciar a tantos "extras" que nos depara la comunidad o nuestros amigos, para compartirlos, aunque sea poquito, con las víctimas de la violencia social,

armada, económica, familiar. Es no pasar indiferente ante el dolor ajeno. No dejar pasar de largo al hermano porque seguramente nos va a revelar a Dios. Es sentir que "todos somos de la familia". Es preocuparnos por vivir cada día algo de los estragos que impone la pobreza a aquellos que la sociedad considera que son nada (Cf Mat 25, 35, porque tuve hambre...).

3.- El voto de vivir la libertad de espíritu, nos permite estar atentos a "oir" la Voluntad de Dios y "oir" el clamor de los oprimidos, desde la experiencia de cada día. No para quedarnos en las pequeñeces cotidianas, que no son materia del voto, sino atentos a las llamadas que la vida nos hace día a día, en orden a la misión encomendada por la Iglesia al Instituto.

Este voto nos impulsa a denunciar, no sólo las grandes injusticias a nivel nacional,-que no es posible para todos- sino las injusticias familiares del barrio: la mujer golpeada por el varón, los hijos quemados por una mamá furiosa y agotada por el trabajo, la fábrica que no paga a tiempo los salarios, los jóvenes que se entregan desesperados a la droga como tabla de salvación. ¿Cómo reconocer al Señor, si no escuchamos su voz en la persona del hermano? Lo más probable es que Jesús se haga invitar a compartir tu mesa (llámalo tiempo, ternura, cultura, fe, trabajo, riesgos, etc.) y allí se hará presente como Resucitado. En la sencillez de cada día se esconde el misterio de Dios.

Cuando te detienes y escuchas al hermano y eres capaz de dialogar con él, algo ha nacido en tí que no te permite romper esa alianza. Allí habla Dios al corazón y allí es donde el voto de fidelidad a Dios se convierte en regalo del Resucitado. Donde el evangelio cobra toda su fuerza y su sentido.

En el AT Yahvéh se queja muchas veces de que el pueblo no lo escucha. (Jer 7,13), y Jesús también reprocha a los judíos: ¿si no le creyeron a Moisés, cómo me van a creer a Mi? (Jn 5,31-47). Sólo se aprende a obedecer, escuchando.

¿Qué es lo pequeño en la comunidad?

La Vida Religiosa se vive en gran parte desde y en la comunidad. Y lo más duro de la comunidad es la monotonía. Por grandes o pequeños períodos nos encontramos las mismas personas, con los mismos defectos y cualidades, los mismos mecanismos de defensa, cada una /o cargando con sus mismos pecados, vacíos o heridas del pasado, frustraciones y cansancios, dudas, y a veces su incapacidad para relacionarse o para afrontar problemas comunitarios.

Lo mismo que pasa en la pareja y en cualquier grupo estable.

Entonces nos viene la tentación de pensar que en otro sitio o con otras personas sí seríamos felices y tendríamos menos problemas. Síndrome de Emaús.Y no hay nada más falso. Las cosas mejoran o empeoran un poco, pero las dificultades continúan. Es problema humano, no sólo de vida religiosa. Las grandes crisis que pasamos en la vida, nos pueden madurar, pero eso no es de todos los días. El ser humano crece lentamente a partir de lo cotidiano.

Ojalá en esos momentos el Señor nos toque con su gracia y convirtamos esos problemas en retos de superación. Son pequeños retos, pero son retos de todos los días y a veces de todo el día.

La limitación de mi hermano me hace descubrir mi intolerancia, mi falta de aceptación, mi soberbia, mi injusticia, mi impaciencia, mi miseria. En la fragilidad de mi hermana/o es donde voy a encontrar la huella misericordiosa de Dios, como su entrega libre y gozosa a Dios y a los hermanos fortalece mi entrega. Y allí empieza mi conversión y posiblemente la conversión de la comunidad.

Ante la brevedad de este espacio para profundizar en el tema, me atrevo a proponer a quienes lean este artículo, que se pregunten en clave de oración:

¿Dónde encuentro a Dios en mi vida? ¿He descubierto a Jesús en el hortelano, el caminante, en el pescador, en la vecina, en la Hermana o Hermano incrédulo y dificil, en el compañero de bus de cada día, en las víctimas que cada noche nos muestran los noticieros, en los niños, los enfermos, los vendedores ambulantes... ?

¿Me preocupo por hacerme más humana/o? ¿Cómo? ¿Reconozco que sin base humana, cristiana, es imposible construir una vida radicalmente consagrada a Dios ?

¿Pesan más para mi las Reglas que el evangelio? En lo concreto. Sí, en lo concreto.

No te asustes si descubres que, como los discípulos de Emaús, estás triste y desconcertada/o, huyendo y que necesitas encontrarte con el Resucitado. Escúchalo en los acontecimientos del día, en los signos de los

tiempos, en el dolor de tus hermanos y atrévete a decir "si". Recuerda que "donde Dios nos ha puesto hay que saber florecer". Refundar, florecer, significar, renovar, hacer nuevas todas las cosas, transparentar al resucitado, es todo un Proyecto de vida.

Vinculum
vol. 33 / n. 203-204 (2001) 67-76

Refundar la obediencia... camino de liberación

Hna. Beatriz A. Charria. A, op

hablar de *Obediencia* en los umbrales del siglo XX, al interior de una cultura en la que el individualismo está sólidamente implantado y que se manifiesta decididamente a favor de la 'libertad personal, puede parecer algo fuera de lugar . Se ha insistido tanto en el respeto a la persona y en el reconocimiento de sus derechos... que, hablar de acatar órdenes – así se ha concebido y aún se sigue concibiendo la obediencia en ciertos sectores de la Vida Religiosa -, suena como algo mandado a recoger. La obediencia, más que una conquista es considerada expresión de inmadurez o de infantilismo

Dentro de este contexto hay una pregunta que debe plantearse: ¿la obediencia religiosa tiene por objeto controlar o liberar a la persona?. Este

interrogante no se puede subestimar porque la respuesta es decisiva para entender la dimensión del compromiso que se emite; respuesta que se ha de dar no tanto desde posturas conceptuales sino a través de la forma como en la vida cotidiana se vive

El consagrado, él y ella, hacen voto de obediencia, no de infancia perpetua, de dependencia, de irreflexión. Distinguir una cosa de las otras marca la diferencia entre vivir una vida religiosa o ser un robot religioso.

Si lo que se pretende a través del voto es ejercer un control, la obediencia pierde su sentido y valor teológico. Realmente resulta muy sencillo controlar a los niños (y a adultos que actúan como tales), sólo se necesita ejercer la autoridad capaz de respaldar sus órdenes con la fuerza correspondiente. Hacer equivalente el voto de obediencia a la promesa de vivir una vida controlada, es perder la verdadera dimensión y trascendencia de este voto.

Lo único necesario para ser un niño perpetuo es negarse a crecer, negarse a asumir responsabilidades respecto de uno mismo, negarse a convertirse en parte responsable del género humano... En este caso la obediencia nos salva de nosotros mismos, nos exime de la condición humana, exige de nosotros solo la suficiente resistencia para soportar los enojos de un sistema básicamente represivo.. En tal situación la adolescencia perpetua se convierte en virtud.

La pérdida de la madurez es el precio que pagamos por una orientación garantizada, por la seguridad de que no se nos hará responsables de nuestras propias decisiones a lo largo de la vida, y la compensación que obtenemos es la *seguridad.* [1]

La vida religiosa floreció a la sombra de los mártires, que no sabían de ley alguna, ni vivían sometidos a ninguna, sólo buscaban descubrir en sus vidas el querer de Dios... eran personas profundamente liberadas... Pero por otro lado, la misma vida religiosa santificó el infantilismo permanente y lo llamó la "santa Obediencia" convirtiéndose en un sistema controlador de todo.

[1] Cf. CHITTISTER Joan, OSB , *El fuego entre cenizas,* Sal Terrae, Santander p.167

La noción de dependencia de Dios se institucionalizó como acatamiento de quienes ocupaban el lugar de Dios respecto de nosotros

"Una obediencia basada en la subordinación da una pobre apariencia a un don tan valioso... En su lugar, la verdadera obediencia, como sugieren las nuevas teorías, brilla esplendorosa en el Jesús que replica a Pilato, discute con los fariseos y cura a paralíticos en sábado en nombre de unas leyes superiores"[2]

Es necesario retomar el verdadero sentido de la obediencia que no se centra en la sumisión de nuestra voluntad a la del superior, sino que es expresión de la fraternidad y la vida compartida al interior de la comunidad. La palabra *obedire* viene de ob-audire, escuchar. El inicio de la verdadera obediencia se da cuando en un diálogo entre hermanos se busca la voluntad, el querer de Dios.

¿Cómo se vive la obediencia en el actual contexto de la Vida Religiosa? Se puede afirmar que no es posible hablar en forma homogénea de la manera como religiosos y religiosas viven esta exigencia propia del seguimiento radical del Señor. Veamos.

Percibo que en la vivencia de este voto el religioso (varón) es más "libre" en sus actuaciones, más independiente, cuenta menos con sus hermanos de comunidad para actuar de tal o cual manera, son más reservados o mejor, menos comunicativos... No permiten que otros los interpelen sobre sus actuaciones ni menos aún, intervengan en sus decisiones; quizá alguna consecuencia de ello es la *doble vida que llevan algunos religiosos..*

¿Qué lugar ocupa el superior? No es fácil de nuevo, generalizar una respuesta.; sin embargo descubro que los superiores (esto es válido tanto para la vida Religiosa masculina como femenina) están más preocupados por responder a sus compromisos personales e institucionales, que todo funcione bien en el ámbito administrativo y ello les ocupa la mayor parte de su tiempo. Pocos espacios les quedan para buscar y escuchar al hermano. Así mismo, el superior no siempre está suficientemente preparado para ejercer esta delicada y comprometida misión. Igualmente los religiosos (as) no tienen interés o no han sido formados en la confrontación con el superior,

[2] ibid p. 170

esto supone un proceso de crecimiento mutuo, cambiar de mentalidad. Los procesos de acompañamiento son una exigencia fundamental en el hoy de la vida Religiosa.

En ese contexto ¿cómo posibilitar un discernimiento personal y comunitario, tan importante para asumir la obediencia?

La visión puede parecer un tanto negativa, pero considero que no está muy lejos de la realidad. Ojalá me equivoque. Esto no significa que no haya un buen número de Comunidades, especialmente las que viven en pequeñas fraternidades, en donde se comparte más cerca las búsquedas, preocupaciones, caminar diario de cada hermano,... allí no es fácil evadirse de compromisos y exigencias comunitarias. Todo ello favorece el discernimiento y la búsqueda de la Voluntad de Dios en lo concreto de cada día; de alguna manera la obediencia que cada uno vive es entendida como dependencia comunitaria, a un proyecto común construido por todos

Con respecto a la Vida Religiosa femenina ¿qué decir?

Aunque algunos aspectos son semejantes a los presentados con relación a los varones se viven, así mismo, situaciones de otro tipo. Por una parte las Religiosas de la generación anterior al año 60, formadas en la época prevaticana, conciben y viven la obediencia como cumplir normas, reglamentos. Para ellas, la voluntad de Dios se hace manifiesta casi exclusivamente en el acatamiento a la superiora; tienen una gran disponibilidad misionera, asumen los envíos desde la fe... Sin embargo les cuesta tomar decisiones por sí mismas, viven el presente y ponen en las manos de Dios el futuro de sus vidas.

Tomás Kempis, en su conocido libro la Imitación de Cristo, que era lectura frecuente en las casas de formación, afirmaba que: "Es mucho más seguro obedecer que gobernar". Es mucho más fácil cumplir que oponerse, conformarse que desafiar, ir de la mano del sistema que luchar contra él (es mucho más fácil callar que cuestionar...)

Por otro lado las jóvenes generaciones llegan de ambientes (familiar-escolar- social) en donde hablar de obediencia, entendida como acatar órdenes y tener actitudes de sumisión, no es fácil de comprender y menos de asumir. Además la cultura de donde proceden es con frecuencia machista y opresora por ello al ingresar a la vida religiosa manifiestan rebeldía y la obediencia se convierte en conflicto.

Así mismo son personas que, en muchos casos y por distinto factores, han ejercido roles de liderazgo a nivel pastoral, laboral, familiar y ven como una regresión volver a un sometimiento infantil. No se puede desconocer que las jóvenes que ingresan a las congregaciones en esta época no son adolescentes en muchos casos, sino personas con cierta experiencia de vida. Por ello se debe redimensionar el verdadero sentido de la obediencia religiosa.

El sentido de la obediencia no consiste en menoscabar o manipular la libertad humana, por el contrario libera para cosas más grandes que las banales exigencias cotidianas. La obediencia libera, no reduce ni, mucho menos, esclaviza a la persona.

No nos detendremos en la generación intermedia porque se dan rasgos de los dos grupos anteriores...

· En relación con lo dicho anteriormente, ¿qué papel desempeña la superiora?

Nadie puede desconocer que es un valor contar con religiosas disponibles, comprometidas en la misión, que reconocen en las decisiones de las superioras el querer de Dios. Estas religiosas han asumido y desarrollado compromisos valiosos en sus Congregaciones. Sin embargo no siempre se les ha motivado para desarrollar su creatividad, para ser más críticas, cuestionadoras y recreadoras de los Carismas fundacionales.

Frente a las nuevas generaciones, tendríamos que decir que falta mayor formación y preparación de formadoras y superioras para que se dé un mejor y mayor acompañamiento en cuanto a la vivencia de la obediencia como camino de crecimiento y liberación.

Un aspecto fundamental que no se puede desconocer al hablar de la obediencia es el delicado equilibrio que debe darse entre individuo y autoridad. La mirada individualista afirma que la institución existe para servicio exclusivo de cada uno de sus miembros; por su parte quien tiene el poder y lo ejerce de manera autoritaria sostiene que ningún individuo tiene derechos superiores a los dictados por él. El autoritarismo se confunde con el liderazgo, y la colegialidad muchas veces degenera en falta de este último. Algunos grupos no permiten la individualidad, y algunos individuos no aceptan liderazgo alguno.

La autoridad no existe para dar órdenes, sino para ayudar al grupo a desarrollar sus capacidades, para favorecer su crecimiento.[3]

El que ejerce la autoridad debe buscar siempre que los valores de la persona no sólo no queden estancados y adormecidos , sino que, crezcan y puedan alcanzar su máxima realización. Supone, por tanto, un profundo respeto por la identidad de cada hermano- hermana, en la vivencia de la vida comunitaria en la cual todos somos distintos pero unidos en el compromiso responsable ante el carisma que nos ha reunido y la misión a la cual hemos sido enviados.

Obediencia: aproximación a una fundamentación bíblica

Una lectura sencilla de la Biblia arroja una conclusión indiscutible: la obediencia a Dios es el hilo conductor de la espiritualidad cristiana.

Para la literatura bíblica obedecer es "escuchar" la Palabra de Dios y ponerla en práctica. *"El Señor Yahvé me ha abierto el oído. Y yo no me resistí ni me hice atrás"* (Is.50,5). La desobediencia consiste en no " escuchar": " *Pero mi pueblo no escuchó mi voz, Israel no me quiso obedecer"* (Sal. 81,12). La escucha a la Palabra de Dios se concreta en múltiples escuchas, pues Dios habla a través de las personas, de las situaciones históricas, de la naturaleza. Obediencia significa caminar en fe, en fidelidad, por los caminos del Señor.

La historia judeocristiana presenta singulares modelos de obediencia: Abraham: su obediencia es garantía de bendición.(Gen.22,18) . El pueblo de Israel responde a la lectura del texto de la Alianza con un compromiso de obediencia: *"obedeceremos y haremos todo cuanto ha dicho Yahvé"* (Ex. 24,7) Samuel coloca la obediencia a la Palabra de Yahvé por encima de los holocausto y sacrificios: *"Mejor es obedecer que sacrificar, mejor la docilidad que la grasa de los carneros " (1 Sam 15,22).*

Estos pocos textos del Antiguo Testamento deben leerse desde una mirada liberadora fruto de la apertura y la escucha a Yahvé.

---

[3] cf. ibid. pp.172-173

Jesús es obediente hasta la muerte

Los exegetas afirman que el término "obediencia" sólo es utilizado una vez en los evangelios en sentido disciplinar. Se trata del sumario de la vida oculta de Jesús en Nazaret: *"Bajó con ellos y vino a Nazaret, y vivió sujeto a ellos"* (Lc,. 2,51). No se refiere específicamente a una obediencia religiosa, sino al modo de vida normal y corriente de cualquier hijo bajo la tutela paterno-materna. Sin embargo, inmediatamente sigue una lectura teológica de la vida oculta en Nazareth. *"Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres"* (Lc.2,52)[4]

Jesús vivió la obediencia dentro una dinámica liberadora. Como ciudadano normal no excluyó la obediencia civil. No tiene inconveniente en someterse a las autoridades y a las leyes civiles o religiosas, mientras no estén en contradicción con la voluntad de Dios. Aún más, ha venido a dar cumplimiento a ley. *" No penséis que he venido a abolir la ley y los profetas. No he venido a abolir, sino a dar cumplimiento"* (Mt. 5,17).

Pero, cuando cualquier autoridad o ley humana contradice las exigencias del Reino, Jesús se siente totalmente libre para desobedecer.[5] La obediencia de Jesús, no se reduce a cumplir órdenes, testimonia la plenitud de su libertad. Quebranta el sábado y el ayuno; pone en tela de juicio las leyes que se refieren a la impureza. *"Dejando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres... ¡ Qué bien violáis el mandamiento de Dios para conservar vuestra tradiciones"* (Mc.7,8-9).

Este texto es clave para entender que la autoridad humana, las tradiciones y las leyes, no siempre recogen con fidelidad la voluntad de Dios. Jesús quiere resaltar la prioridad absoluta de voluntad divina sobre cualquier otra prescripción. La tercera petición del padrenuestro pide exactamente eso: *"Hágase tu voluntad..."* (Mt. 6,10).

Cuando los discípulos encontraron a Jesús hablando con la samaritana junto al pozo, él les dijo: *"Mi alimento es hacer la voluntad de Aquel que me ha enviado"* (Jn.4,34). La obediencia de Jesús al Padre no es una limitación a

---

[4] MARTÍNEZ D Felicísimo , *Refundar la Vida Religiosa*, San Pablo ,Madrid. 1994 p.218

[5] Cf. DUQUOC C., *Jesús, hombre libre*, Sígueme, Salamanca, 1975

su libertad, ni una restricción a su autonomía. Es el alimento que le da fuerza y lo robustece. Su relación con el Padre, de la que él es el don absoluto, es su propio ser.

La obediencia de Jesús está íntimamente relacionada con su misión: el anuncio del Reino. Este le ha sido encomendado por el Padre. No obra por propia cuenta. Pablo y los sinópticos presentan ya a Jesús como enviado del Padre. El cumplimiento de esta misión no es para Jesús un camino fácil... Desde el comienzo de su vida pública hasta el final vivió, como ser humano la inseguridad en la búsqueda de la voluntad del Padre y la lógica y natural resistencia a la muerte.

Se puede resumir diciendo que Jesús es modelo de obediencia al Padre hasta la muerte (Cf. Fil. 2,8; Heb.5,7; 12,2).

Después de presentar una mirada frente a la manera como se ha vivido y aún se vive la obediencia y de haber esbozado algunos fundamentos bíblicos, es importante preguntarnos:

¿Cómo asumir hoy la obediencia?

Como escucha a Dios que se manifiesta en su Palabra, en la historia, en la realidad cotidiana; con una actitud de discernimiento; desde una dimensión comunitaria y misionera; sin olvidar que no hay obediencia cristiana y religiosa sin renuncia y muerte.

La obediencia no puede convertirse en un camino de negación y anulación de la persona. La Vida Religiosa está llamada a ofrecer caminos de autorrealización y de crecimiento personal.

El religioso y la religiosa no son un simple objeto o una pieza que puede ser instrumentalizada en función de intereses institucionales o simplemente al capricho del superior(a). El religioso(a) es sujeto de razonamiento, de diálogo, de decisión personal.

No se puede desconocer que la conciencia es criterio irrenunciable de actuación de toda persona. El clásico principio de que "el que obedece nunca se equivoca" tiene graves limitaciones cuando entra en juego la conciencia personal. Frente a la obediencia ciega, hoy se habla de la obediencia dialogada.

Es fundamental reconocer que la comunidad es el lugar del discernimiento, de la búsqueda de la Voluntad de Dios. La común escucha de la Palabra, la oración compartida, el diálogo desde la fe, son pasos importantes para conducir la obediencia en su dimensión teologal .

Como nos damos cuenta, asumir la obediencia hoy es un reto que supone gran madurez, apertura a Dios y al hermano, sentido comunitario, actitud de discernimiento, apertura misionera.

La Obediencia en el camino de la Refundación

No se puede hablar aisladamente de *refundar la obediencia,* ni siquiera de refundar los votos, sin reconocer que este proceso de volver a lo esencial y fundante de la vida religiosa, es algo integral, abarca la totalidad de la vida religiosa (carisma, identidad, contemplación, consagración, misión...). Además, lo planteado anteriormente va encaminado hacia una reflexión-revisión desde la perspectiva de la Refundación. Sin embargo, antes de terminar, es necesario precisar algunos aspectos que pueden ayudar para una nueva mirada desde la perspectiva de la obediencia:

• La comunidad es el lugar del discernimiento, de la búsqueda de la voluntad de Dios. En esta tarea están comprometidos igualmente el superior y los hermanos(as).

• La común escucha de la Palabra, la oración compartida, el diálogo desde la fe... son exigencias para asumir la obediencia desde su dimensión teologal.

• El Proyecto Comunitario, elaborado y asumido por todos los miembros de la comunidad es un medio privilegiado de renovación permanente, de crecimiento en todos los aspectos o dimensiones de la vida. Este debe abarcar, entre otros, los siguientes aspectos: vivencia comunitaria de la fe, vida comunitaria, relaciones interpersonales, misión evangelizadora desde la comunidad, formación permanente de sus miembros, organización administrativa. Para que el Proyecto sea eje dinamizador de la vida es necesaria revisión periódica de la vivencia del mismo.

• La formación de superiores y de formadores es una prioridad ante a los retos que se plantean frente a la nueva manera de concebir la obediencia.

Termino con las palabras del apóstol Pablo: *"Para ser libres nos libertó Cristo" (Gal. 5,1), porque, hermanos, habéis sido llamados a la libertad"* (Gal. 5, 13). El seguimiento radical a Cristo es imposible sin una libertad también radical: *"Manteneos, pues, firmes y no os dejéis oprimir nuevamente bajo el yugo de la esclavitud"* (Gal. 5,1); *"Sólo que no toméis de esa libertad como pretexto para la carne"* (Gal. 5,13). Y con un texto clave que permite entender la verdadera dimensión de la obediencia y del cual ya se ha hecho alusión anteriormente: *"Cristo, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, se despojó así mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló así mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz"* (Fil. 2, 6-8).

Formación para la Refundación

Vinculum
vol. 33 / n. 203-204 (2001) 79-87

La formación inicial por el camino de Emaús

Hna. Ana María Lizarrondo, h.s.c.

La formación inicial muy bien puede tener como telón de fondo y como lugar de referencia el icono de Emaús, (Lc 24, 13-35). El discípulo que sigue a Jesús, sea postulante, novicio o junior, deberá tener como meta el encuentro con Jesús, el reconocerlo en las diferentes presencias: en la Palabra, en el Sacramento y en la comunidad, pero sobre todo en "el partir el pan". En estas etapas iniciales, el formando está llamado a realizar el proceso de la experiencia pascual del resucitado.

Emaús muestra el camino del reconocimiento del resucitado, pero no desde lo leído o escuchado, sino desde la experiencia personal a la cual posiblemente Lucas nos invita cuando dice que un discípulo se llama Cleofás y al otro no le pone nombre ¿no podríamos ser cada uno de nosotros?

Los discípulos de Emaús habían vivido con Jesús y recibido de él las enseñanzas, sin embargo no estaban listos para dar testimonio de su resurrección, no lo podían hacer contando lo que los demás decían. Sólo cuando ellos perciben la presencia del Resucitado son capaces de proclamarlo y de vivir como él. La formación del nuevo discípulo de Cristo, en esta misma línea, se da cuando se tiene la experiencia fundante de que Cristo es el Señor y de que nuestra vida debe estar cimentada en él: "Estáis edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas y el mismo Cristo Jesús es la piedra angular" (Ef 2, 20).

Al iniciar el camino de la vida religiosa, tanto el formando como su acompañante son conscientes de que inician un camino que durará un tiempo y que supone un lugar. Un tiempo que lo utilizarán en forma adecuada para realizar el proceso con mucho acierto y con mucho arte, de forma organizada y con equilibrio para conceder a cada aspecto el espacio oportuno y preciso. Sin prisas, pausadamente, dejando que la Palabra del Señor cale hondo y sea lo suficientemente profunda para que llegue a caldear el corazón, y con el ritmo propio de la persona; cada uno comprenderá cuando le llegue el momento de la gracia de Dios. Para este tiempo de formación se da un lugar que, aquí, es un camino. Formar es hacer camino: camino fue el éxodo del pueblo de Israel (Ex 13, 17-22), camino es el que recorre el peregrino para llegar al lugar santo, camino es el que hizo Jesús con su cruz hasta llegar al Calvario. Camino es Jesús mismo que nos dice: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida" (Jn 14, 6). También María recorrió el camino desde Nazaret hasta la casa de su prima Isabel (Lc 1, 39); luego, de Nazaret a Belén para dar a luz al Salvador (Lc 2, 4-5); más tarde lo hará a Jerusalén (Lc 2, 41) y por último acompañará también a su hijo hasta el Calvario (Jn 19, 25). Camino es toda vida del cristiano que va aprendiendo a través de experiencias diarias en su seguimiento a Cristo.

1. Realidad de los discípulos

Cleofás y el otro discípulo partieron de Jerusalén camino de Emaús; iban hablando y se hacían preguntas sobre lo ocurrido en esos días. Estaban tristes, ofuscados, no fueron capaces de reconocer a Jesús porque "tenían los ojos retenidos"(v. 16); se encontraban tan desanimados y desorientados que huían del lugar de los hechos. En esta misma situación vienen con frecuencia los principiantes; a veces quieren "salir corriendo", huir del lugar donde están, no se sienten satisfechos, la vida no les ofrece lo que ellos buscan, no encuentran en la familia el afecto y comprensión que necesitan. La inseguridad económica de algunos puede afectar sus motivaciones

vocacionales. Hoy en día es seria la situación en la que llegan la mayoría de los jóvenes: marcados por experiencias dolorosas, después de haber atravesado una dura realidad, cuentan con un pasado muy difícil de superar. Están presentes, en muchos de ellos, los estados depresivos, incluso con ideas suicidas. En una palabra, no vamos a decir que los jóvenes son el problema, simplemente son fruto de una sociedad donde se absolutiza el poder, el placer, el tener y el hacer.

2. En compañía de Jesús

Jesús acompaña en el camino hacia Emaús a sus dos discípulos. El caminar del Señor con nosotros no es nuevo; en el Antiguo Testamento Yahvé escuchó el clamor de su pueblo Israel y acude en su ayuda a través de Moisés, de Josué y de los profetas[1]. La presencia de Jesús en este mundo es una realidad, desde que nace es el Dios-con-nosotros=Emmanuel (Mt 1, 23), hasta el final de su vida terrena: "Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28, 20). A cada persona, desde el inicio de su vida, el Señor la acompaña siempre "En el origen de todo camino vocacional, está el Emmanuel, el Dios–con-nosotros. El nos revela que no estamos solos construyendo nuestra vida, porque Dios camina con nosotros en medio de nuestros quehaceres y si nosotros lo queremos, entreteje con cada cual una maravillosa historia de amor, única e irrepetible" [2]

3. Haciendo camino

¿Por qué el camino? El camino no es un lugar para detenerse, para descansar, para sestear; es un lugar para andar, para dejar lo visto y andado y para mirar al frente, a la meta. Pero todo esto viviendo el presente, un presente que se recorre con el diálogo, que supone dudas, preguntas, reflexión, soledad, desierto; mirar la historia personal para que ilumine el camino que se está haciendo y el que está por hacer. El camino supone búsqueda más que encuentro y eso no se da sin esfuerzo.

En el camino de Emaús, se va revelando, poco a poco, el Resucitado; así mismo, en estas primeras etapas de formación se va dando la experiencia personal de estar en compañía de Jesús vivo; se caldea el corazón porque se

[1] Sal 105, 106. Jos 1. 22, 5. Gn 35,3. Ex 23,20. Dt 5,33 y 8,2. Is 48,17. Jer 2,17. Hch 9,2. 18,25-26 y 22,4.
[2] Mensaje Mundial de Oración por las Vocaciones. 14 septiembre 2000.

va enamorando del Señor. Y en un buen momento se revela claramente, y ya no hay dudas de que es el Señor quien ha caminado a través de nuestra historia y podemos confirmar que su resurrección ha sido experimentada por nosotros hoy. Cuando se llega a esta experiencia y convicción, ya estamos preparados para que él desaparezca de nuestra experiencia inmediata y aun así podremos contar a los hermanos de la comunidad que él también se ha aparecido a nosotros (v. 35).

Para realizar el proceso de la refundación en la vida religiosa, necesitamos estar en camino. Meternos en el camino de Jesús y de nuestros fundadores. No podemos seguir dando en el tercer milenio la formación prevaticana, ni quedarnos anclados en el pasado, mucho menos en la rutina de hacer lo que siempre se ha hecho, ni en la mera repetición o en el inmovilismo. Tampoco se trata de repetir lo que ellos hicieron, ni tampoco de volver a lo ya recorrido por muy glorioso que haya sido. Es un llamado a volver a las raíces de la vida consagrada para renovar lo esencial. Es el momento de dejar que el Espíritu aletée en nuestra realidad y nos dejemos invadir y posesionar por él. Con él seremos capaces de recrear la formación de nuestros jóvenes y por lo tanto la vida religiosa del futuro. Es verdad que en otras épocas la formación estaba hecha, sólo había que poner gente en ese patrón y de ahí salían los religiosos uniformes, casi casi en serie. No había un trabajo personalizado ni un seguimiento procesual.

Sin embargo, hoy podemos encontrar jóvenes que llegan a nuestras casas con una necesidad de constituir su propia identidad y buscan estilos rígidos y tradicionales que les den seguridad. Por otro lado existen las posturas acríticas e inmediatistas, donde el joven se deja llevar por lo que le gusta y lo que desea poseer ya, donde el futuro y la meta no tienen la fuerza para atraer y recorrer el camino, sino que se quedan pasivos e incluso indiferentes ante lo que les rodea con tal de obtener un presente placentero que quisieran prolongarlo indefinidamente.

Para reconocer y encontrarnos con el Señor estamos hoy llamados a recorrer un camino de refundación para lo cual Emaús nos va dando los pasos:

Camino de fe: los discípulos salen de Jerusalén y en el recorrido a Emaús hacen un camino de fe, por eso se dicen: "¿no estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras? (v. 32). Eso les lleva a avivar y atizar la fe en

forma nueva y de conversión. Van caminando de día, más ellos están viviendo la noche de la fe, están tristes por la ausencia del que está presente, sus ojos no pueden ver al muerto que está vivo y cuando "ya está anocheciendo" (v. 29), entonces sí es de día para ellos; ha llegado el momento de "clarear el día", como dirá el mismo texto lucano (v. 1) al hablar de la resurrección y están en capacidad de reconocer a Cristo, el Señor. Antes esperaban un falso Mesías, y ahora pasan a creer en el verdadero Mesías, el Resucitado. En los formandos hay que ayudar a dar el paso desde lo que no deben esperar a lo que deben esperar del Señor

Camino nuevo: hay que dejar los caminos del pasado y cambiar los intereses de la carne por los del Espíritu (Rm 8, 4). En este camino de la formación inicial hay que aprender a dejarse acompañar por el resucitado. Esto se hace desde la fe en el Cristo vivo que está presente y actuante en cada uno y que no depende del entrenamiento personal, ni siquiera de autoconvencimiento, sino que es Jesús, el resucitado, quien va llevando por este camino. Ayudados por él se puede vivir a su manera, al estilo del hombre nuevo, dejando que Cristo el Señor haga resurgir la vida nueva: "he aquí que todo lo hago nuevo" (Ap 21, 5). Tenemos a María iniciadora de este nuevo camino, ella se abre a la acción de Dios en la encarnación y en el seguimiento de Cristo encuentra la novedad.

Camino de conversión: que consiste en pasar de ser "tardos de corazón" a tener un corazón abierto al amor y de tener "los ojos retenidos" a ver con claridad el misterio de la vida y la acción del Resucitado en nosotros. La conversión conlleva reconciliación con uno mismo, con el otro y con Dios, aceptando la historia personal, la manera de ser del otro y acogiendo al Señor en nuestra propia vida como el ser que nos ama incondicionalmente. Para ello hay que hacer un camino de perdón de tantas cosas que nos cuesta mirar sin enrojecernos. Este proceso pasa por el despojo y la disponibilidad para lograr un enriquecimiento de la persona que la hace fundamentarse bien y con profundidad. Exige estar dispuesto al cambio, a la transformación, a la purificación continua y la apertura a la novedad de la gracia. No podemos hablar de refundación si no estamos dispuestos a quitar lo viejo que ya es obsoleto, hay que desempolvar y si es preciso arrancar y renovar.

Camino de autoconocimiento: adentrarse en lo más profundo del yo para ordenar su vida interior. Conocer 'quién soy', cuál es su propia realidad. Conocer sus fortalezas y debilidades; los dones que ha recibido de

Dios y cómo ir desarrollando todos sus talentos. Ante esto se suscitan muchos temores, miedos, que se deben afrontar y superar para crecer en libertad y hacer el proceso de sanación y verdadera liberación que sólo se puede dar en Cristo por medio de su Palabra que nos lleva al verdadero conocimiento.

Camino de discernimiento: con la escucha, la expresión de los sentimientos y la manifestación de la realidad se va haciendo el diálogo, camino para el discernimiento. El volver a las fuentes nos conduce a retomar la *lectio divina* para mirar la Palabra con ojos y oídos nuevos y sobre todo para orarla, este es un medio necesario para el conocimiento del Señor y para que él sea el centro de nuestra vida de consagrados. Ella ilumina este camino y ayuda e encontrar la respuesta a los cuestionamientos, el sentido a la propia vida y a "los sucesos acaecidos"(v. 14). Es preciso hacer la confrontación con la Palabra de Dios que Jesús explica a los discípulos y los lleva a la conversión (v. 32). El dejarnos confrontar por ella es indispensable para un discernimiento que nos conduzca por los caminos del Espíritu a realizar la voluntad del Padre como lo hizo Jesús de Nazaret.

Camino Eucarístico: toda la vida del formando, y por supuesto la del religioso, ha de ser vivida como un camino eucarístico. Toda Eucaristía es un proceso de conversión hasta llegar a la identificación con Cristo por medio de su acción sanadora en ese misterio de amor. En ese "hogar de amor" Dios se hace presencia en su Palabra (v. 27), en el sacramento (v. 30) y en el hermano con quien celebramos y en aquél a quien se nos envía para dar nuestra propia vida en el servicio y en la preocupación por su bien. Tendremos presente que en el banquete de despedida Jesús hace la entrega de su cuerpo como anticipación de su ofrenda en la cruz, por lo tanto no se trata de participar en celebraciones que nos sumergen en un sentimentalismo y un estar contentos, sino en una postura de ofrenda al Padre y a los hermanos.

Camino comunitario: los dos discípulos caminaban solos; cuando se les acerca Jesús son capaces de ir comprendiendo, de ir viendo los sucesos, de crecer en la fe y finalmente buscan regresar con la comunidad en Jerusalén, y podrán celebrar juntos la resurrección de Cristo. No es posible la unión con Jesús sin la vivencia comunitaria. Es también la comunidad=Iglesia, el lugar indispensable como criterio que autentifica la experiencia personal con Jesús. La refundación no se puede hacer en forma aislada, sino en comunidad y teniendo a Cristo como fundamento y razón de ser. ¿No es ésta la hora de cuestionar nuestros individualismos y nuestra manera deficiente de hacer y vivir la comunidad?

Camino hacia la misión: desde la comunidad, por la fe y fiados del Resucitado, los discípulos están disponibles para la misión, no como trabajo y ocupación, sino como tarea mística y eclesial. Con Cristo, sintiéndose enviados se vive y realiza la misma misión de Jesús. Tarea de evangelización que se centra en contar lo que el Señor ha hecho en nosotros y cómo lo hemos experimentado resucitado, vivo y caminante con nosotros. El discernir, por dónde nos quiere el Señor, nos compromete con los marginados como lo hicieron todos los fundadores y esto supone correr riesgos.

4. No reconocieron a Jesús

En un primer momento los caminantes de Emaús no reconocen a Jesús, no son capaces de darse cuenta que es el maestro el que está presente, aquél por cuya ausencia están sufriendo. ¿Estamos atentos para percibir las distintas formas en que se presenta Jesús? En las narraciones de apariciones, varias veces los interlocutores de Jesús resucitado no lo reconocen. María Magdalena "vio a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús" (Jn 20, 14), pensando que es el hortelano, le hace el correspondiente reclamo creyendo que es él quien se lo ha llevado; los discípulos, en el lago de Tiberiades, lo ven y "no sabían que era Jesús" (Jn 21, 4). Hoy está bien claro que se nos sigue apareciendo en el pobre, el enfermo, el encarcelado, el hambriento y 'no sabemos que es Jesús': estemos atentos porque podemos seguir haciendo la pregunta: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento... y enfermo? (Mt, 25, 44).

5. Entró para quedarse con ellos

Si Jesús no entra en nuestra casa, en nuestro interior, no podremos realizar el cambio, la refundación; con él todo cambia y es posible la transformación y la creatividad. La vida religiosa es "estar con él" (Mc 3, 13); el noviciado, sobre todo, es un aprendizaje para la unión con Jesús, unión desde la oración y desde la vida. De la misma manera que Jesús estuvo unido con el Padre, estuvieron los fundadores unidos con él y por eso nos dice "el que permanece en mí y yo en él, ese da mucho fruto" (Jn 15, 5).

6. Al partir el pan

La manera más auténtica de reconocer al Señor es en la fracción del pan. El partir el pan supone compartir, y es en ese gesto cuando en verdad hacemos entrega del Señor Jesús a los hermanos y cuando ellos lo pueden descubrir en nosotros. "La vida religiosa para volverse a encontrar a sí misma,

necesita redescubrir el contacto con la gente para que ésta pueda conocerla como es: don de Dios hecho a los hombres en el misterio de comunión que vivifica la Iglesia" [3].

Desde la formación inicial se debe orientar al joven a que se acerque y se incline hacia todo hermano, que se encuentra en el camino de la vida triste y marginado, como lo hizo el buen samaritano. En nuestra realidad colombiana hay muchos que caminan permanentemente porque no tienen lugar para vivir a consecuencias de desplazamientos forzados; hay otros que corren por la vida empujados por las amenazas de todo tipo, otros que caminan por trochas y páramos en largas jornadas que les conducirán a un secuestro doloroso y prolongado. Hay madres que caminan de un lado a otro para ver a sus hijos y pedir suplicantes su liberación; esposas desoladas con hijos en sus brazos que no saben por dónde caminar porque no tienen idea dónde están sus esposos. Esta situación de injusticia, de impiedad y de guerra sin sentido está ocasionando otro tipo de caminantes desolados que, no pudiendo sufrir más, se sumergen en la locura.

Si queremos ser fieles al espíritu de nuestros fundadores y buscamos una verdadera refundación no podemos dejar de acompañar a estos grupos de desfavorecidos a caminar por la vida para ayudarles a caldear su corazón, a vendar sus heridas, a abrir sus ojos, y a partir con ellos el pan de nuestra fe, de nuestra esperanza y de la alegría que produce la presencia de Cristo vivo, que también a ellos se les revela y les ofrece su misma vida. Y podrán proclamar con nosotros el Salmo 23, 4 que dice: "Aunque pase por cañadas oscuras nada temo porque tú vas conmigo. Tu vara y tu cayado me confortan".

7. Jesús, el Maestro

La pedagogía que Jesús utiliza es la de maestro. Es el pastor que reconoce la situación de crisis de su oveja amada y va a buscarla. Corresponde también a la actitud del buen samaritano que se acerca a la persona herida psicológicamente en el camino de Emaús. Los discípulos estaban entristecidos y él se aproxima y "se puso a caminar con ellos" (v.15). Antes que hablar él, deja que ellos lo hagan y cuenten los sucesos ocurridos; pregunta una y otra vez ¿Qué conversación es la que lleváis? ¿Qué ha pasado? Se dispone a escuchar con respeto, con discreción y 'no se hace el que se las sabe todas'

[3] Mensaje de Juan Pablo II a la UISG, 14 mayo 2001.

para dejar que ellos expresen todo lo que ha sucedido y cómo se sienten; cuáles eran las expectativas que habían tenido y cómo se han quedado frustrados y tristes al no verlas cumplidas.

Jesús toma la iniciativa de acercarse a los discípulos, busca conversar y compartir el pan con ellos. Son gestos sencillos, pero muy profundos y, en más de una ocasión, así lo hace con los suyos después que resucitó. Desde la sencillez y el diario vivir, haciéndose uno de ellos, Jesús sana y devuelve la esperanza y la alegría a los que están tristes y desanimados. Jesús es maestro de la escucha, de la palabra oportuna, del saber acompañar, incluso de corregir -tardos de corazón, les ha dicho- y todo esto lo hace con amor.

El acompañante en la formación ha de tener siempre como modelo a Jesús y tendrá presente que a él le han encomendado la labor de ser mediador de la acción de Dios en la persona que hace el camino, sin obstaculizarla, y que debe estar dispuesto a desaparecer (v. 31) cuando el discípulo ha reconocido al Señor, que es el fin de nuestro caminar. Saber desaparecer, no buscar ser protagonistas ni el centro de la vida del discípulo; saber decir con San Juan Bautista: "es preciso que él crezca y que yo disminuya" (Jn, 1, 30).

8. Conclusión

Con palabras de Camilo Maccise, pronunciadas en el sínodo de 1994, hacemos la síntesis de este camino: "En este mundo caracterizado por los cambios rápidos y profundos, la espiritualidad de la vida consagrada debería estar marcada por una actitud permanente de éxodo y conversión, por un estilo alternativo y profético de comunidad de vida y de oración, bajo la primacía de la Palabra, cerca de los hermanos y de las hermanas, insertos en la propia cultura y con la parresía que viene del Espíritu". Se trata de vivir la espiritualidad del camino, donde no nos podemos estacionar ni aterrizar, mucho menos instalarnos. Hoy la vida religiosa necesita de aire fresco; más que nunca, nos podemos plantear estas preguntas: ¿Qué tipo de educación estamos dando a nuestros jóvenes religiosos? ¿Respondemos a las inquietudes que ellos traen y, en últimas, a las necesidades de nuestra sociedad? ¿Cómo manejamos la autoridad, la información y el derecho a la participación? ¿Todavía hay restos de estructuras que los aprisionan? Si no damos respuesta a esto la educación puede ser un vano discurso. Pero lo más urgente es que los adultos seamos coherentes con todo esto en nuestra vivencia personal y así, en definitiva, nos preguntamos ¿Cómo debe ser vivida, hoy, la vida religiosa?

Vinculum
vol. 33 / n. 203-204 (2001) 89-97

El proceso formativo en tiempos de refundación

P. Cecilio de Lora sm

«No recuerden lo de antaño, no piensen en lo antiguo; miren que realizo algo nuevo; ya está brotando, ¿no lo notan? «. (Is. 43,18)

1. Introducción

La **refundación** tiene que ver con la constante bíblica de la novedad «Todo *lo hago nuevo...*» (Ap 21,5) y tantos otros pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamento en los que se habla de lo nuevo y de la novedad como un reto permanente, más allá de lo simple y superficialmente *novedoso.* Y se relaciona hoy en día con la constante eclesial de un llamado fuerte a la *fidelidad creativa,* formulado después del reciente Sínodo Romano sobre la Vida Consagrada (VC 13; 37).

1.2. Existe ciertamente el peligro de vaciar el término, más preocupados por lo periférico que por lo esencial del mismo. Hay incluso reticencias en ciertos sectores eclesiásticos al respecto: ¿significa *refundación* olvidar y abandonar el pasado? ¿Es un movimiento *en contra de* o *a*

favor de? El matiz es importante y pide precisiones, no siempre fáciles, dada la cercanía del tema en el tiempo y la variedad de enfoques en la geografía eclesial. Pero algo se está moviendo, sin duda, sin que podamos identificar con toda nitidez por dónde sopla el Espíritu y hacia dónde nos conduce. El P. José María Guerrero sj, titulaba un denso y enriquecedor estudio reciente: *"La refundación, como expresión de fidelidad creativa, no es moda sino una exigencia del Espíritu"* [1]

1.3 Debe tenerse en cuenta el llamado de las recientes Asambleas Generales de la CRC (XXXIX, en el 2000, y XL, en el 2001) impulsando a los Institutos Religiosos hacia la refundación de sus propios carismas, así como la convocatoria de la XIV Asamblea General de la CLAR, en el 2000, a un fuerte movimiento de la Vida Religiosa de América Latina y el Caribe centrado en la refundación.

1.4 A modo de simple recordatorio, inspirado por reflexiones del P. José María Arnaiz sm (además de las del P. José María Guerrero, sj), entendemos la refundación como:

- Un horizonte de la vida consagrada hoy y un método para releer, reengendrar y reencarnar el carisma de la misma, tanto en su dimensión de espiritualidad como de misión.
- Un llamado a la radicalidad, a lo fundamental, a lo primordial, a las raíces, a la dimensión teologal... más que a la novedad fugaz. La *fidelidad creativa* nos recuerda que el problema del momento actual de la Vida Consagrada afecta a su misma identidad y, mejor aún, a la significatividad o visibilidad de su identidad y, por lo mismo, a la eficacia real de su misión evangelizadora. Señalemos de paso que la *refundación* como tal hunde sus raíces en las mismas tierras del Concilio Vaticano, preocupado de la revitalización misma de la Iglesia y de la misma vida consagrada en su seno.
- Una llamada del Espíritu. La revitalización es un espíritu y sobre todo es obra del Espíritu: es El quien refunda un carisma.

1.5. Un proceso formativo en tiempos de refundación es algo fundamental. Sin él no puede pensarse en una auténtica refundación de la Vida Consagrada. Refundación y formación se implican mutuamente. Este proceso formativo debe inspirarse en:

[1] XI Encuentro Nacional de Formadores, en Cali, 25 a 29 de septiembre del 2000.

- la praxis de Jesús y en su seguimiento;
- el ejemplo de nuestros Fundadores;
- las exigencias de la realidad que vivimos.

Estos son los puntos fundamentales sobre los que se reflexionará brevemente a continuación.

2. Volver a Jesús

2.1. Jesús predicó la *universalidad* del Reino desde la *particularidad* espacio–temporal que le brindó su presencia concreta en tierras de Israel. En él convergen historia y trascendencia. Ambas dimensiones se articulan en la realidad de su vida y deben seguir relacionándose correctamente en la vivencia de nuestro carisma de vida consagrada, universal en su significado y particular en su respuesta histórica a los *signos de los tiempos.*

2.2 El seguimiento postpascual de Jesús debe llevarnos a recrear las relaciones dialécticas de Jesús con **su tiempo,** que nosotros hemos de revivir en la relación con **nuestro tiempo**. Jesús habló a la gente de **su** tiempo, con el lenguaje de **su** tiempo, encarando los problemas de **su** tiempo. Ello implica no sólo conocer seria y profundamente la persona de Jesús (problema hermenéutico) sino su entorno histórico y cultural (acercamiento socio analítico) y, consecuentemente, la postura dialéctica que él asumió, relativizando los falsos absolutos de su tiempo (el Templo, el sábado, las tradiciones religiosas... bien patente, por ejemplo, en el pasaje de las tentaciones en el desierto) y absolutizando el Reinado de Dios, razón última y profunda de su existencia histórica.

También nosotros, hoy, además del conocimiento serio y profundo de Jesús, tenemos que conocer estructural y causalmente la problemática de nuestro tiempo, no para repetir frente a ella las palabras de Jesús, de una manera fundamentalista (lectura del texto fuera de su contexto), sino para recrear su postura dialéctica frente a la misma, siempre desde la perspectiva del Reinado de Dios.

Este es el desafío para una *refundación radical*: volver a Jesús, razón de ser de nuestra existencia cristiana y de nuestra vocación religiosa.

2.3 Volver a Jesús de Nazaret es la clave decisiva en el proceso de refundación, pienso, y en el proceso formativo. Volver al Jesús de *antes del cristianismo*, como escribió Albert Nolan op.[2]

En efecto, al principio existió Jesús, el *Jesús histórico* de los evangelios. Inmediatamente, grupos de seguidores de Jesús que se dispersaron desde Jerusalén por Antioquía, Efeso, Roma... vivieron el recuerdo y el seguimiento de Jesús desde una rica diversidad de lenguas, de cantos y expresiones litúrgicas propias de sus diferencias culturales y, sobre todo, con la enriquecedora variedad de sus acercamientos doctrinales a la comprensión de Jesús, desde sus paradigmas mentales y tradiciones filosóficas.

Raymond E. Brown revisa siete tipos neotestamentarios de Iglesia, destacando sus características, virtudes y carencias. [3]

Pero poco después llega *el cristianismo*, intentando borrar las diferencias, imponiendo un modelo único de organización (calcada del imperio romano) y de liturgia, privilegiando una lengua común y, sobre todo, un modelo filosófico para estructurar el pensar teológico, vigente todo ello hasta nuestros días.

Más tarde, la *cristiandad* culminaría la obra de unificación al juntarse el poder temporal (emperadores) y espiritual (papado). Se perdía el valor de la diversidad en la unidad. Todo ello condujo a fuertes críticas intraeclesiales, desde Francisco de Asís hasta el monje Lutero. (Juan Pablo II, a comienzos de mayo del 2001, ha pedido perdón en Grecia por el mal que hicieron las Cruzadas, una de las expresiones más torpes y nefastas de la cristiandad. Un perdón más de los muchos que el Papa ha pedido recientemente al mundo y a las iglesias).

Con el cristianismo y la cristiandad hemos perdido no sólo la visión de Jesús en muchos aspectos, sino también de la Iglesia que El soñó.[4]

Es tiempo de volver a Jesús y de *seguirle* desde los condicionamientos postpascuales que tan profunda y vivencialmente ha señalado, entre otros,

---

[2] Albert Nolan, *"¿Quién es este hombre?" Jesús antes del cristianismo.* Ed. Sal Terrae, Santander, 1981.

[3] Cfr.: Raymond E. Brown, *Las Iglesias que los apóstoles nos dejaron.* Desclée de Brouwer, Bilbao, 1998.

[4]. Cfr.: Herbert Haag, *¿Qué Iglesia quería Jesús?* Herder, Barcelona, 1998.

Dietrich Bonhöffer. El nos recordaba que *"Sígueme es la primera y última* palabra *de Jesús a Pedro".* [5]

Jon Sobrino señala la importancia de articular el *camino teórico* del conocimiento de Jesús y el *camino histórico* del seguimiento pues sólo en él nos hacemos afines a la realidad de Jesús, que es lo que hace posible el conocimiento de Cristo desde dentro. Y comenta, de manera densa y estimulante:

"El seguimiento, en primer lugar, consiste en rehacer la vida y la praxis de Jesús, y en ese rehacer se puede conseguir el "conocimiento interno" (como dicen los santos), no sólo el basado en textos acerca de Jesús, que siempre permanece, de alguna manera, extraño a nuestra realidad. Que sea la relación de Jesús con Dios se conoce –o se vislumbra- al rehacer nosotros su confianza en el Padre y su disponibilidad ante Dios. Que sea anunciar el reino se conoce –o se vislumbra- al rehacer nosotros su compasión hacia el pobre, su acogida al marginado. Que sea su denuncia del antirreino se conoce –o se vislumbra- al rehacer nosotros la denuncia de las estructuras pecaminosas. Que sea su vivir con espíritu, con libertad, con gratuidad, se conoce –o se vislumbra- al rehacer nosotros el espíritu de las bienaventuranzas. El ser *así* de Jesús se conoce en profundidad desde el *ser así* nosotros".[6]

Volver a Jesús es la exigencia primera y fundamental, una vez más, de un auténtico proceso tanto de formación como de refundación. Raimon Pannikkar señala que, después de los momentos de *cristianismo* y *cristiandad*, aún vigentes en muchas manifestaciones actuales de los cristianos, ha llegado el tiempo de la *christianness*, imposible de traducir, pero que alude a una plenitud de Cristo en nuestras vidas y en nuestros días. Es asumir al Señor Jesús en su pasión por el Reino desde los pobres como lo único y definitivo, como la *meta-paradigmático,*[7] la razón de nuestra existencia. El mismo Pannikkar señala que *"la cristofanía es la superación de la cristología tribal e histórica"* hoy.[8]

[5] *El precio de la gracia.* Sígueme, Salamanca, 1995, pp. 20s.
[6] Jon Sobrino, *La fe en Jesucristo.* Ed. Trotta, Madrid, 1999, pp. 454-455.
[7] Cfr .: Jon Sobrino, "Lo meta-paradigmático de las cristologías", *Misiones extranjeras,* 1997, pp. 499-511.
[8] Raimon Pannikkar, *La plenitud del hombre.* Ed. Siruela, Madrid, 1999, p. 197.

3. El ejemplo de nuestros Fundadores

3.1. También la praxis de nuestros Fundadores tiene que ver con el tema de la *refundación*. Esta es una reflexión análoga a la que acabamos de hacer con relación a Jesús.

3.2. Nuestros Fundadores respondieron a necesidades sentidas de su tiempo desde una particular perspectiva evangélica. La articulación de estos dos elementos constituye el *carisma fundacional*.

3.3. Hoy, manteniendo viva la perspectiva evangélica inicial de nuestros Fundadores, tenemos que encarnar el carisma fundacional en la respuesta a las necesidades concretas de nuestro tiempo.

3.4. De ahí la importancia de una *mediación socioanalítica* que nos permita un conocimiento crítico de la realidad que nos circunda para darle una respuesta evangélica. No se trata de *repetir* el carisma mirando al pasado, sino de *refundarlo* de cara al presente. No basta con el estudio histórico de nuestros Fundadores, durante el proceso formativo: hay que vincularlo al conocimiento del mundo actual, para dar hoy una respuesta correcta a los llamados de la *refundación*. De ahí las reflexiones siguientes.

4. La formación en función de la refundación desde los cambios actuales

Nos encontramos de frente a un desafío, un principio y una realidad.

4.1. **Un desafío**: el de ser creativos y no simplemente repetitivos, en un proceso formativo, movidos por el Espíritu, camino de la refundación de nuestra Vida Consagrada.

4.2. **Un principio**: el de vivir el cambio como algo permanente, anclados en algo permanente que atraviesa el cambio.

"Ser creativos significa comprender todo el proceso de la vida como un nacimiento continuo y no considerar como definitivos nunca ningún período de la vida" (Erich Fromm).

4.3. **Una realidad**: la del mundo contemporáneo, que viene configurado, de modo casi telegráfico, por:

• *El neoliberalismo* en el orden económico y social. Se trata de un "neoliberalismo salvaje", según calificativo de Juan Pablo II, que unido al proceso de globalización, está llevando al mundo a contar con *"ricos cada vez más ricos a costa de pobres cada vez más pobres"* (Puebla 30).

• *La postmodernidad* en el orden cultural, que viene caracterizada por tres aspectos, íntimamente relacionados con el *neoliberalismo* anteriormente apuntado.

√ Un primer aspecto es la diferenciación ilimitada de los ambientes vitales por la expansión y la intensificación enorme de los mercados de producción, del trabajo y del consumo. Los intereses económicos, los avances tecnológicos, los nuevos terrenos de producción y los nuevos mercados hacen que se derrumben ambientes tradicionales, inclusive de la Iglesia y la familia. Las culturas «sectoriales» y regionales, en vida hasta ahora, se disuelven y se entremezclan confusamente entre ellas.

√ Nace, y éste es el segundo aspecto, un pluralismo cultural ilimitado; mejor dicho, un pluralismo ideológico de sistemas de relaciones y de valores. Se abandonan tradiciones culturales hasta ahora vigentes y se experimentan nuevas posibilidades de maneras de vivir individuales y colectivas.

√ El tercer aspecto que parece caracterizar el tiempo presente, neoliberal y postmoderno, es la individualización radical de la sociedad. El individuo se siente más libre frente a los lazos tradicionales (familia, religión) que las generaciones que lo han precedido. Se siente obligado - porque no siempre se puede elegir libremente - a cambiar de domicilio y de manera de vivir, condicionado por el mercado de trabajo y por otros procesos sociales. El individuo no se encuentra atado sólo por constricciones fatales, sino que, además, dada la experiencia de libertad de los tiempos modernos, se declara no condicionado desde fuera en su propia manera de vivir. Los valores y las maneras de vivir tradicionales no pierden necesariamente su brillo, pero sí su importancia exclusiva. Permitido y sensato es el «*hic et nunc*» que divierte enseguida, prometiendo una «sensación» positiva.

• *El neoconservadurismo* en el orden religioso es un tercer factor que, junto al neoliberalismo y la postmodernidad, configura el mundo contemporáneo. No se trata sólo de neoconservadurismo en el seno de la Iglesia católica, aunque no

se excluye: es una referencia a la vivencia de lo religioso en los tiempos modernos, caracterizada por dos elementos, entre otros:

√ una religiosidad de «cajón de sastre», en frase de Harvey Cox, o «fast food», dentro de los parámetros de la sociedad de consumo: el individuo se sirve de la religión según sus necesidades inmediatas, construyéndose al fin un Dios –o ídolos, mejor- a su imagen y semejanza;

√ el fundamentalismo en el acercamiento a la Palabra revelada, de corte emocional y en ocasiones fanático, muy ligado al esoterismo tan corriente hoy día.

La realidad apuntada tan brevemente tiene una gravedad particular en **Colombia.** La situación imperante de violencia y corrupción exacerban rasgos señalados. El desempleo –Colombia es el primer país de América Latina en índices de desocupación- hace crecer la pobreza y la marginación, fruto del neoliberalismo, así como las estadísticas de la delincuencia tanto común como organizada. La pérdida de horizontes políticos, económicos y académicos, entre otros, endurece el inmediatismo individualista y hace más grosera la configuración de la postmodernidad. La búsqueda de soluciones emocionales e irracionales, de corte religioso e idolátrico, agudiza un tipo de religiosidad conservadora ante la irracionalidad del momento que se vive.

4.4. **Una respuesta** del proceso formativo, en orden a la refundación de la Vida Consagrada, tiene exigencias muy concretas que brevemente se señalan y que deben responder a los desafíos de la realidad circundante. Esta respuesta debe estar marcada por la creatividad y por la radicadlidad, teniendo muy en cuenta, una vez más, la dolorosa situación colombiana.

• El desafío del neoliberalismo exige la **formación de una conciencia crítica** y lúcida, en primer lugar. No basta el análisis coyuntural, leído teológicamente desde *los signos de los tiempos*, hay que penetrar también en el estructural y causal. Sin pensar en ser exhaustivos científicamente, el conocimiento de la realidad es ineludible en el proceso formativo.

Por otra parte, ante el empobrecimiento creciente de la humanidad, como fruto de la globalización neoliberal, hay que **reafirmar la opción preferencial por los pobres** desde perspectivas teológicas que transciendan - sin negarlas - las sociológicas. Hay que recuperar las intuiciones fundamentales

de Medellín y Puebla, reafirmadas por Santo Domingo, y el "status *teo-logal* de los pobres". [9]

• La reducción de los horizontes vitales producida por la postmodernidad (*la pérdida de los metarelatos)* exige que en la formación se superen visiones estrechas tanto de tipo congregacional como eclesial. La Vida Consagrada está **en función del Reinado de Dios** (*Cf. Lc. 4, 18 - 19)* entendido al modo de Jesús: el colmo de la *filiación* con relación al Padre y de la *fraternidad* en relación al prójimo, tal y como él lo vivió en la cruz. Debemos procurar al respecto una formación *profética* que permita vivir en profundidad la *fidelidad* y la *felicidad* del seguimiento de Jesús desde la centralidad del Reino.

• Frente al neoconservadurismo creciente, la formación para la refundación de la Vida Consagrada debe recuperar los auténticos valores de la **teología y espiritualidad liberadoras**, según las orientaciones todavía válidas de Medellín y Puebla, como nos recuerda Santo Domingo (N. 302). Este espíritu liberador se inscribe dentro del respeto al pluralismo y diversidad, elementos importantes en todo proceso formativo

5. A modo de conclusión

5.1 No se trata de vivir obsesionados por el **éxito** en el proceso formativo o de la refundación, empujados por los condicionamientos de la *sociedad del éxito* en que vivimos.

• El formador es como el sembrador y el proceso formativo que él genera, como la siembre evangélica.

5.2 Se trata de vivir estos procesos –más allá de los programas- desde los criterios de la **fecundidad** evangélica, algo misterioso y gratuito al mismo tiempo, como nos recuerda el mismo Jesús:

Así es el reinado de Dios,
como cuando un hombre echa la semilla en la tierra,
y duerme y se levanta, de noche y de día,
y la semilla germina y va creciendo sin que él sepa cómo.
Por sí misma, la tierra va dando fruto,
primero tallos, luego espigas,
después grano apretado en la espiga. (Mc 4,26-28).

[9] Jon Sobrino, *La fe en Jesucristo...* p. 471.

Vinculum
vol. 33 / n. 203-204 (2001) 99-112

La formación en perspectiva de refundación

-Apuntes para un debate y un análisis-

Hno. Cristhian James Díaz, fsc

En estos últimos años, hemos tenido la oportunidad de reflexionar en torno a la presencia y papel de la Vida Religiosa en el contexto actual desde el horizonte de la Refundación. Realmente resulta alentador y especialmente significativo, escuchar las voces de tantas religiosas y religiosos que hacen una profunda mirada profética a sí mismos(as) y a sus comunidades, en búsqueda de nuevas interpretaciones, nuevas rutas de reflexión teológica y nuevos campos de encuentro y convivencia, en los cuales surgen de manera creativa, diversos procesos de transformación personales y comunitarios.

A estas voces quisiera agregar un aporte en la misma línea reflexiva de Refundación,

pero a partir del contexto de la Formación Inicial. Hay aquí también, aportes e ideas provenientes de la experiencia de Hermanos que han dado su vida en la Formación, y que hoy, a luz de una tenaz, seria, profunda y diferente vivencia de re-significación, logran no solo iluminarnos con su reflexión, si no, especialmente con su vida.

1. Refundar: ¿para qué? Algunas reflexiones de partida

La humanidad ha sufrido a lo largo de su complejo y extenso recorrido histórico, una innumerable cantidad de eventos que han cambiado sustancialmente el ritmo y orientación de su desarrollo. Basta una rápida mirada histórica para evidenciar que estos grandes eventos han marcado hito en las diversas sociedades, cuando han logrado manifestar la obsolescencia y caducidad de un modelo -o paradigma-, y la necesidad de implantar o gestar uno diferente que responda a nuevas necesidades y expectativas.

En este contexto de cambios y de rupturas, ya en el marco de experiencia de nuestra vida como religiosas y religiosos, se ubica la Refundación como una alternativa de re-interpretación, de reflexión y de comprensión de la Vida Religiosa desde una perspectiva teológica, que busca propositivamente revisarse a sí misma a la luz del evangelio, con la finalidad de abrir un nuevo horizonte que de origen a una manera distinta de vivir y a una nueva manera de ser para el mundo, re-significando de forma fiel, creativa y auténtica las inspiraciones carismáticas fundacionales de cada congregación.

Lo anterior significa que la Refundación toca históricamente los hilos esenciales de nuestra vida, desde el deseo e inquietud de ser más auténticos(as) y coherentes en el seguimiento de Jesús. Por tanto, la Refundación se constituye en la "alternativa vital" de relanzamiento de la Vida Religiosa, que le daría la razón y el sentido para existir hoy.

Con todo esto que hemos expresado podemos concluir que la Refundación se convierte en un imperativo existencial, que nos lleva a plantearnos la diferencia entre vivir significativamente para la historia, o vivir obsoletamente desde un modelo poco significativo para el hoy, y condenado a desaparecer paulatinamente de los escenarios futuros.

2. La formación en horizonte de refundación

A medida que se va tocando con mayor profundidad el tema de la Refundación, van surgiendo diversos aspectos o tópicos de lectura que precisamente atañen a nuestra vida como religiosos(as), por ser considerados temas centrales o vitales en el esfuerzo de re-significar y re-comprender teológicamente nuestra esencia. La intención del presente escrito, a partir de las ideas expresadas en los párrafos anteriormente elaborados, es abordar el tema de la Formación como uno de esos fundamentales "tópicos de lectura", que en perspectiva de Refundación, requiere ser analizado y compartido con urgencia.

Por esta razón, a continuación presentaremos algunas posibles ideas que se respaldan en una pregunta esencial: ¿Qué significa pensar hoy la Formación en perspectiva de Refundación?

2.1 Los rudimentos: una mirada a las intenciones formativas de base

Reflexionar sobre la Formación en la perspectiva de Refundación es echar un vistazo crítico a los rudimentos que sostienen las intenciones últimas de los procesos formativos. De fondo es preguntarse seriamente para qué estamos formando, por qué estamos formando, bajo qué tipo de modelo estamos formando, y finalmente, qué tipo de religioso(a) esperamos emerja de los procesos de formación.

En este sentido sabríamos que la Refundación depende en gran medida de estas intenciones. No podríamos referirnos a un claro proceso de mirada interior y de re-significación de nuestra vida, si no volcamos nuestro análisis a las bases que sostienen la Formación, de tal forma, que incluso, llegásemos a ser tan profundamente sinceros(as), honestos(as), y auténticos(as) con nosotros mismos, (como lo exigiría un real proceso de Refundación), que llegáramos a concluir que re-organizar y re-pensar las intenciones formativas de base, sea una opción vital para nuestras Congregaciones, así esto incluya asumir de fondo riesgos de alto nivel.

Al volver la vista sobre las "Intenciones Formativas de Base", tendríamos que preguntarnos si en cierta medida, el por qué, el para qué, bajo cuál modelo, y cuál sujeto emerge, se siguen sosteniendo

sobre la estructura de un modo caduco de ser y vivir que obedece a tradicionalismos, o simples formas rutinarias de hacer, perdiendo el sentido último de lo que en realidad debería tomarse como alternativa dinámica de renovación.

Si respondiéramos a las preguntas ¿por qué y para qué formamos?, tal vez, siendo coherentes con el esfuerzo de querer refundar nuestras vidas, podríamos concluir muchas cosas. Lo primero puede llevarnos a descubrir que formamos por el deseo de que otros(as) mantengan y prolonguen la vida y obra de nuestra Congregación, razón loable y sensata, que nos ayudaría a afirmar con suma tranquilidad que hasta aquí aducimos a un principio humanamente natural: el deseo de supervivencia y de perpetuación, característico de otros grupos de individuos.

Sin embargo, la diferencia entre recurrir a un principio primario como éste, y trascender a uno de mayor talante teológico y espiritual, está en comprender precisamente que refundar implica no solamente contentarse con lo que se nos es dado per-se, como una norma suficiente que sostiene nuestras acciones y decisiones, sino ir más allá, y comprender que realmente estamos llamados humana y divinamente a prolongar la acción carismática de nuestra Congregación en el mundo de hoy, pero de una forma coherente con las exigencias de la realidad y los criterios del evangelio, que requieren de nuevos planteamientos, nuevas ideas, y nuevas reflexiones que interpelen nuestras maneras habituales de proceder.

En segundo lugar, estas líneas de reflexión nos podrían llevar a preguntarnos si bajo la sana intención de querer prolongar o perpetuar nuestra presencia en la historia, se guarda la intención de querer mantener las mismas estructuras, procesos, y acciones, de tal forma que se llegase a concluir con ello, que formar es preparar personas para que remplacen a aquellas que por impedimentos diversos han tenido que dejar su vida activa; personas que por los efectos de su consagración están ahora llamados(as) a mantener las típicas y tradicionales obras apostólicas, a reproducir los mismos esquemas de autoridad y de relación, y también a generar nuevos modelos surgidos de interpretaciones personales, sin bases ni fundamentos de carácter evangélico.

Ahora bien, si echáramos un vistazo a las preguntas ¿bajo qué modelo estamos formando? y ¿qué tipo de religioso(a) esperamos emerja

de los procesos de formación?, tal vez hallaríamos una estrecha relación con lo que acabamos de plantear.

Es obvio que, respondiendo a la necesidad de mantener y perpetuar un determinado tipo de estructura, se tenga que acudir a un modelo de formación que sea consecuente con ello; es decir, un modelo formativo tradicional, tal vez centrado en el deseo de preparar al (la) formando(a) para que desarrolle sus habilidades como buen "funcionario", que cumple perfectamente con los horarios propios de la rutina comunitaria, y que se muestra piadoso(a) y entregado(a) a sus labores de tipo espiritual.

Este modelo Formativo, y este tipo de religioso(a) que emerge de él, nos permite percibir el menoscabo y empobrecimiento de las inspiraciones fundacionales y evangélicas de nuestra vocación. Ausencia de creatividad, fidelidad centrada en la normatividad vital, éxito personal centrado en el manejo de dinero y de instancias de poder; experiencia de comunidad centrada en las reglas de organización interna, espiritualidad reducida al ámbito individual y a la dimensión de la piedad; y crecimiento personal focalizado en la capacidad de trabajo y eficacia apostólica, etc..

A este nivel tendríamos que ser coherentes con lo que hemos denominado nuestro camino de Refundación, - que por cierto, no es lo mismo, llamado de otra manera- y tomarnos en serio la tarea de re-plantear lo que hemos denominado los rudimentos, o las Intenciones Formativas de Base. Este esfuerzo nos exigiría hacer un giro que deseche todo el peso accesorio que hemos acumulado a lo largo de nuestras tradiciones como Institutos, y determine lo que realmente es esencial y fundamental para nuestras vidas.

Tal vez tengamos que analizar si estamos formando, no tanto para ser hombres y mujeres libres, que buscan en sus vidas la posibilidad de realizarse en el camino de Cristo, con aquello que se podría llamar el ligero y suficiente equipaje para este caminar histórico, y si más bien, estamos formando para mantenernos y supervivir, cargando con la mayor y exagerada cantidad de peso adicional al equipaje fundamental, haciéndonos más lentos(as), instalados(as), e inamovibles.

El esfuerzo de comprender la Refundación desde la Formación ha de llevarnos a proponer una re-significación cualitativa de estas Intenciones

Formativas de Base; a preguntarnos nuevamente por qué, para qué, bajo cuál modelo, y qué tipo de Religioso(a) queremos que surja. Esto requerirá de una disposición concreta para morir, en aquello que no nos ha dejado ser auténticamente hombres y mujeres de Dios, que vibran intensamente, desde su formación inicial, por descubrir en sus vidas la experiencia fundamental del evangelio y de sus fundadores(as).

Sería algo así como trazar el diseño de un Itinerario formativo que, sobre las coordenadas del mapa de la historia, orienta su rumbo hacia el horizonte de motivaciones vocacionales más acordes con la vivencia del evangelio. En otras palabras, re-plantear la ruta, los rudimentos, los procesos, y los medios, que hasta el momento han configurado un modelo de formación característicamente convencional, para dar origen a un nuevo modelo de formación que responda a la necesidades esenciales, y se ubique también en la perspectiva de la Refundación.

2.2 De los planes de formación a los procesos formativos

Pensando los dinamismos internos de la formación, como el conjunto de elementos vivenciales que propician un ambiente formativo intencionado, y que facilitan el crecimiento de los individuos que participan en ellos, surge otro aspecto que puede ayudarnos a seguir desglosando la formación como un tema fundamental, desde el cual podríamos dimensionar el significado de la Refundación para la Vida Religiosa.

Desde el punto de vista de los dinamismos internos de la formación, podríamos centrar la atención de nuestro esfuerzo reflexivo, en todos aquellos elementos que explícitamente articulados, se orientan para propiciar la formación del religioso(a). Sin embargo, con el ánimo de no querer agotar el tema, ni de ser extensos en la presentación del mismo, solamente abordaremos el aspecto de los procesos.

Tratando de ser coherentes con la intención inicial de esta reflexión, tendríamos ahora que preguntarnos si nuestra formación, compendiada en los programas provinciales de formación, rebasa los términos propios de un diseño y de un discurso que se agota en la finitud de unas cuantas páginas encuadernadas.

Es decir, mirarnos críticamente para saber si quizás no hemos dejado en manos de las definiciones, y de los "contenidos" programáticos, que han sido esquematizados, dosificados y hábilmente estructurados en etapas, el desarrollo de nuestra formación. Es indudable que todas estas elaboraciones articuladas y creadas por equipos de formadores idóneos y experimentados, responden a una intención formativa de orden superior.

Pero, a la par, cabría analizar si en ciertas ocasiones, nos contentamos solamente con saber que todo está escrito, fríamente determinado, y especialmente calculado, como si se tratase de un proceso de fabricación en serie de cualquier tipo de producto.

Pero si estamos totalmente seguros del resultado de este proceso, entonces , ¿Por qué razón nos escandalizamos cuando un(a) joven religioso(a), que ha concluido su formación inicial, al insertarse en su primera comunidad de experiencia apostólica, desdice con sus acciones aquello que supuestamente había arraigado en su ser gracias al proceso de formación? ¿Quizás no fue esto lo que propiciamos desde la formación inicial?

Tal vez en nuestra Formación hay mucho del "Deber Ser", y poco del "Realmente Ser"; hay mucho de lo divino, y tal vez poco de lo humano; hay mucha literatura, muchos fundamentos teóricos, pero poco de procesos formativos intencionados. Refundar en esta línea es volver a la persona, a sus realidades, circunstancias y contextos inherentes. Es dar un paso sustancial, para dejar de centrar el objetivo de la Formación en el cumplimiento cronológico de etapas sucesivas, para centrarse en el sujeto mismo, lugar y foco por excelencia de la manifestación de la experiencia de Dios.

En este sentido formar desde la perspectiva de Refundación, es trabajar desde "Procesos" de crecimiento y desarrollo, enmarcados en experiencias evangélicas vitales, más que en contenidos, ritmos, y normas, aunque todo esto esté implicado en el proceso formativo global.

También es abordar pedagógicamente las problemáticas personales y grupales profundas, con el fin de enfrentarlas, asumirlas, y orientarlas dentro de ese proceso de desarrollo humano. Quizás mucho de

aquello que tenemos de patología, no sea otra cosa que la realidad limitada del ser humano, que no fue acogida, ni intervenida a tiempo, y por el contrario, fue ignorada, o simplemente escondida tras la máscara del "deber ser".

De aquí que una exigencia clara para la formación , interpretada desde el horizonte de la Refundación, sea el centrar su acción formativa intencionada en auténticos Procesos de Orientación, Acompañamiento, y Asesoría de los(as) jóvenes que inician su vocación religiosa. Así mismo, es tener la conciencia, y también el imperativo ético, de poder exigir, disciplinar, intervenir, y corregir al (a) formando en el momento justo y adecuado.

Centrar la Formación en los procesos es volver sobre la persona misma, sobre su realidad particular, y el horizonte de su experiencia de Fe vivida en el contexto de nuestra Congregación religiosa. Además de esto, es tener la suficiente apertura para dar a cada cosa y situación, un valor formativo apropiado, de tal forma que en el horizonte de los procesos se perciba con suficiente claridad que la persona es el centro.

Esto implicaría pasar del modelo formativo centrado en contenidos, y en imágenes pre-establecidas como objetivos últimos, a un modelo centrado en los procesos y dinamismos propios del desarrollo humano, descartando el temor de creer, que al insistir más en el ser humano, en sus complejidades y en sus manifestaciones características, se está dando la espalda a la experiencia religiosa.

Esto permite entrever que un esfuerzo de Refundación a este nivel, movería a replantear las experiencias de formación inicial, como espacios y procesos de personalización, en los cuales priman de manera explícita, el reconocimiento de sí mismo, la aceptación de la propia historia y realidad personal, la corrección y re-direccionamiento de los dinamismos motivacionales; exploración, aceptación y proyección de la propia identidad sexual, y en definitiva, integración de sí mismo(a) en camino hacia la auto-realización personal y grupal.

2.3 Resignificar la figura del formador

En otra instancia, Refundar desde la perspectiva de la Formación es abordar también la figura del (a) Formador(a), volviendo a pensar,

a orar, y propiciar con serenidad, pero con suficiente contundencia, una mirada más crítica, profunda y evangélica de su ser y su que-hacer.

Esto implica hacer una resignificación desde la imagen de Jesús, como Formador primero, como paradigma, y como inspiración original, donde cualquier tipo de esfuerzo interpretativo o reflexivo que apunte claramente a la refundación, encuentra base y fundamento.

Para ello a continuación retomaremos algunas "imágenes" entresacadas de los evangelios, que proyectan con suficiente claridad las características esenciales de Jesús como Formador, y que podrían iluminar la intención de redimensionar al Formador de hoy desde la esencialidad del Evangelio. Cada una de estas características nos puede ayudar a entender que solamente la vuelta a Jesús puede darnos nuevamente una perspectiva original de comprensión.

Lo anterior significa que a imagen de Jesús el formador de hoy:

a. Forma desde la Pedagogía de Emaús (Lc. 24, 13-32)

Al igual que Jesús, el Formador descubre que solamente se puede lograr una auténtica coherencia con el evangelio, y con el compromiso radical de la vida religiosa, si forma desde la "dinámica", y desde el movimiento que produce una experiencia de camino. Esto supone comprender que el caminar tiene como intención fundamental una actitud de búsqueda, tomando la historia de cada uno de sus formandos, como lugar privilegiado de realización y vivencia de la experiencia de Dios.

Como el episodio de Emaús, en el que Jesús halla una situación previa de "ceguera" e incomprensión, el Formador se encuentra a sí mismo como el maestro privilegiado que a pesar de "saber lo que ha acontecido en Jerusalén, deja a un lado sus marcos interpretativos, para dar lugar a la expresión de la realidad de los discípulos que decepcionados comunican su sentir" (Mc. 24, 17-24). Luego del momento de expresión y de escucha, interviene formativamente interpelando el sentir de sus compañeros de camino, para finalmente, en un último momento, ofrecerles su enseñanza.

Esta Pedagogía perfila al formador como aquel que acoge en una actitud fraterna de escucha, que se esfuerza por orientar y corregir, y

también por tratar de producir un alto "efecto" interior capaz de generar cambios significativos en la vida del formando. En otras palabras, un hombre, una mujer, que se abren a la experiencia de acompañar a otros en la dinámica del camino al estilo de Emaús, en el cual el diálogo formativo se revela como la manera más característica de descubrir y valorar la alteridad mutua como factor de crecimiento.

b. Enseña con Autoridad (Mt. 7, 28)

En el contexto del Evangelio enseñar con autoridad, al estilo de Jesús, es enseñar de una forma distinta a la manera como enseñaban los maestros de la ley, quienes apelaban a un criterio "legal", y a un posicionamiento socio-religioso basado en la tradición como garantía de poder ante los demás. A diferencia de ellos, Jesús apela naturalmente a un criterio "existencial"(la voluntad del Padre) que lo implica en un proyecto de realización concreta y evidente (Reino de Dios).

La autoridad de Jesús emana de sí mismo y de su adhesión al Reinado de Dios. Sus palabras y actitudes tienen un respaldo seguro en la libertad de anunciar la Buena Nueva, así como en el amor al otro que tiene su origen en la relación con su Padre. En Jesús la verdad se encuentra hecha vida y lo esencial vuelve a tomar fuerza a través de lo que dice y hace, recobrando el sentido de lo humano a la luz del sentido de lo Divino, y abriendo un horizonte diferente en el que la Ley es criterio de Ley, y el Amor es criterio de la nueva humanidad.

Al igual que Jesús el Formador enseña con autoridad; no sólo con la autoridad de la palabra, si no con la autoridad que emerge de sus actitudes. Por esto enseña de una forma diferente, a la manera de Jesús que enseña desde adentro, desde la existencia, desde su apertura al Proyecto del Padre.

Es así que el Formador descubre que la autoridad arrastra, invita a la transformación personal y comunitaria, toca y mueve los corazones de aquellos que están a su cargo, y crea un nuevo modelo de "animación" que ha trascendido la frialdad, la reducción y estrechez del poder para abrirse a la experiencia del Servicio.

c. *Enseña a Orar como Maestro Espiritual (Lc. 11, 1-13)*

Jesús es el maestro que enseña a orar, es decir, el maestro que enseña a mantener un contacto permanente con el Padre a partir de la vida misma. Relata el texto bíblico de Lc. 11, 1-13, que *"Un día estaba Jesús orando en cierto lugar. Al terminar su oración, uno de sus discípulos le dijo : "Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos"*. Este fragmento de texto dice mucho de Jesús como maestro. Más que enseñar doctrinas y técnicas para orar, Jesús ora sencillamente con su vida, propiciando con su actitud el acercamiento y el deseo de otros por orar.

En esta misma línea, la vida del Formador se convierte en una invitación para "aprender a orar". Sus actitudes y su misma oración son factores formativos para quienes conviven con Él. La manera como asume su historia personal como lugar para la reconciliación consigo mismo y con Dios, le abren la necesidad de acercarse a ese Padre que ha tocado su vida, creándole el deseo de encontrarse con Él a través de la oración.

Además de esto el Formador se convierte también en Maestro Espiritual; aquel que no solamente enseña a orar en ciertos momentos privilegiados, si no aquel que descubre en su vida, y ayuda a descubrir en la vida de sus formandos, la presencia de Dios que trasciende los instantes de encuentro místico para proyectarse en todos los momentos que tejen la experiencia del devenir diario.

Este ser Maestro Espiritual parte de la experiencia de Oración sin agotarse en ella, generando la dinámica del acompañamiento, la búsqueda en el seguimiento de Jesús, la reconciliación de la propia vida en la vivencia de la experiencia de Dios, la realización en un auténtico crecimiento humano, y la identificación progresiva con el carisma fundacional de su congregación.

Es el Maestro Espiritual al estilo de Jesús, es decir, sencillo, abierto, sin complicaciones metodológicas en torno al ejercicio de la oración; simplemente dispuesto a interpretar su vida desde la perspectiva del Padre, y atento a mantenerse siempre unido a él a través de la misma vida que de suyo, es también experiencia mística.

d. Ama, reprende y corrige (Jn. 11, 36) (Mc.8, 33) (Lc. 24, 25-27)

Relata el texto de Juan que Jesús se conmovió tan profundamente por la muerte de Lázaro, que expresó su dolor a través de lágrimas; esta situación llevó a los Judíos a afirmar que le amaba muy especialmente (Jn. 11, 35-36). En este aparte del cuarto evangelio, se observa con claridad la forma como Jesús asumió que su vida era la expresión directa del amor que el Padre le había ofrecido, y a su vez la expresión del amor que él tenía por los suyos.

Sin embargo cabe matizar la experiencia de amor de Jesús, que desde una interpretación sesgada podría quedarse en la manifestación externa (lágrimas), frente a un hecho doloroso como la muerte de su amigo Lázaro. Cabe entonces comprender que la experiencia de amor de Jesús va más allá de la conmoción y del sentimiento, para convertirse en una profunda vivencia de amor en la que se integran otros elementos fundamentales como:

La capacidad para perdonar expresada en el episodio de la mujer adúltera (Jn. 8 1-11) y la parábola del Padre misericordioso (Lc. 15, 11-32); la sensibilidad y solidaridad fraterna con el desfavorecido, ilustradas en el pasaje del Buen Samaritano (Lc. 10, 25-37); la compasión manifestada ante la muchedumbre hambrienta en el episodio de la multiplicación de los panes (Mc. 8, 1-10); y la capacidad de impacto que causó en Zaqueo para lograr en él un cambio de vida (Lc. 19, 1-10).

Así mismo existen dos pasajes bíblicos que mencionan explícitamente otros elementos característicos de esa experiencia de amor de Jesús. La primera es la reprensión que Jesús hace a Pedro (Mc. 8, 33) y la segunda, la corrección que hace a los caminantes de Emaús (Lc. 24, 25-27) cuando ellos cuentan su desilusionada y triste historia acontecida en Jerusalén.

Si resaltamos estos dos últimos elementos de la experiencia de amor de Jesús, sin perder los que ya hemos mencionado anteriormente, nos encontramos con la figura de un hombre que entiende el amor en perspectiva de exigencia, de confrontación, y de corrección. A este punto podría concluirse que esta experiencia es muy distante de la simple sensibilidad dulzona desde la cual se interpreta el amor hoy en día.

Esta imagen de Jesús que reprende y corrige es también imagen para el Formador de hoy. Éste último comprende, al igual que el Maestro, que el proceso formativo es también una experiencia profunda de amor que involucra una seria y profunda exigencia, así como una explícita corrección o reprensión si es necesario.

En este sentido el Formador ama a sus formandos desde la perspectiva del Maestro que reprende, corrige y exige en los momentos en que es importante hacerlo. Se encuentra a sí mismo coherente con los requerimientos y exigencias de un seguimiento de Jesús que se aleja de toda concepción facilista, proponiendo a sus formandos lo que es la Vida Religiosa en sí misma: un estilo alternativo de Vida que conlleva seriedad y exigencia.

Ante las fallas, las omisiones, y las equivocaciones, el Formador descubre la necesidad fraternal de orientar, corregir y reprender, permitiéndole al formando encontrarse con sus limitaciones, con sus vacíos, y con su realidad desde la cual ha de seguir a Jesús. También desde esta dimensión el Formador integra y enriquece su experiencia de amor a aquellos a quienes tiene a su cargo, hallando en la relación formativa la necesidad de motivar, animar y felicitar, si no también la necesidad de corregir, orientar y reprender en el momento oportuno.

Haciendo un esfuerzo de síntesis, y ubicados en el tema de la "Formación en perspectiva de Refundación", podemos detallar los tres momentos de reflexión que se han propuesto a lo largo del presente escrito :

1. Los Rudimentos : Una mirada a las Intenciones Formativas de Base.
2. De los Planes de Formación a los Procesos Formativos.
3. Resignificar la figura del Formador.

En conclusión, re-pensar la Formación desde la perspectiva que nos ofrece hoy el movimiento de Refundación, es tocar de fondo las Intenciones básicas que subyacen en nuestros procedimientos formativos; comprender que es necesario dar un salto cualitativo que nos lleve de los Programas a los Procesos Formativos; y darnos a la tarea de Resignificar la figura del Formador desde la experiencia de Jesús como imagen del Formador primero.

Volver sobre la Formación desde la Vida Religiosa que busca sus motivaciones esenciales, para emerger como una manera diferente de vivir el seguimiento de Jesús, y las inspiraciones carismáticas fundacionales, es una tarea permanente que implica ponerse en camino de exploración, búsqueda, oración y reflexión. Este proceso de búsqueda es una invitación para dar un paso más en este camino que aún nos resta por recorrer.

Vinculum
vol. 33 / n. 203-204 (2001) 113-117

Pascua en Emaús, pascua en la Vida Religiosa actual

P. Pedro Arenas, ocd

emaús es espejo,
el espejo que Lucas presenta a los cansados,
a los que decepcionados por la muerte,
buscaban en la huida,
la falsa seguridad de los exilios.
Era el año setenta:
la saña de Nerón había minado
la no profunda fe de los creyentes:
la cruz aparecía superior a las fuerzas,
quitando del horizonte la esperanza,
matando la utopía.
Desconsolados, ciegos,
renegaban de Sión y se alejaban
-todo triste se aleja-
de creer en la salvación crucificada,
en nuevas vidas y en resurrecciones.

A esa comunidad arrepentida,
frustrada por su fe,
diezmada por las fieras,
convertida en antorchas y en gemidos,
Lucas presenta un hecho acontecido
el año treinta y tres, como un espejo,
para que todos puedan en él ver reflejadas
su cara, historia y pena,
reconocer su error, volver a la cordura
-locura de la cruz-
regresar a Sión, lugar de la esperanza,
de la fraternidad, la Pascua y la utopía:

Eran dos los discípulos que huían,
el uno llamado Cleofás, tal vez el otro
llevaría tu nombre o hasta el mío.
Jesús iba con ellos cumpliendo la promesa
de estar siempre presente,
cuando algunos o algunas,
dos o tres en su nombre estuvieran reunidos,
no importaba si renegando fueran
de la cruz y su nombre,
que aunque negando el nombre, el nombre los unía.
Iba con ellos, sí, pero algo, no sé qué, les impedía
reconocerlo vivo y a su lado.

Fiel a su Padre Dios que amó primero,
toma la iniciativa y les pregunta:
"¿De qué conversan tristes por la vía?"
Cleofás le recrimina: "Peregrino:
¿desconoces acaso lo pasado por Jerusalén en estos días?"
"¿Qué ha pasado?" pregunta Jesús y les permite
abrir el corazón, mostrar los motivos de su pena.
Ellos bien conocían las hazañas, las gestas, los detalles,
la vida de Jesús, pero sólo creían en el Jesús vencido por la muerte.
No podían aceptar de las mujeres un mensaje de vida;
llevaban la ideología llamada dominante,
la que no permitía un Mesías sangrante,
un impotente Siervo que callado llegara al matadero.
y en el momento de morir venciera.

Paciente el Señor, entonces les explica
desde Moisés las Escrituras,
y la Palabra que oyen
arde en su corazón, no les abre los ojos.
Invitado a quedarse por declinar el día,
toma el pan, lo bendice,
y en este hecho sencillo, pero comunitario,
los ojos se les abren, reconocen ahora a su Maestro,
pero Jesús se ha ido.
A Jerusalén regresan y encuentran reunidos
a los Once y a los demás del grupo que dijeron:
"!Es verdad! Jesús resucitó, Simón Pedro lo ha visto"
(en verdad las mujeres lo habían visto primero,
pero ellas no importaban ...cosas de la famosa ideología).
Entonces ellos alegres les contaron
todo lo sucedido en el camino
y cómo lo habían reconocido, cercanos a Emaús,
al compartir en la fracción del pan.

Emaús es espejo,
el espejo que Lucas presenta a los cansados,
a los que decepcionados por la muerte
buscaban en la huida,
la falsa seguridad de los exilios ...

Corrían los setenta...dos mil años después,
y Nerón no había muerto:
agazapado entre los vericuetos de la historia,
había esperado el renacer del ímpetu primero
que hizo posible el circo y el exilio.
Y esa fuerza volvió cuando un anciano,
impuesto en el papado por acción del Espíritu,
había convocado desde Roma
a todo pastor de la ecumene.
Vino el *Gaudium*, la *Spes*, la Iglesia Pueblo
y la *Perfectae Caritatis*:
a los acuartelados radicales
se les mandó volver a sus raíces,
a las fuentes fundantes, a revivir el sueño,
la utopía de su primer amor abandonado.

Fue entonces la nueva primavera,
la eclosión de ese amor por siglos represado.
De nuevo aparecieron
el desierto, la marginalidad y la frontera,
el renacer de la Vida Religiosa,
los pobres, la inserción, como el motivo
axial de su existencia.
La teología no fue más el bastión
de intelectuales alejados de su pueblo:
se hizo Liberación, praxis fraterna,
esperanza del pobre.

Nerón agazapado leyó que era el momento
de recrear el circo y con disfraces nuevos
- Seguridades Nacionales,
charreteras y soles, "inteligencia", potros,
delación y tortura,
desapariciones misteriosas-
volvieron las fieras, las antorchas, las cruces,
el poder de la muerte asesina y más fuerte.
Y con el circo renacieron los miedos:
la sangre de nuevo derramada
por los valientes mártires,
se convirtió en temores que minaron
la no profunda fe de otros creyentes,
la inconsistencia de los radicales,
sus folclóricos ímpetus,
la fragilidad de sus opciones,
y como Cleofás, Sión dejando,
abandonaron, tristes, desiertos y fronteras,
renegaron la cruz y se alejaron a sus nuevos exilios
-todo triste se aleja-
revivieron cuarteles, seguros de nuevo se instalaron,
sin creer en la salvación crucificada,
en nuevas vidas y en resurrecciones.

Con ellos va el Señor,
va con la Vida Religiosa cansada de la cruz,
conocedora de gestas y detalles
de la vida y la muerte del Maestro,

bajo el seguro amparo
de paradigmáticos ancestros espirituales
de economías estables,
sicologías de moda, exégesis magníficas,
de teologías ahíta, de nuevo acuartelada,
creyendo - su vida así lo muestra -
en un Jesús vencido por la muerte,
pero diciendo que está resucitado.

Con ella va el Señor, con ella caminando,
pero algo, no sé qué, algo le impide
reconocerlo vivo y a su lado,
siervo sin tierra, despreciado,
sin gracia ni belleza, basura, desechable,
por nuestros pecados aplastado
soportando en silencio,
cual cordero llevado al matadero,
el aciago castigo que traerá la paz.

¿Oyes , ¡Oh! Vida Religiosa, su grito silencioso,
grito de quien no puede hablar,
grito del silenciado,
grito que llega a Dios, grito del pobre?
¿Oyes su voz que dice: "De qué conversan tristes por la vía"?
Mira su rostro de niño golpeado,
su rostro de jóvenes frustrados,
su rostro de indígena y de negro, de labriego y obrero,
de hacinado, de enfermo, de anciano y desplazado.
Invítalo a quedarse que ya declina el día,
invítalo a tu mesa y a que tu pan comparta;
quizás, hoy como ayer, los ojos se te abran,
lo reconozcas vivo, aunque se vaya,
y aunque te quedes sola,
pero preñada toda de esperanza,
dejando el exilio regreses decidida,
alegre y anunciando con vida transformada -vida nueva-
por márgenes y centros: "!Vive, vive!"

Así fue la Pascua en Emaús,
así será, Dios quiera, nuestra Pascua!

Adpostal

Llegamos a todo el mundo!
CAMBIAMOS PARA SERVIRLE MEJOR
A COLOMBIA Y AL MUNDO

ESTOS SON NUESTROS SERVICIOS

VENTA DE PRODUCTOS POR CORREO
SERVICIO DE CORREO NORMAL
CORREO INTERNACIONAL
CORREO PROMOCIONAL
CORREO CERTIFICADO
RESPUESTA PAGADA
POST EXPRESS
ENCOMIENDAS
FILATELIA
CORRA
FAX

LE ATENDEMOS EN LOS TELEFONOS
2438851 - 3410304 - 3415534
980015503
FAX 2833345

Princeton Theological Seminary Library
1 1012 01458 8869
For use in Library only

For use in Library only